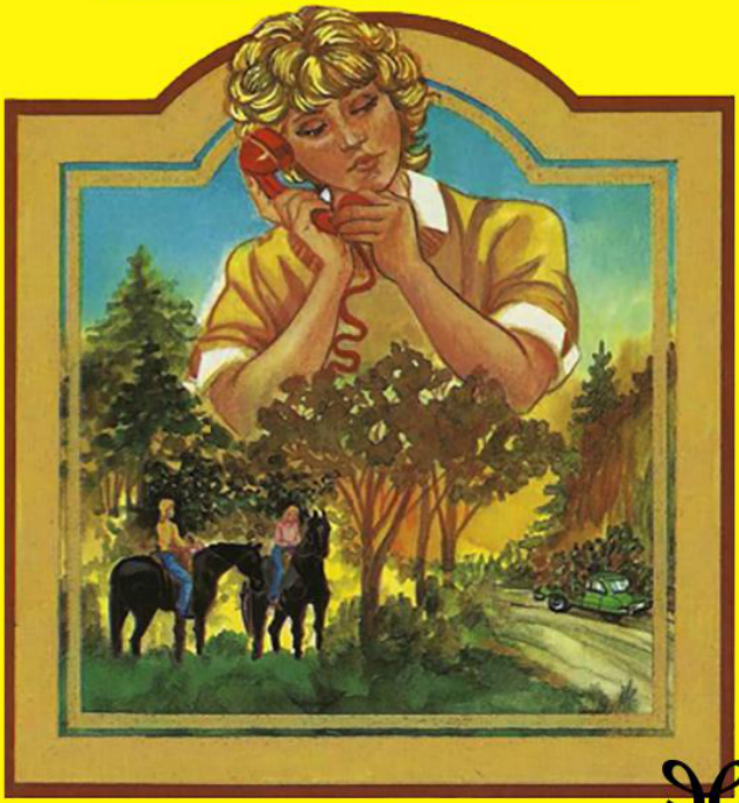
TRIXIE BELDEN

7

MISTERIO EN EL BOSQUE



Las temperaturas son altas y una ciudad se divide por la expansión propuesta de International Pine Company en la reserva del juego. Mientras Dan y Jim luchan por permanecer leales con los más cercanos y respetarse mutuamente, dos recién llegados a la ciudad están agregando combustible al fuego: el sobrino perdido del Sr. Maypenny y un activista social que quiere detener la expansión. Los Bob-Whites luchan por mantener un frente unido y Trixie y Honey investigan algunas incidencias extrañas en la preservación del juego y el extraño comportamiento del
Sr. Maypenny
. Al resolver el misterio, contribuyen a una solución con la que todos están contentos y reúnen a la ciudad.

Kathryn Kenny

Misterio en el bosque

Trixie Belden 7

ePub r1.0
Titivillus 11.04.2019

Título original: *Trixie Belden and the Mystery at Maypenny's*
Kathryn Kenny, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Edición conmemorativa

epublibre

6º ANIVERSARIO

El misterio del señor Maypenny • 1

LOS HERMANOS BELDEN se encontraban ya dispuestos para ir al colegio; todos menos Trixie.

—¡Date prisa, Trixie, el autobús está al llegar! —gritó Brian Belden desde la escalera.

—¡Ya voy! —contestó su hermana, de catorce años, desde su dormitorio. Acabó a toda prisa de abrocharse la blusa, que remetió dentro del pantalón, y se puso a buscar apresuradamente el cepillo del pelo, enterrado bajo un montón de libros y papeles. Cuando al

fin lo encontró lo pasó por la cabeza, sin molestarse siquiera en mirarse al espejo.

—Si Brian me hubiese ayudado a arreglar a Bobby para ir a la escuela, en lugar de leer la sección deportiva del periódico, habría estado lista antes —se quejó. Pero enseguida se ruborizó, comprendiendo que era injusta con su hermano mayor. Todos los hermanos tenían asignados unos encargos. Preparar a Bobby, el menor de los cuatro, para ir a la escuela, le correspondía a ella. Cuando alguna mañana Bobby se hacía el perezoso, Trixie tenía que correr. Pero, por las tardes, Trixie disponía muchas veces de tiempo libre, que podía aprovechar con su mejor amiga, Honey Wheeler, mientras Brian y Mart se afanaban en los trabajos del jardín y arreglaban la casa.

Trixie se calzó los mocasines, recogió los libros y salió del cuarto. Pero, recordando que el hombre del tiempo había anunciado bajas temperaturas, volvió a toda prisa y cogió una chaqueta roja de la percha. En su espalda había bordadas en blanco las letras
«B. W. G.
». Era una de las siete chaquetas que Honey Wheeler había confeccionado para el club semisecreto, llamado «Bob-Whites de Glen», cuyos miembros eran Trixie y sus dos hermanos, Honey y su hermano adoptivo Jim Frayne, y otros dos amigos: Dan Mangan y Di Lynch.

El club se había formado hacía poco, después del traslado de Honey y sus padres a Manor House, colosal mansión que quedaba justo al final de la carretera desde Crabapple Farm, la modesta casa de los Belden. El club se dedicaba a ayudar a los necesitados, como, por ejemplo, un grupo de niños mejicanos cuya escuela había sido destruida por un huracán. Además, los Bob-Whites solían verse mezclados en no pocos misterios, gracias a Trixie y a Honey, que pensaban abrir una agencia de detectives cuando terminasen sus estudios.

Los demás Bob-Whites tomaban a broma a Trixie y a Honey, debido a su afán por descubrir misterios, pero todos intentaban encontrar la solución cuando se presentaba un caso nuevo.

Sin embargo, aquella mañana de septiembre, mientras Trixie bajaba corriendo las escaleras, el único misterio que ocupaba su mente era averiguar si se había ido el autobús sin ella. Oyó el golpe

de la puerta de la cocina y comprendió que Brian y Mart acababan de salir. Poniéndose la chaqueta de mala manera, atravesó corriendo la cocina tras ellos, lanzando un apresurado «¡adiós, mamá!».

Trixie alcanzó a sus hermanos a medio camino, cerca de la carretera donde paraba el autobús para recogerlos. Ya se veía a lo lejos, y tuvieron que correr los últimos metros.

Subieron jadeando y pasaron a los asientos de atrás, donde Honey, Jim y Dan estaban esperándolos. Di Lynch se había ido de viaje con sus padres y no volvería a Sleepyside en dos semanas. Al ponerse en marcha el autobús, Trixie miró por la ventanilla de atrás y vio un coche verde, viejo y abollado, que enfilaba el camino hacia Crabapple Farm. Ni el coche ni su conductor le resultaron familiares, y su madre no le había comentado que esperase visita. Trixie pensó un momento quién podría ser, y después se unió a la charla de sus amigos.

—El colectivo Belden ha estado a punto de perder su medio de transporte matutino —dijo Mart Belden.

Mart era muy parecido a Trixie. Tenía once meses más que ella, y los mismos cabellos rojizos y pecas. Su pelo rapado y su afición a utilizar palabras altisonantes eran las mayores diferencias entre ellos.

—Por un instante pensé que tendríamos que tomar el trasto esta mañana —comentó Brian. Él y Jim, los dos Bob-Whites mayores, tenían carnet de conducir, y el primero había trabajado de firme para ahorrar el dinero suficiente para comprar un coche de segunda mano, que era su orgullo. También era, al mismo tiempo, fuente de apuros para el resto de los Bob-Whites, porque requería toda la habilidad de Brian, que no era poca, para seguir funcionando.

—Me alegro de que hayáis llegado a tiempo —dijo Dan Mangan —; el señor Maypenny me pidió que os dijera algo esta mañana.

El señor Maypenny era el guarda de la gran reserva que el señor Wheeler había comprado y repoblado con gamos, faisanes, patos y otros animales. Vivía en una modesta cabaña, en una zona de terreno casi circular, enclavada en el centro de la reserva. Dan también vivía allí desde que su tío Regan, criado de los Wheeler, lo apartó de las malas compañías que tenía en Nueva York. Dan se mostró sombrío y silencioso al principio de su estancia en

Sleepyside, pero ahora era un leal y valioso Bob-White, aunque su trabajo para el señor Maypenny le tenía a veces alejado de las actividades del club.

—¿De qué se trata? —preguntó Brian.

—Bueno —dijo Dan despacio—, es algo parecido a… Se detuvo y miró a Honey y después a Trixie, con un brillo malicioso en sus ojos, como diciendo: «Parece que tiene un misterio que hemos de resolver».

Trixie y Honey ahogaron un grito a la vez y Mart se puso la mano sobre la cabeza como para protegerse de una avalancha.

—¡No digas más! —exclamó con jocosa desesperación—. ¡Acabas de desencadenar una tempestad sobre mi buscapistas y su leal confederada!

—Si quieres decir con eso que Honey y yo estamos nerviosas porque se nos pide que aclaremos un misterio, estás en lo cierto —dijo Trixie—. Por lo general, los adultos se empeñan en mantenernos lejos de los misterios —dicho esto, desvió la atención de su hermano y volvió a Dan Mangan—. ¿De qué se trata? —preguntó con avidez—. ¿Cazadores furtivos? ¿Ha descubierto el señor Maypenny algún escondrijo de objetos robados en la reserva? ¿Qué es?

Dan sacudió la cabeza, lamentando lo dicho.

—Debí suponer que el tiro me iba a salir por la culata —dijo—. En realidad no se trata de nada extraordinario. Lo siento. El señor Maypenny quiere que le ayudemos a encontrar un árbol después de clase, esta tarde. Eso es todo.

Los ojos castaños de Honey mostraban su confusión, mirando alternativamente a Trixie y a Dan.

También Trixie parecía confundida, pero sólo un momento. Después se impuso su sentido común.

—Hay miles de árboles en estos bosques, Dan Mangan —dijo—. ¿Por qué necesita el señor Maypenny que le ayudemos a encontrar uno? Me parece que nos estás tomando el pelo. Apuesto a que, después de todo, se trata de un furtivo.

Pero cuando Trixie se lo dijo al señor Maypenny aquella tarde, el anciano lo negó.

—Preferiría que fuese un furtivo, Trixie. Me resultaría más fácil admitir que hay un furtivo que reconocer que he olvidado dónde

está ese árbol. Pero lo he olvidado. Ésa es la verdad. En el camino de aquí al almacén de Lytell vi un árbol. Está carcomido. Si lo corto ahora, estaré seguro de que cae fuera del camino. De lo contrario, puesto que ya viene el mal tiempo, puede que lo derribe el viento y seguramente caerá sobre el camino.

Encogió los hombros, ligeramente arqueados.

—Ya sé que debía haberlo marcado, pero pensé que recordaría dónde estaba… Por eso le dije a Dan que os pidiese ayuda.

—Estamos encantados de ayudarle, señor Maypenny —dijo Honey diplomáticamente—. ¿Por qué no nos enseña la zona aproximada donde vio el árbol, para que podamos buscarlo?

Trixie miró a Honey con orgullo. Su amiga siempre había sido muy sensible a las necesidades de otras personas. También ella había notado los apuros del señor Maypenny al tener que admitir su error, pero había sido Honey quien le había tranquilizado, al sugerirle empezar la búsqueda.

El viejo guió a los Bob-Whites por el camino y les señaló el lugar aproximado donde creyó ver el árbol. Se dispersaron y comenzaron a buscar.

Como era de esperar, fue Jim, el más entendido en árboles de los Bob-Whites, quien lo encontró. Los demás lanzaron exclamaciones de alegría y se encaminaron hacia él.

—Éste es —confirmó el señor Maypenny después de examinar atentamente la base del árbol localizado por Jim.

—Vamos a empezar, pues —dijo Jim, tomando el hacha que llevaba consigo. Tras haber cortado un poco del tronco en forma de cuña, Dan y Brian siguieron el trabajo con la sierra. Al poco rato el árbol caía hacia el bosque sin riesgo para nadie.

El señor Maypenny sonrió y se echó hacia atrás el gorro rojo que le cubría la cabeza.

—Tengo estofado de cazador; os invito —dijo—. He estado preparándolo esta mañana, por si teníais apetito al acabar el trabajo…

—¡Estupendo! —gritó Trixie—. El estofado del señor Maypenny es mi plato favorito. ¡Vamos a comer!

Pero Brian, el más sensato de los Bob-Whites, se disculpó.

—Lo siento, señor Maypenny. También a mí me gusta mucho el estofado de cazador, pero ya es casi la hora de cenar. Tenemos que

irnos a casa.

El señor Maypenny movió la cabeza.

—Ya me figuraba que sería cerca de la hora de cenar cuando acabaseis. Por eso llamé a vuestras familias esta tarde, para pedirles que os dejasen quedaros aquí. Así pues —continuó con una suave sonrisa esbozada en la comisura de la boca—, nadie se molestará si no aparecéis. No queda más remedio que tomar mi estofado o quedarse con hambre.

—Muy bien —dijo Mart—. Entonces, ¿cuándo cenamos?

—Yo tengo una idea mejor —dijo Trixie—. ¡Cenemos!

Riendo, los Bob-Whites entraron en la cabaña del señor Maypenny.

Después, mientras los Bob-Whites saboreaban la sabrosa combinación de verduras frescas y carne de venado, guisada durante horas a fuego lento, en una cocina grande y oscura, Brian comentó:

—Quisiera que nos pidiese favores con mayor frecuencia, señor Maypenny. ¡Tiene una forma tan estupenda de agradecerlos…!

Los demás Bob-Whites sonrieron, de acuerdo con él, pero el señor Maypenny se enfurruñó.

—Seréis bienvenidos siempre que queráis venir a tomar estofado. Pero me parece que no pediré más favores. He sido un hombre muy independiente toda mi vida, y me molesta pedir ayuda. Ni tampoco la habría solicitado esta vez de no haber sido por ese mequetrefe de Matt Wheeler, que se metió en danza.

—¿Papá…? —la voz de Honey sonó como un quejido. Sus amigos se miraron nerviosos. El señor Maypenny había tenido sus diferencias tiempo atrás con el robusto y pelirrojo Matthew Wheeler, cuando el opulento hombre de negocios intentó comprar al independiente viejo la parcela que tenía, para añadirla a su reserva de caza. El señor Maypenny había rechazado incluso exorbitantes ofertas y el señor Wheeler tuvo que admitir por último que su dinero no podía comprar todo lo que él quisiera. Por fin llegaron a una especie de acuerdo: Maypenny conservaba la propiedad de su tierra y ocupaba el puesto de guarda que Wheeler necesitaba. Pero todos los Bob-Whites sabían que ninguno de los dos había cedido en sus intenciones. Y si Maypenny se enfadaba podría haber líos.

—¿Tiene algún problema con mi padre, señor Maypenny? dijo Jim. Su tono era como el de quien habla sin darle importancia, pero su semblante estaba contraído. La lealtad de Jim a su padre adoptivo era enorme.

El señor Maypenny pareció confuso.

—Lo siento, Jim —dijo sinceramente—. Había olvidado que Matt Wheeler era tu padre. Sois unos chicos tan agradables y razonables que no lo parecéis.

Trixie tuvo que morderse los labios para no reírse con el cumplido de Maypenny a Honey y a Jim.

También Jim sonreía cuando preguntó:

—¿Por qué le parece mi padre tan poco agradable y razonable?

Maypenny movió la cabeza, como si no creyera aún lo que estaba a punto de decir:

—Matt Wheeler vino hace un par de días, justo en el momento en que yo iba a ir a la tienda de Lytell. Traía con él a un pez gordo de International Pine.

—¿International Pine? —interrumpió Brian—. ¿Se refiere a la empresa que ha desecado la ciénaga para construir la nueva fábrica?

El señor Maypenny asintió.

—La misma. Parece ser que después de drenar la ciénaga, destruyendo todas aquellas plantas raras que allí vivían y echando a los animales fuera de su ambiente, y después de construir su gran fábrica que llena de humo todo el contorno, las cosas les van muy bien. Tan bien, que ahora quieren ampliar. Fueron a ver a Matt Wheeler y le hicieron una oferta por una parcela de tierra. Pero una parte de esa parcela es suya, y otra, mía. El señor Wheeler les dijo que le gustaría mucho vendérsela, y vino con la nobilísima intención de pedirme que hiciese lo mismo.

El señor Maypenny se calló y volvió a mover la cabeza al recordar la conversación. Los Bob-Whites se mantuvieron en silencio; él prosiguió:

—Naturalmente, en cuanto comprendí de lo que se trataba, les dije que mi respuesta era no y que no había más que hablar. Matt se acaloró y me pidió que escuchase sus razones. Incluso llegó a insinuar que podría vender su parte y dejarme con una fábrica a la puerta de mi casa, sin que hubiera después dinero que me

compensase la molestia. Eso era lo que tenía en la cabeza cuando descubrí aquel árbol; por eso no podía acordarme de dónde lo había visto —terminó.

El silencio de los Bob-Whites continuó unos instantes después de acabar la narración del señor Maypenny. La reserva de caza de Wheeler era su orgullo y su pasión, como todos ellos sabían. Ninguno podía imaginarse que se atreviese siquiera a considerar la posibilidad de vender una parte de ella, y mucho menos a una empresa que tenía la intención de construir una fábrica, echando a los animales de su entorno.

Fue Jim quien rompió el silencio.

—No lo creo —dijo bruscamente.

—Lo que Jim quiere decir es que tiene que haber alguna explicación lógica para que papá lo haga —intervino Honey. La expresión de su cara era de preocupación, pero, como de costumbre, su interés principal se centraba en la búsqueda de un motivo razonable.

Pero el señor Maypenny no se molestaba en buscarlos.

—Claro que hay una explicación —dijo con aplomo—, que el tipo de International Pine le ha ofrecido a vuestro padre un montón de dinero por esa tierra. No hay duda de que Matt Wheeler es un buen padre. Pero ante todo es un hombre de negocios, y no dejará pasar la oportunidad de ganar dinero si se lo ponen al alcance de la mano.

—¡No tiene usted razón! —exclamó Jim, levantando mucho la voz—. Papá tiene mucho dinero y muchos modos de ganarlo sin necesidad de destruir la naturaleza. No vendería ni un palmo de la reserva a una empresa como la International Pine. Tiene que haber otra explicación de lo que ocurrió aquí el otro día, y voy a averiguarlo.

Y, sin decir una palabra más, Jim se dirigió a la puerta.

Otra vez volvió a reinar un silencio desagradable en la cabaña. Los ojos castaños de Honey estaban humedecidos por las lágrimas y bajó la cabeza, con lo que sus cabellos dorados ocultaron su rostro.

Al cabo de un instante, el enfado del señor Maypenny dio paso a una actitud de disculpa, y amistosamente le puso a Honey la mano en la espalda.

—No te enfades por lo que he dicho —pidió a la chica—. No

creo que tu padre haga bien en negociar con International Pine, pero eso no quiere decir que sea una mala persona. Es probable que haya otra explicación. Si es así, tu hermano la encontrará pronto. Al adoptar a Jim Frayne, Wheeler consiguió algo más que una cabellera que hacía juego con la suya: ganó un genio igual de vivo y una testarudez igual de grande.

Honey levantó la cabeza, iniciando una sonrisa en su rostro surcado por las lágrimas.

—Tiene razón, señor Maypenny, Jim hará que papá le cuente cuál es el problema. Y seguro que habrá por lo menos una razón por la que usted debería haber aceptado, si le hubiese dejado hablar el otro día.

Maypenny echó la cabeza atrás y se rió:

—Me estás diciendo, muchacha, que tu padre y tu hermano no son los únicos cabezotas de estos contornos. Y es cierto. Debí escuchar la explicación de tu padre. Podría haberme ahorrado muchas molestias… y una buena ración de estofado de venado.

Los Bob-Whites rieron, sabiendo que había desaparecido la tensión y que la enorme marmita del señor Maypenny, colocada ante ellos, estaba ya casi vacía.

De repente, Dan Mangan chascó los dedos y se puso de pie de un salto.

—No es usted el único despistado, señor Maypenny —dijo—. Recogí una carta para usted y me había olvidado por completo de ella.

Salió de la habitación un momento para buscar la carta en su chaqueta, y volvió con un sobre blanco alargado.

Maypenny miró el sobre con curiosidad durante un instante, antes de tomarlo de la mano de Dan. El viejo había vivido toda su vida en aquel rincón apartado y las cartas, para él, eran algo desacostumbrado. Pocas veces se molestaba en mirar su buzón, que estaba casi a cuatrocientos metros, en la carretera de la ciudad.

Por último, tomó el sobre y lo sostuvo en sus nudosas manos. Miró el remite y el matasellos, pero, como no encontró ni una sola referencia, rasgó el sobre, sacó la carta y empezó a leerla.

La habitación volvió a quedar invadida de aquel silencio incómodo, sin que ninguno de los Bob-Whites se atreviese a interrumpir la concentración del viejo, dirigiéndose a él o hablando entre ellos.

Maypenny de repente dobló la carta y se levantó tragando saliva.

—Perdonadme un momento. Vuelvo enseguida… —se interrumpió, dio la vuelta y salió de la sala, no sin que Trixie descubriese un temblor húmedo en sus ojos.

Opuestos puntos de vista • 2

TRIXIE y los demás quedaron inmóviles, muy afectados.

—¿Qué le pasará? —preguntó Trixie en voz baja—. Espero que la carta no le haya traído malas noticias.

Mientras hablaba, volvió Maypenny a la habitación, con la misma rapidez con que había salido de ella. Se limpiaba los ojos con un pañuelo, pero sonreía.

—No; no son malas noticias, en absoluto, Trixie —dijo—. En realidad son las mejores noticias que he tenido desde hace muchos años.

—¿De quién es la carta, señor Maypenny? —preguntó Trixie con curiosidad.

—Es de mi sobrino, David Maypenny —explicó el guarda, volviendo a sentarse a la mesa. Desdobló la carta otra vez y la miró como si le costase trabajo creer que fuese algo real.

—Nunca me había dicho que tuviese un sobrino —observó Dan Mangan.

—Casi había olvidado que lo tenía —repuso el viejo—. Ni siquiera lo conozco. En realidad ya no es ningún chico. Debe tener casi los treinta.

La cara del anciano se ensombreció y sus ojos brillaron.

—Discutí con su padre varios años antes de que él naciera. Se marchó a la ciudad y nunca volví a verlo. Más tarde me dijeron que se había casado y tenía un hijo. Después supe que mi hermano había muerto. Entonces escribí a la madre del chico, ofreciéndome por si podía ayudarla en algo, y de vez en cuando le enviaba un poco de dinero —suspiró—. Nunca recibí respuesta. Supuse que mi hermano la predispuso en contra mía, y que probablemente hizo lo mismo con el hijo. No volví a escribirles.

—Y ahora su sobrino le ha escrito —dijo Trixie con voz suave—.

Pero ¿por qué al cabo de tantos años?

El señor Maypenny se encogió de hombros.

—No lo sé con certeza. Me dice que cree que ya es tiempo de dejarse de rencillas, de conocernos. Pronto tendrá vacaciones, y quiere venir a hacerme una visita.

—¡Eso es estupendo! —dijo Honey. Su dolor anterior había quedado olvidado por completo ante las buenas noticias de Maypenny—. ¿Y cuándo va a venir?

—Dice que le gustaría llegar al final de la próxima semana. Pero añade que no vendrá a menos que yo le comunique que estoy de acuerdo —terminó Maypenny—. Seguramente le escribiré esta noche.

Brian se levantó de la mesa diciendo:

—Es una buena idea, señor Maypenny. Y también me parece que deberíamos marcharnos a casa y dejarle a usted para que pueda escribirle con tranquilidad. Ya se va haciendo tarde.

—Observación muy oportuna —comentó Mart, levantándose a su vez—. Todavía tengo que hacer unos problemas de geometría, y creo recordar que nuestra amada Beatrix también tenía un libro o dos de la biblioteca pendientes de consulta.

Trixie alzó la vista al oír su detestado nombre completo, que no le gustaba nada, y que Mart usaba sólo cuando quería molestarla. Después se levantó.

—Sí, yo también debo acabar un trabajo esta noche. Muchas gracias por el estofado, señor Maypenny. Nos gustará mucho conocer a su sobrino.

Honey también se puso de pie.

—Gracias por la comida, señor Maypenny —dijo.

—Será gracias por vuestra ayuda —repuso él—. Dádselas también a Jim de mi parte y… y decidle que lamento mucho el incidente. Espero que no se enfade conmigo.

—Seguro que no —contestó Honey—. El genio de Jim es muy vivo, pero por lo general no dura mucho.

Y tras la despedida, los Bob-Whites se perdieron en el crepúsculo; anochecía. Los Belden llevaron a Honey por el camino de Manor House hasta cerca de la casa y esperaron allí hasta verla entrar. Después regresaron hacia la suya.

Trixie se abrochó la chaqueta roja de los Bob-Whites para

protegerse del frío.

—Parece que va a llover —dijo—. Espero que este aire fresco me despierte del todo antes de llegar a casa. Ha sido un día muy largo y aún tengo que leer diez páginas de historia antes de acostarme.

—En realidad no es muy tarde —comentó Brian—. Sólo son un poco más de las siete. Pero, como han ocurrido tantas cosas, parece que es medianoche.

Trixie asintió.

—No hemos estado en casa desde que nos fuimos a la escuela por la mañana. ¡Eso me recuerda algo! Precisamente cuando acabábamos de llegar al autobús había un coche que se dirigía a casa. Iba a preguntarle a mamá por él esta tarde, pero, claro, no he podido hacerlo. Tendré que preguntar en cuanto lleguemos.

Pero cuando Trixie y sus hermanos atravesaban la puerta de la cocina, al oír los gritos de Bobby, se olvidaron de todo.

—¡No quiero irme a la cama! —chillaba—. ¡Me di prisa esta mañana para ir a la escuela porque Trixie me dijo que me iba a contar un cuento antes de acostarme esta noche si me daba prisa! ¡Me lo prometió!

Trixie refunfuñó, mientras Mart se reía entre dientes y Brian movía la cabeza divertido.

—Parece ser que has olvidado algo con la emoción de la aventura del señor Maypenny —observó Brian.

Trixie asintió, arrugando la nariz.

—Pero Bobby lo ha recordado, como suele ocurrir. Me parece que no tengo escapatoria.

Entonces Bobby la vio llegar. Cesaron de golpe sus berridos y corrió a ella.

—Vamos, Trixie, vamos. Tienes que contarme un cuento —decía.

—Bueno, bueno —asintió Trixie—. Vete acostando mientras dejo los libros en mi cuarto. Volveré enseguida.

A la mitad del cuento, los párpados del niño estaban semicerrados, y cuando Trixie terminó y cerró el libro, su sueño era despreocupado y profundo. Se levantó y se fue a su cuarto, no sin detenerse antes a mirar el apacible sueño del niño; apagó la luz.

Yendo hacia su cuarto murmuró: «Quisiera que alguien me leyera diez páginas de historia mientras me voy durmiendo».

Al empezar a estudiar se dio cuenta de que el capítulo que le había tocado trataba de la batalla de Saratoga, que fue el punto de inflexión de la Guerra de Secesión. Lo leyó con un interés cada vez mayor.

Saratoga era para Trixie mucho más que una simple lección de historia. Honey y ella habían visitado juntas la ciudad cuando Regan desapareció de la finca de los Wheeler. Habían seguido al hombre hasta esa población y lo convencieron de que volviese a Sleepyside. También habían resuelto un crimen cometido unos años antes y evitado otro.

Durante el viaje, Trixie quedó impresionada por los conocimientos que Honey tenía sobre la historia de Saratoga. Ahora pudo comprobar que cuanto le había contado Honey era cierto; recordó los lugares descritos en el libro, lo que hacía que su lectura le resultase mucho más amena. Las fechas y hechos quedaban centrados en su ambiente ya desde la primera lectura, y la historia de la batalla le pareció realmente emocionante.

Cuando Trixie terminó el capítulo y cerró el libro, tenía la sensación de que sólo habían pasado unos minutos, pero quedó asombrada al mirar el despertador y comprobar que había transcurrido casi una hora: ya eran las ocho y media.

Y su asombro creció más aún al oír voces que subían desde el piso de abajo. Los Belden eran una familia que solía acostarse temprano. Por lo común, a esa hora la casa estaba ya en silencio, con Bobby durmiendo a pierna suelta, y los otros tres chicos recogidos en sus habitaciones, haciendo los deberes o preparándose para irse a la cama.

Trixie se levantó, salió de su cuarto y bajó las escaleras.

—Como ves —decía su padre en el momento en que entraba ella en el salón—, Matt Wheeler tiene sus motivos.

—Motivos, ¿para qué? —preguntó Trixie.

—Para vender tierras a la International Pine —le contestó Brian. Su voz era suave, pero la expresión de su cara denotaba seriedad—. Estábamos hablando papá y yo de nuestra visita al señor Maypenny.

—Y les estaba contando a tus hermanos por qué Matt Wheeler está considerando la posibilidad de vender alguna parcela para la ampliación de la fábrica —añadió el señor Belden.

—Entonces hay una explicación, como supuso Jim —añadió

Trixie. Se inclinó sobre el brazo del sillón en que estaba sentado su padre—. ¿Qué sucede? —preguntó intrigada.

Peter Belden sonrió a su hija.

—No hay nada misterioso en todo esto, si es lo que estás pensando —advirtió—. Sin embargo, hay varios detalles que no puedo revelar.

El señor Belden trabajaba en el Banco de Sleepyside y su puesto le permitía el acceso a abundante información confidencial, de la que tenía buen cuidado de no divulgar una sola palabra ni hablar de ella en casa.

—Puedo darte únicamente los detalles básicos, que son los que ya he contado a tus hermanos: cuando International Pine anunció por vez primera que había comprado un terreno pantanoso junto al río y que tenía la intención de desecarlo y construir en él una fábrica de muebles, hubo gente de la región que se molestó.

—Yo fui uno de ellos —confesó Brian—. Ese pantano tenía montones de plantas y hierbas que no se encuentran en ningún otro lugar de estos contornos —Brian quería ser médico y estuvo muy interesado por las plantas que los primitivos colonos de la zona emplearon para curar las enfermedades en los tiempos en que no había por allí médicos ni farmacias.

Peter Belden asintió.

—Ya —dijo—. Yo no fui de los que se opusieron a International Pine. La realidad es que hay una gran necesidad de puestos de trabajo en la región. Los tiempos de la pequeña granja familiar han pasado. Y lo mismo puede decirse, en la mayoría de los casos, de las tiendas pequeñas. Con los precios de la tierra y del material especializado, que suben sin cesar año tras año, no pueden competir con las grandes empresas.

—¿Y el señor Lytell? —preguntó Trixie—. Su pequeño negocio parece que va bien —la tienda en cuestión, diminuta y anticuada, situada en Glen Road, era visitada frecuentemente por los Bob-Whites, a pesar de que su dueño era, en ocasiones, poco amable con los jóvenes.

Belden movió la cabeza.

—Piensa bien lo que compráis en la tienda del señor Lytell, Trixie. Tu madre te envía allá a buscar pan o leche, o bien eres tú la que vas en busca de un refresco. Como ves, no es mucho en

comparación con lo que gastamos en el supermercado de Sleepyside, que es donde hacemos la mayor parte de nuestras compras. La verdad es que el señor Lytell ganaría el doble vendiendo su tienda y yéndose a trabajar de dependiente a una tienda mayor de la ciudad.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —preguntó Trixie.

—Porque no quiere. Para el señor Lytell el dinero no es tan importante como ser su propio jefe y vivir en el lugar en que ha nacido y crecido. Ése es su punto de vista —observó Brian.

—Cualquiera que tenga que mantener una familia en crecimiento es casi seguro que elegiría el salario más alto —agregó el padre—. Y entonces la alternativa es un traslado a un trabajo mejor remunerado o llevarse a toda la familia fuera de Sleepyside.

—¿No hay otros trabajos en Sleepyside? —preguntó Trixie.

—Hay pocos —repuso su padre—, pero casi todos los trabajos que existen en una ciudad pequeña son de los que llamamos del sector de servicios, como banca o enseñanza. Dependen esencialmente de los servicios que prestan a las personas que viven de las fábricas o la agricultura. En esta región, que nunca ha tenido mucha industria y que cada vez va teniendo menos granjas, la cantidad de puestos de trabajo en oficios de servicio también se va reduciendo.

—Por eso, una fábrica del estilo de la International Pine es un doble beneficio para una zona como Sleepyside: empleará gente directamente en ella y, como al mismo tiempo los trabajadores necesitarán tiendas de comestibles, y peluquerías, y cuentas de ahorro, y todas esas cosas, creará otros puestos de trabajo indirectamente.

—Matt Wheeler lo sabe —explicó Brian a Trixie—, y por eso está pensando en ceder parte de sus terrenos para la ampliación de la fábrica.

—Parece que Jim tenía razón —dijo Trixie—. Si el señor Maypenny hubiese esperado a escuchar la explicación del señor Wheeler, seguramente también habría estado de acuerdo.

—Me temo que no, Trixie —contestó su padre—. Todavía hay gente para la que conservar la tierra es lo más importante de todo. Diría que los que quieran trabajos mejor remunerados se marchen a la ciudad.

—Comprendo por qué el señor Maypenny piensa de ese modo —murmuró Trixie—; ha vivido de la tierra toda la vida.

—No es sólo Maypenny el que piensa así —le dijo su madre—. Esta mañana vino un personaje que se opone a la ampliación con la misma tozudez que el señor Maypenny.

—¡El del coche verde! —exclamó Trixie—. He estado pensando en él desde esta mañana. ¿Quién era? ¿Qué quería?

Sonrió su madre.

—Debería haber supuesto que los ojos de águila de mi hija habrían visto el coche. Se llamaba John Score y representa a un grupo llamado
C. A. U. S. E.
(Ciudadanos Alarmados y Unidos para Salvar la Ecología). Este grupo se ha enterado del proyecto de ampliación y está intentando detenerlo.

—¿Detenerlo? —repitió Trixie—. ¿Y cómo lo van a conseguir? Si International Pine encuentra a alguien que quiera venderle la tierra, podrán construir, ¿no es así?

—Puede que no —contestó su padre—. Porque, en primer lugar, hay reglamentos y leyes que limitan el modo en que se puede utilizar el terreno. Algunas zonas sólo pueden emplearse para construir casas habitables, por ejemplo, en tanto que otras son terreno agrícola y no se puede construir en él.

—E incluso, aunque International Pine encuentre una zona de tierra que se adapte al uso que pretende darle, todavía queda la cuestión de la opinión pública. Y aquí es donde entran en juego los grupos como
C. A. U. S. E.

—John Score intenta reunir firmas contra la ampliación de la fábrica —dijo Peter Belden—. Si consigue una cantidad suficiente de firmas, demostrará que la gente no quiere la ampliación de la fábrica. Eso haría que resultase muy difícil vender terreno a la empresa.

—¡Uf! —se desesperó Trixie, tapándose la cara con las manos—. Cuando dijiste que había una explicación para la venta de parte de la reserva del señor Wheeler a International Pine, pensé que se trataba de una explicación sencilla. Pero esto es lo más complicado que he oído en mi vida.

—Nuestra prolija explicación ocasiona tormento mental en la simplista estructura razonante de la sibila familiar —repuso Mart—. Dejadme que resuma. Primer punto: la gente necesita trabajo. Segundo punto: los animales y plantas necesitan tierra. Tercer punto: estas dos necesidades anteriores son a veces excluyentes entre sí. Cuarto punto: se trata de un asunto muy emocional. Quinto punto: seguro que habrá más de un lío antes de que se resuelva el tema de modo satisfactorio.

—Me atrevo a asegurar que se trata de un resumen muy exacto —observó el señor Belden—. Ya habéis oído una discusión entre el señor Wheeler y el señor Maypenny, y pronto oiréis hablar de otra entre el señor Maypenny y Jim…, y eso que la ampliación proyectada no es aún conocida por la mayoría.

—Pronto lo será —argumentó la señora Belden—. John Score está dedicando mucho tiempo a recoger firmas. No pasará mucho sin que todo hijo de vecino haya tomado partido.

—¿En qué lado estáis vosotros, papis? —preguntó Trixie—. ¿Habéis firmado la petición o no?

—No he firmado la petición —respondió su padre—, pero eso no quiere decir que haya tomado partido definitivamente. En realidad no es tan sencillo. Entiendo las razones de los dos bandos con tanta claridad que apenas podría decidirme por alguno de ellos.

Trixie se volvió a sus hermanos.

—¿Y vosotros dos? ¿De qué lado estáis?

Sus hermanos se miraron, esperando cada uno de ellos que fuese el otro el que hablara, hasta que finalmente fue Brian el que tomó la palabra:

—Tampoco lo sé, Trixie —dijo—. Amo mucho la reserva y me molestaría ver que la estropean. Pero también me dolería ver destruido todo un modo de vida, y eso es lo que sucedería si la economía de Sleepyside va mal. Desaparecería la manera de vivir de nuestro pueblo. Necesito más tiempo y más puntos de referencia para decidirme.

—Brian ya lo ha dicho todo —dijo Mart, demasiado absorto en sus pensamientos para permitirse el lujo de soltar una de sus ristras de palabras rebuscadas—. Sólo deseo que el asunto se resuelva sin que se destruyan muchas amistades.

Recordando la angustia reflejada en la cara de Jim cuando

abandonó la cabaña de Maypenny, Trixie asintió en silencio.

—Una cosa sí sé, de fijo —añadió el señor Belden—. No podemos arreglar este asunto aquí, esta noche. Por lo tanto, sugiero que nos vayamos a la cama. Ya tendremos ocasión de irnos formando nuestra opinión acerca de la ampliación de International Pine en las próximas semanas. En realidad, dudo que la gente de Sleepyside se preocupe hasta que la cuestión se haya planteado en serio.

Trixie y sus hermanos se despidieron de sus padres y subieron a sus habitaciones.

Una vez en la cama, Trixie se encontró pronto hundida en esa grata sensación que precede al sueño. Pero su mente estaba muy confusa, como una enorme madeja en la que se mezclaban el señor Maypenny, el señor Wheeler, Jim y un montón de personas que no conocía, pero cuyas vidas iban a verse afectadas de un modo u otro, como consecuencia de la posible ampliación de la fábrica. Me

alegro de no ser yo quien tenga que tomar la decisión final de todo esto —susurró antes de quedarse dormida.

Los Bob-Whites, divididos • 3

A LA MAÑANA SIGUIENTE, al subir Trixie al autobús del colegio delante de sus hermanos, recorrió las caras de todos los muchachos, como siempre, en busca de Honey, Jim y Dan. Por lo general surgía siempre la mano de alguno de ellos, que se agitaba para indicar a los Belden dónde estaban sentados. Ese día no vio ninguna.

Por un instante, Trixie pensó que sus amigos habían perdido el autobús. Después localizó a Honey sentada al fondo, mirando por la ventanilla. Dan estaba junto a ella, leyendo un libro apoyado en sus piernas cruzadas. No se veía a Jim por ninguna parte.

Trixie notó que se le encogía el estómago. Algo iba mal. Se notaba. Se detuvo, pensando qué podría ser. Brian, que iba tras ella, murmuró suavemente:

—Sigue, Trix —el tono de su voz hizo saber a su hermana que él también había notado el cambio.

Trixie y Brian se acomodaron delante de Honey y Dan, en tanto que Mart tomó asiento al otro lado del pasillo. Entonces Honey dejó de mirar por la ventanilla, y Trixie vio que sus ojos estaban llorosos e irritados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Trixie. La voz que salió de su garganta, atenazada por la congoja, era poco más que un susurro.

—Jim y papá han tenido esta mañana una discusión horrible —contestó Honey, con la voz entrecortada por los sollozos.

—¿Fue porque tu padre quiere vender parte de la reserva? —preguntó Brian.

Honey asintió.

—Mis padres habían salido anoche, y no volvieron hasta tarde, por lo que Jim no pudo hablar con ellos. Esta mañana, durante el desayuno, Jim sacó a relucir el tema. Dijo que el señor Maypenny nos había dicho que International Pine quería ampliar la fábrica y

que papá estaba de acuerdo. Añadió que le gustaría saber por qué. Papá explotó. Llamó al señor Maypenny viejo loco que no veía más allá de sus narices. Eso hizo que Jim se enfadase, respondiendo que a él le parecía bastante más estrechez de miras destruir una zona de vida salvaje que podía ser admirada y disfrutada por las generaciones futuras.

Trixie arrugó el entrecejo.

—¡Ay!, Honey. Jim no va a conseguir nada con eso —dijo—. Seguro que con ello no consiguió, ni mucho menos, que tu padre se tranquilizase.

Honey negó con la cabeza, y en sus ojos volvieron a aparecer lágrimas.

—Papá se puso furioso como nunca cuando Jim dijo aquello. Repuso que Jim tenía que reflexionar sobre una o dos cosas.

—¿Sobre qué? —preguntó Brian.

Honey hizo un gesto de impotencia.

—No lo sé. Después de decirlo, papá se volvió a mí y me dijo: «Lo mejor es que te vayas a la parada del autobús. Jim no irá hoy a la escuela contigo». Parecía muy enfadado. No me sentí con fuerzas para preguntar nada…, tuve que marcharme.

Trixie miró a Mart y a Brian, buscando una explicación a lo ocurrido. Pero nada le dijeron. Parecían tan confusos como ella.

No es normal que el señor Wheeler piense cortar con Jim, sólo porque le haya contestado —pensaba, aunque sintió un vuelco en el corazón.

La primera vez que Trixie y Honey vieron a Jim, era éste un vagabundo que huía de su cruel padrastro. Las dos habían tardado mucho tiempo en infundirle confianza, para que creyera en ellas, y mucho más aún en convencerlo de que existían otros chicos en los que podía confiar. El resultado fue que Jim consiguió un hogar verdadero, en casa de los Wheeler, y la amistad de los Bob-Whites. Si este conflicto con su padre adoptivo había destruido aquella confianza, también podría destruir el hogar y la amistad.

Trixie notó que también afluían lágrimas a sus ojos al suponer que Jim iba a ser alejado de todos, volviendo al vagabundeo. Aunque lo negaba a los demás y a sí misma, Jim era más que un amigo para Trixie: era algo muy especial.

Brian carraspeó.

—Vamos a no darle más vueltas, hasta saber qué es lo que ha pasado —dijo—. Tanto Jim como el señor Wheeler son de genio muy vivo y muy exaltados, pero también se aprecian mucho. No creo que haya nada que pueda interponerse entre ellos durante mucho tiempo.

—Brian, seguro que tienes razón —repuso Trixie agradecida—. No debemos preocuparnos tanto por anticipado —se volvió a su mejor amiga—. Honey, a las dos nos parece tremendo que Jim y tu padre hayan discutido así, porque tememos dañar a alguien o que alguien nos dañe. Ellos no son como nosotras. Pueden decirse muchas cosas y seguir siendo tan amigos o incluso más que antes, precisamente por eso.

—Estoy de acuerdo con lo que dice Trixie —añadió Dan, que se había mantenido silencioso mientras los demás hablaban—. A veces, el decir las cosas duele mucho menos que el callárselas.

Honey, siempre atenta a los sentimientos de los otros, captó un deje de amargura en la voz de Dan.

—Hablas de ti, ¿no es verdad, Dan? —preguntó dulcemente.

Dan asintió con desgana.

—Sí. Lo has adivinado. Hablo por mí y por Maypenny. Vivimos bajo el mismo techo y nos vemos todos los días, pero nunca me ha hablado de su sobrino ni de la visita del señor Wheeler, que tanto le afectó. Me duele que no haya querido decirme nada.

—Estoy segura de que lo único que ha pretendido ha sido evitarte disgustos, Dan —dijo Honey.

—Pero la reserva es también mi hogar —protestó Dan—. Si corre peligro, tengo derecho a saberlo.

—Después de todo, despidió a papá como había llegado —puntualizó Honey—. En su fuero interno, tal vez crea que ya no hay nada más que decir.

—Además —añadió Brian—, el señor Maypenny ha vivido solo mucho tiempo, antes de llegar tú. No está acostumbrado a tener a nadie con quien compartir los problemas. Si no ha dicho nada de la visita del señor Wheeler, estoy convencido de que ha sido por falta de costumbre y no porque no confíe en ti.

La única respuesta de Dan fue un gesto, con el que dio a entender que comprendía las razones de los demás, pero que no se conformaba con ellas.

Precisamente en ese instante se detuvo el autobús frente al colegio, y los Bob-Whites salieron de él, encaminándose al instituto de Sleepyside. Los amigos se separaron en la puerta, cada cual se dirigió a su armario y, después, a sus clases.

Primero fueron el señor Maypenny y el señor Wheeler. Después, el señor Maypenny y Jim. Ahora, Jim y el señor Wheeler, además de Dan y el señor Maypenny. Todos ellos discuten por causa de International Pine. ¿Quiénes serán los próximos? Eso era lo que Trixie pensaba.

La respuesta la tuvo muy pronto. A mediodía, los tres Belden, Honey y Dan se juntaron en su mesa habitual, en la cafetería. Estaban empezando a comer cuando oyeron una voz familiar que les decía:

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—¡Jim! —exclamó Trixie, mirando alegre a su amigo.

Honey parecía a punto de soltar el trapo y echarse en brazos de su hermano, aunque eso lo habría aturdido más allá de lo imaginable.

Brian, Mart y Dan parecían tan asombrados como las chicas, y Jim se rió.

—Parece como si hubiese perdido una semana de clase, en lugar de haber faltado sólo una mañana —dijo asombrado.

—Les conté tu discusión con papá esta mañana —confesó Honey —. No sabemos qué ha pasado después.

La cara de Jim se tornó seria.

—Papá me dijo que tenía que enseñarme una o dos cosas, y eso es lo que ha hecho. He aprendido más esta mañana que en diez años de escuela.

—¿Qué es lo que has aprendido? —preguntó Trixie.

—Podríamos llamarlo economía aplicada, creo —dijo Jim—, con un poco de política e incluso con un barniz de filosofía. En esencia, papá me demostró cómo ha llegado a tomar esa decisión de considerar la oferta de International Pine. No se trata de algo hecho a la ligera. Podéis creerme. Tiene un montón de información referente al asunto —Jim miró a todos—. ¿Sabíais que la población de Sleepyside ha ido disminuyendo con un ritmo del dos por ciento anual en los últimos diez años? —preguntó.

Los demás Bob-Whites negaron con la cabeza.

—Bueno, pues es así. Al mismo tiempo, la cantidad de puestos de trabajo se ha reducido en un cinco por ciento. Eso quiere decir que la cantidad de gente empleada decrece.

—¿Y qué quiere decir todo eso, Jim? —preguntó Honey.

—Mucho —dijo Trixie—. Anoche estuvimos hablando con nuestros padres. Sleepyside necesita los puestos de trabajo que la ampliación de International Pine puede proporcionar.

—Eso es todo, muy resumido —corroboró Jim.

—Entonces, ahora estás de acuerdo con tu padre en ceder tierra a International Pine. ¿No es eso? —preguntó Dan.

—No es mucho terreno: sólo unos diez acres. Y sólo tres de ellos son del señor Maypenny —aclaró Jim—. Papá me lo explicó también. Los diez acres que necesitan tienen la mejor calidad de madera virgen de todos los alrededores. Conseguirán materias primas muy valiosas junto con la zona de ampliación. Ésa es la única manera de que puedan conseguir la expansión ahora. Los animales seguirán teniendo cientos de acres a su disposición y Sleepyside dispondrá de centenares de nuevos puestos de trabajo.

—Eso parece una buena solución para todos —dijo Honey, llena de esperanza, mirando a Jim y a Dan.

Dan movió la cabeza.

—¿Quieres decir que, porque vosotros queráis vivir respirando los humos de la nueva fábrica, el señor Maypenny y yo también debemos querer? ¿Y qué pasará si la fábrica decide volver a ampliarse? ¿Bastarán entonces otros diez acres? ¿Y después otros, y otros, hasta que ya no quede nada de la reserva?

—Papá no dejaría que sucediese eso —dijo Jim con seguridad.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Dan—. Ayer quedaste muy impresionado al oír que quería vender los primeros diez acres; hoy estás a su lado incondicionalmente. Quizá también te convenza la próxima vez.

—Dan —la voz de Honey sonó suplicante, y puso una mano sobre el brazo del muchacho.

—Lo siento —dijo Dan—. Quería… —se detuvo a mitad de la frase, intentando con su mirada que sus amigos lo entendiesen.

—Comprendo tu punto de vista —afirmó Jim con tranquilidad —, pero también los de mi padre y de Sleepyside. Tengo que apoyarlo en la venta del terreno.

—Y yo tengo que apoyar al señor Maypenny en sus intentos de impedirla —replicó Dan.

Los dos muchachos se miraron en silencio breves segundos. Después, bruscamente, Dan recogió sus cosas y se fue.

Trixie lo vio alejarse. *Ahora, la ampliación de la fábrica también divide a los Bob-Whites* —pensó. Miró el círculo que formaban sus amigos y los encontró como a disgusto unos con otros. Comprendió que aquello era la respuesta a su pregunta de esa mañana: *¿Quién será el próximo?*

La sorpresa de Dan • 4

EN LA SEMANA SIGUIENTE, las noticias de International Pine y su oferta se difundieron por todo Sleepyside. Y por todas partes se esgrimieron los mismos argumentos ya apuntados entre los Bob-Whites.

Para muchos hombres de negocios de Sleepyside, que habían visto disminuir sus ventas como consecuencia del desempleo, la posibilidad de que International Pine se ampliara, creando así nuevos puestos de trabajo y aportando más dinero a la comunidad, parecía un sueño feliz.

Pero para muchos de los más viejos del lugar, que habían vivido en un Sleepyside tranquilo y rural, la ampliación era más que una pesadilla. Se quejaban no sólo del aumento de la contaminación que la expansión acarrearía, sino también del cambio que se produciría en la comunidad. Si sus hijos y nietos dejaban el trabajo del campo y las tiendas para irse a la fábrica, ¿abandonarían también las viejas costumbres y tradiciones?

Hablar de International Pine empezó a formar parte de la vida diaria, como el comer o el dormir. Las entrevistas con el presidente de la empresa y con expertos en medio ambiente llenaban las primeras páginas del periódico de Sleepyside. El Sun recibía tantas cartas al director, a propósito de la ampliación, que tenía que dedicarles toda una página, en lugar de la media que hasta entonces había sido lo habitual.

Muchos comerciantes del pueblo exhibían en sus escaparates emblemas en favor o en contra de la ampliación de la fábrica.

Incluso en la escuela era corriente oír a los alumnos argumentando y discutiendo el tema. También en las clases se trataba el asunto: en historia, estudios sociales y en ciencias de la naturaleza.

Por lo que a Trixie le parecía, el único lugar del pueblo en que no se hablaba para nada de International Pine era la mesa donde almorzaban los Bob-Whites, y en su zona del autobús. Tras la discusión entre Jim y Dan, los Bob-Whites habían tomado la decisión de no discutir para nada la probable ampliación de la empresa, la decisión de vender del señor Wheeler ni la negativa a hacerlo del señor Maypenny. Al final, habían llegado a la conclusión de que sus opiniones no influirían para nada en la decisión final. Era mejor guardarse sus opiniones para sí. De ese modo, fuese cual fuese el resultado, los Bob-Whites seguirían siendo amigos siempre.

Trixie hablaba de ello con sus hermanos, cuando estaban lejos de los demás Bob-Whites, pero se dio cuenta de que ambos seguían tan confusos e indecisos como ella. Después de las palabras de su padre, comprendían que los puestos de trabajo eran necesarios; pero, por otro lado, amaban mucho la reserva. Y al señor Maypenny. Era imposible que ninguno de ellos tomase decididamente partido por una u otra solución.

El jueves, Brian anunció en la mesa, a la hora de cenar, que en la clase de estudios sociales iba a desarrollarse un debate la próxima semana.

—El tema será International Pine, como es natural —dijo—. Estoy en el equipo que apoya la ampliación. Papá, ¿querrías ayudarme a resumir algunos hechos y cifras?

—Naturalmente —contestó su padre.

—¿Qué te ha hecho decidirte por la ampliación? —preguntó Trixie.

—No he decidido nada, Trix —repuso Brian—. Estoy en medio, como siempre.

—Pero apoyarás la ampliación en el debate —argumentó su hermana—. ¿Quiere eso decir que estás por ella, pero que no estás por ella? Pues no lo entiendo.

Brian se encogió de hombros.

—No es tan complicado, Trix. Creo que el debate es importante. Es la primera vez que se van a plantear de modo sereno motivos en pro y en contra, cara a cara, para que la gente pueda escucharlos con claridad, si quiere. Cuando el profesor pidió voluntarios para el debate, los dos primeros que se presentaron lo hicieron en el bando que se opone a la ampliación. Son dos chicos muy bien preparados y sé que harán un buen trabajo. Por eso he decidido defender la otra opción. Suponía que la información que puedo obtener de papá puede ayudarme a presentar argumentos convincentes. Eso es lo que hay.

—Me parece que necesitarás mucha elocuencia para persuadir a Dan Mangan de las ventajas del «sí» —dijo Mart.

—Dan está en mi clase —recordó Brian a su hermano—. Me pareció que le molestó un poco cuando me presenté voluntario. Pero he hablado con él y le he explicado esto. Creo que comprende que ha sido un sentido de honradez lo que me ha llevado a meterme en el asunto, y no mi opinión personal respecto a la ampliación. Y sabrá respetarlo, lo mismo que ha hecho con la postura de Jim hacia su padre —Brian se detuvo y los miró. Después continuó—: No creo que su respeto por nuestras posiciones le haga sentirse ahora menos solo o menos molesto; si después mantiene su hogar, la cosa cambiaría.

—Creo que este asunto ha sido más duro para Dan que para

cualquier otro —asintió Trixie—. Ha pasado una gran parte de su vida intentando encontrar un lugar donde sentirse alguien, donde saberse querido. Incluso estuvo metido en aquella banda de Nueva York, aunque él no es nada malo: precisamente porque los demás parecían tener cierto interés por él.

Brian asintió.

—Cuando al final Regan lo trajo a Sleepyside, Dan encontró un lugar hermoso para vivir, junto al señor Maypenny. Y también encontró un grupo de amigos, los Bob-Whites, que lo quieren como es y lo respetan.

—Y ahora su coterráneo está sumido en perplejidades y sus compañeros parecen alienados —terminó Mart.

—Pobre Dan —suspiró Trixie—. Creo que deberíamos procurar por todos los medios confirmarle que es nuestro amigo, hasta que haya pasado todo.

—No hace falta, Trix —dijo Brian—. Dan ya lo sabe. El comportarnos de un modo especial con él, por la causa que sea, nos llevaría a tratarlo de un modo distinto a como hemos hecho siempre. Es probable que con ello se pusiese más nervioso de lo que ya está.

Trixie arrugó la nariz, reconociendo lo desatinado de su propuesta.

—Tienes razón, Brian. Los Bob-Whites siempre nos hemos ayudado unos a otros. Si de pronto todos nos pusiéramos dulces como un flan con Dan, es probable que acabase sintiéndose molesto. Creo que debemos seguir como siempre. Pero es muy difícil.

—Eso es indudable —agregó Mart.

Trixie ayudó a su madre a recoger la mesa y lavar los platos, excesivamente preocupada por Dan y el señor Maypenny, Brian y Jim, para charlar mientras trabajaba, como era normal en ella.

Al terminar, dejó el paño de secar los platos, con la mente un poco ausente, y salió de la cocina. Desde el salón le llegaba un murmullo de voces, de su padre y Brian, que hablaban del debate. También en ocasiones se oía la voz de Mart. Trixie sonrió. Nadie tenía nunca tantas ganas de argumentar como Mart. Se lo imaginaba profundizando en alguna afirmación de su hermano o su padre que tuviese apariencia de menor solidez, tomando el partido de la oposición, como si se hallasen ya en el debate. Fue ésta una de

las veces que más agradeció Brian la naturaleza quisquillosa de Mart.

Trixie pensó por un momento unirse a los demás en el salón, pero desistió. Después de todo, oiría el debate de Brian en la escuela, pues el director había invitado a todos los alumnos a asistir. Y, además, estaba deseando olvidar un rato a International Pine.

Subió, pues, a su cuarto y se detuvo delante de su biblioteca; leyó títulos de libros. Por último, tomó Huckleberry Finn. Éste era uno de sus favoritos, un libro que había leído un montón de veces, sin cansarse. Se tumbó en la cama, abrió el libro y empezó a leerlo. Pronto estuvo absorta en la narración. Sleepyside e International Pine quedaron muy lejos. Lo que ahora le preocupaba se llamaba Mississippi, balsa, Huck y Jim.

Estaba riéndose con Huck, vestido de chica con sombrero y todo, cuando un leve golpe en la puerta la devolvió al mundo real.

—Adelante —dijo, un poco impaciente por ver interrumpida la diversión.

Se abrió la puerta y entró en el cuarto Bobby. Por un instante, Trixie quedó asombrada de que Bobby hubiese llamado. Por lo general entraba donde le daba la gana, con la confianza de que sería bien recibido en todas partes. ¿Y qué iba a pensar a sus seis años?

—Me gustaría hablar contigo, Trixie —dijo.

Trixie se esforzó por ahogar una sonrisa. Ahora comprendía por qué había llamado Bobby. Quería tener una conversación de mayores, y por eso se comportaba como los mayores.

Trixie cerró el libro, dejándolo en la mesilla de noche, junto a la cama. Se incorporó hasta quedar sentada, con la espalda apoyada en la cabecera, y cruzó las manos en el regazo.

—¿Y de qué me quieres hablar, Bobby? —preguntó muy seria.

Bobby se sentó junto a los pies de la cama, en el borde. Cruzó las manos imitando la postura de Trixie.

—Quiero saber qué pasa con la compañía de los pinos —dijo el niño—. Quiero saber por qué todo el mundo habla de la compañía de los pinos.

Trixie dejó caer hacia atrás la cabeza, hasta que estuvo apoyada en la pared, por encima de la cama. Cerró los ojos, intentando

encontrar la manera de explicarle a Bobby algo que ella sólo lograba entender de un modo parcial.

—No te duermas, Trixie —dijo Bobby temeroso—. Quiero que me cuentes lo de la compañía de los pinos.

Trixie abrió los ojos y levantó la cabeza.

—No me duermo, Bobby —le aclaró—. Estaba procurando recordar lo que sé de la compañía de los pinos para contártelo —se detuvo y se mordió el labio inferior—. La compañía de los pinos es la International Pine, Bobby —empezó—. Hacen muebles.

—Eso ya lo sé —contestó Bobby—. Me lo ha dicho papá.

—¿Y qué más te ha dicho? —preguntó Trixie.

—Me dijo que era la Inter… Inter…, eso que tú has dicho antes. Y me ha dicho que hacían muebles. Y me ha dicho que quieren hacer más muebles, y por eso quieren comprar tierra al señor Maypenny y al señor Wheeler. Y me ha dicho que el señor Wheeler sí les quiere vender la tierra, pero el señor Maypenny, no. Y me ha dicho que unos piensan lo mismo que el señor Maypenny y otros piensan que el que tiene razón es el señor Wheeler. Y también me ha dicho que todos están muy nerviosos por eso.

Trixie asintió.

—Pues eso es lo que hay, Bobby. Por lo que se ve, papá ha hecho un buen trabajo explicándote todo. ¿Qué más quieres que te diga?

—Lo que quiero que me digas de la compañía de los pinos —respondió Bobby despacio—, lo que quiero que me digas es quién tiene razón y quién no la tiene.

A pesar de la seria expresión de Bobby, Trixie lanzó una carcajada, cogió a Bobby en sus brazos y lo levantó.

—Si supiera eso —dijo—, podría gobernar el mundo.

Bobby parecía confundido, y Trixie sabía que tenía que intentar explicarle las cosas con más claridad. Tomó aliento y siguió:

—Bobby, nadie sabe quién tiene razón y quién no. En realidad, es casi seguro que nadie la tiene ni nadie está equivocado. Simplemente, tienen opiniones diferentes. Es algo así como… como si fuésemos a la tienda y yo quisiera un helado de vainilla y tú uno de chocolate. Yo no estaría equivocada porque quisiera vainilla, ni tampoco lo estarías tú por querer chocolate. Simplemente, tenemos gustos distintos, ¿comprendes?

Bobby asintió con la cabeza. Después arrugó la frente y dijo:

—Pero cuando tú quieres vainilla y yo quiero chocolate, los dos tenemos lo que queremos. Pero si el señor Wheeler quiere vender y el señor Maypenny no quiere vender, ninguno de los dos tiene lo que quiere, ¿no es así?

Trixie estuvo de acuerdo.

—Es como si sólo hubiese un helado en todo el mundo y tuviese que ser de vainilla o de chocolate —dijo desalentada.

—Eso es malo —se lamentó Bobby.

—Claro —asintió su hermana.

Bobby se levantó.

—Gracias por habérmelo explicado, Trixie —dijo solemnemente.

—De nada —contestó Trixie. Vio cómo salía de la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. Volvió a tumbarse en la cama y cerró los ojos. *Chocolate o vainilla* —se dijo—. *Me pregunto qué es lo que va a pasar.*

A la mañana siguiente, Trixie tenía pereza a la hora de irse a la escuela. Aunque había tenido siempre problemas para levantarse, sabía que ese día era algo diferente. La tensión de ir en el autobús todas las mañanas con sus amigos sin mencionar para nada la International Pine iba pesando demasiado. Era lo que más ocupaba sus mentes, y lo sabían, pero también sabían que la única manera de conservar la paz era no hablar de ello.

Todos se esforzaban en sacar temas de conversación, pero aquellas tertulias que solían tener, tan espontáneas e interesantes, habían desaparecido. Antes, el recorrido del autobús se les hacía corto; ahora resultaba demasiado largo.

Trixie había preparado varios temas de conversación, pensados mientras iba hacia la parada del autobús con sus hermanos; pero en cuanto se sentó junto a Honey, comprendió que no eran necesarios.

—¿Adivinas qué? —preguntó Honey excitada.

—¿Qué tengo que adivinar? —preguntó Trixie, sintiendo que crecía su curiosidad.

En lugar de contestar, Honey se volvió a Dan.

—Adelante, Dan. En realidad son noticias tuyas.

—¡Ha llegado el sobrino del señor Maypenny! —gritó Trixie—. ¡A que sí!

Los demás Bob-Whites se rieron.

—Mi bruja sibilina —dijo Mart, haciendo un gesto ampuloso y teatral.

—Lo siento —dijo Trixie—. Os he estropeado las noticias.

Dan sonrió burlón.

—Bueno, pero hay más. Y creo que lo mejor es que os lo diga pronto, antes de que me volváis a pisar la noticia —Trixie se encogió, mientras Dan continuaba—: David Maypenny llegó anoche, ya tarde. Y el señor Maypenny quiere que vayáis mañana por la tarde para celebrarlo y conocerlo.

—Estupendo —exclamó Trixie—. Oh, Dan, no puedo esperar a verlo. ¿Cómo es? ¿Es como Maypenny? ¿Es guapo? ¿Te ha caído bien?

—Sólo lo he visto anoche, y durante un minuto, porque tenía cosas que hacer. Es pronto para juzgar si me agrada o no.

La voz de Dan aparentaba intrascendencia, pero Trixie notó que estaba nervioso. Su mirada, que normalmente era directa, iba de la ventanilla a los libros o a un punto por encima de la cabeza de Trixie.

Querida —pensó Trixie—, *a Dan no le gusta David Maypenny. No sé por qué, pero me gustaría saberlo.* Se distrajo pensando en la invitación de la tarde siguiente. Entonces tendría la oportunidad de conocer a David Maypenny y juzgarlo por sí misma.

Dos visitantes • 5

TRIXIE, con su impaciencia habitual, estaba deseando salir para conocer a David Maypenny.

—¡Daos prisa, Brian, Mart! —gritaba Trixie desde las escaleras —. ¡Llegaremos tarde a la merienda en la cabaña del señor Maypenny!

Brian bajó las escaleras riendo.

—Ya veo que tienes prisa —dijo—, pero, de veras, nunca creí que llegaría un día en que tuvieses que esperarme tú a mí.

—Es muy divertido —añadió Mart—, cómo mejora su rapidez traslaticia cuando se trata de condumio y no de asistencia académica.

—Si con eso quieres decir que una merienda es más divertida que una clase —arguyó Trixie—, tienes razón. Pero no se trata de eso. Lo que de veras me obsesiona es conocer a David Maypenny.

—Todos estamos impacientes por conocerlo —repuso Brian—, y todos estamos listos para ir. Por lo tanto… —y Brian hizo una reverencia, indicando a Trixie que podía cruzar la puerta delante de ellos.

Al atravesar la cocina, su madre los llamó:

—En el mostrador hay una tarta de chocolate para que la llevéis. Ya sé que el señor Maypenny es un excelente cocinero, pero no creo que sepa mucho de repostería. Y un buen postre nunca viene mal.

—¡Ñam-ñam! —dijo Trixie—. ¡Gracias, mamá, eres estupenda!

Los tres Belden pasaron por Manor House para recoger a Honey y a Jim, que ya los estaban esperando. Jim iba silencioso, con las manos en los bolsillos. Honey paseaba nerviosa, mirando hacia el lugar por donde debían aparecer sus amigos. Cuando los vio agitó la mano insistentemente.

—Parece que la otra adivina también está impaciente por

conocer a David Maypenny —dijo Brian.

—Y vosotros también lo estáis deseando —replicó Trixie—; lo que pasa es que hacéis ímprobos esfuerzos para que no se os note. Eso es todo.

Cuando llegaron adonde esperaba Honey, Trixie estalló en una carcajada. Su amiga llevaba una caja de plástico idéntica a la suya, con una tarta dentro.

—La señorita Trask tampoco cree que el señor Maypenny sea buen repostero, por lo que se ve.

Honey se echó a reír.

La señorita Trask había sido contratada por los Wheeler como institutriz de Honey. Al crecer ésta y hacerse más independiente, la señorita Trask permaneció en la casa, pero ocupándose de ayudar en las tareas domésticas. En cierto modo era como una madre para Honey y Jim, ya que la señora Wheeler solía acompañar con gran frecuencia a su marido en los viajes de negocios.

—¿No es eso, o algo parecido, lo que ha dicho? —preguntó Trixie.

—Por razones que no puedo explicar, me encuentro repentinamente interesado por la festividad que se aproxima —indicó Mart con impaciencia—. ¿Podríamos proseguir?

Y todos, riendo, siguieron el camino que llevaba hacia la cabaña de Maypenny.

Al llegar al claro, vieron el brillo del fuego que el guarda solía encender cuando cocinaba alimentos en el campo, y una olla a la lumbre. Dan atendía al fuego y saludó a sus amigos.

—¿Dónde está David Maypenny? —preguntó Trixie.

—Dentro —contestó Dan.

—¿Nos presentarás? —volvió a preguntar Trixie.

Dan vaciló un momento.

—El señor Maypenny está dentro también. Mejor es que os presente él. Después de todo, David es sobrino suyo.

Trixie miró atentamente a Dan. Éste bajó la cabeza, y se quedó observando el fuego. Otra vez volvió a tener la sensación de que a Dan no le gustaba nada David Maypenny. Viendo que los demás entraban en la cabaña, Trixie se volvió y entró también.

David Maypenny estaba sentado en el diminuto cuarto de estar de la cabaña de su tío. Al entrar los jóvenes se levantó y alargó la

mano:

—Seguro que sois los Bob-Whites —saludó.

Jim se adelantó y estrechó la mano de David.

—Y tú eres David Maypenny —respondió—. Soy Jim. Ésta es mi hermana, Honey, y éstos nuestros amigos Trixie, Mart y Brian Belden.

—Me alegro de conoceros —dijo David—. Ya he oído hablar de los Bob-Whites en estos dos días. Mi tío me ha contado que habéis colaborado recogiendo dinero varias veces para buenas causas, como la del departamento de Arte de la escuela.

—El señor Maypenny prestó una gran ayuda en aquella ocasión. Nos dejó usar la llanura, durante el concurso de bicis, como punto de descanso; y atendió a todos los corredores —recordó Trixie.

—También me ha dicho mi tío que habéis resuelto muchos misterios —siguió David, al tiempo que volvía a sentarse.

—¿También te ha dicho que Trixie y Honey son especialistas en

crear misterios donde no los hay? —preguntó Jim—. La primera vez que vieron a tu tío decidieron que estaba de furtivo en la reserva de caza de mi padre. La evidencia, para ellas, era que nunca lo habían visto antes.

—Sí; mi tío me ha dicho algo de eso —reconoció David—, pero creo que es bastante comprensible. Si viera un viejo con gorro rojo, jersey de cuello alto y calzón corto, también pensaría que es un furtivo. O, por lo menos, un personaje escapado de algún cuento de Washington Irving.

—¿Conoces los cuentos de Washington Irving, «Rip van Winkle» y «La leyenda de la caverna del sueño?» —preguntó Honey.

David asintió modestamente.

—Conozco algo de ellos. Sé que mi familia procede de la comarca donde se centran esas narraciones. Por eso, cuando las estudié en la escuela les presté gran atención.

Conforme hablaba David, Trixie lo observaba concienzudamente. En verdad, no se parecía en nada al señor Maypenny. Éste era alto y flaco, de faz rubicunda, quemada por el aire y el sol, y pelo blanco. David, por el contrario, era bajo y rechoncho, aunque no grueso, pero de aspecto fofo. Su piel era lechosa, casi sin pecas, y su pelo muy oscuro. Decididamente, una persona acostumbrada a vivir en espacios interiores. Mientras lo miraba, Trixie tuvo la impresión de que no había tomado el sol en su vida.

Pero, a pesar de todo, no pudo intuir en David nada que pudiese justificar el rechazo de Dan. Al contrario, parecía un joven abierto y bastante simpático. La mirada era directa, no huidiza. Y parecía sinceramente interesado en trabar una buena amistad con los Bob-Whites.

—Bueno; ya veo que habéis entablado conversación —dijo el señor Maypenny saliendo de la cocina—. ¿Va todo bien?

—Excelente, señor Maypenny —dijo Brian, a la vez que los demás lo confirmaban.

—¡Ah!, señor Maypenny, aquí tiene una tarta que la señorita Trask envía para el postre —dijo Honey.

—Y aquí hay otra que manda mamá para lo mismo —dijo Trixie riendo.

Maypenny se echó a reír también.

—¡Ah, las mujeres! —exclamó—. Bueno, dadles las gracias de mi parte por el detalle.

Recogió los paquetes de Honey y Trixie y fue hacia la cocina, pero se detuvo.

—¡Humm! —dijo—. Es exactamente lo que necesitábamos.

—¿Qué quiere decir, señor Maypenny? —preguntó Trixie con curiosidad.

Maypenny parecía aturdido.

—Siento no haberos dicho nada antes, y de veras lamento tener que decirlo, después de lo que me ayudasteis la semana pasada. Pero esta tarde me despisté y dejé que se apagase el fuego. Menos mal que se dio cuenta Dan; de lo contrario, nos veríamos en un aprieto. Tal como van las cosas, el asado tardará aún otra hora, o así, en estar listo. Por tanto, si tenéis hambre, podríamos tomar primero el postre; después, la merienda, terminando con el otro postre.

—Sugerencia superlativa, a fe mía —dijo Mart acariciándose el estómago.

Maypenny miró a Mart entornando los ojos.

—Eso quiere decir que quieres ahora un poco de tarta, ¿no? Nunca te entiendo cuando hablas así.

Todos se rieron, a la vez que Mart se sonrojaba.

—Sí, por favor —dijo a secas.

Maypenny movió la cabeza.

—Vuelvo enseguida con la tarta y leche para todos —dijo, dirigiéndose a la cocina.

Los Bob-Whites seguían comentando la escena entre Maypenny y Mart; pero Trixie observó que David se ponía serio.

—¿Te sucede algo? —preguntó.

David se sobresaltó.

—Lo siento —dijo—. No… Creía que nadie lo había notado. Confieso que estoy un poco molesto y preocupado.

—¿Por qué? —preguntó Brian.

—Por mi tío —repuso David—. Es más viejo de lo que yo pensaba. Me preocupa verlo así, viviendo de este modo tan primitivo, a sus años.

—El señor Maypenny sabe cuidarse perfectamente —dijo Jim con gran aplomo.

—¿Y lo del fuego? —preguntó David—. No se habría enterado de que estaba apagado, de no habérselo dicho Dan. Tal vez esté perdiendo vista.

—El señor Maypenny puede distinguir un faisán a veinte metros —afirmó Jim—. Su vista es excelente.

—Y en cuanto a dejar que se apagase el fuego —agregó Brian—, estoy seguro de que tiene mucho más que ver con el hecho de sentirse acompañado por primera vez en tantos años, que con la pérdida de su agudeza visual. Probablemente estaba tan ocupado hablándote que se olvidó del fuego. Es comprensible desde todos los puntos de vista.

—Ojalá tengáis razón, por supuesto —acabó David, aún no del todo convencido. Después agregó—: Dados los tiempos que corren, para un ser del asfalto como yo, este tipo de vida parece más dura de lo que realmente es. Quizá mi tío esté mejor aquí que en Nueva York.

No había tiempo de seguir la discusión, porque ya regresaba Maypenny de la cocina, con una tarta cortada en porciones, una pila de platos y un montón de tenedores en una fuente, junto con una jarra de leche y varios vasos. Después, durante un tiempo, el sonido de los cubiertos al partir las porciones y los murmullos de satisfacción sustituyeron a las palabras.

Cuando acabaron, Maypenny salió a comprobar cómo iba el fuego. Entonces, Trixie cayó en la cuenta de que Dan no se había unido al grupo. Iba a comentarlo, pero su mirada se cruzó con la de Jim. La cabeza del muchacho se movió ligeramente y Trixie comprendió que le indicaba que no dijese nada.

Tiene razón —pensó Trixie—. *No hay manera de mencionar la ausencia de Dan sin que se alteren. Si está ahí fuera porque él y David no se llevan bien, seguro que éste quedará desairado si digo algo*.

Trixie se esforzó por integrarse en la conversación. Los Bob-Whites estaban hablando con David de su vida en Sleepyside, y, por su parte, éste les contaba cómo se había criado en Nueva York.

—Como ya he dicho —concluyó David—, soy un producto de la gran ciudad. No sé nada de poblaciones pequeñas, y menos aún del campo.

De repente empezó a reírse.

—Cuando mi tío se puso a encender el fuego para el asado, estuve observando cómo ponía palitos, pequeños primero y encima otros mayores, y después troncos, y le dije —David se detuvo y miró a los otros un poco avergonzado—, bueno, le dije: ¿dónde está el carbón? Nunca había visto un fuego hecho con leña. ¿Podéis creerlo?

—Sí —dijo Honey rápidamente—; porque hasta que mis padres me enviaron a una acampada yo tampoco había oído hablar de la leña.

Todos se rieron, y así estaban cuando Maypenny asomó la cabeza por la puerta y los llamó:

—¡Muchachos! ¡A comer! Aquí fuera están los cuencos, así que a servirse cada uno lo que quiera.

Los Bob-Whites y David Maypenny salieron, se sirvieron su parte del guiso y regresaron a la cabaña. Esta vez Dan entró también con ellos y se sentó silencioso en un rincón, concentrado en su comida.

Estaban acabando, y Mart pensaba cómo conseguir hacer un hueco en el estómago para el otro postre, cuando oyeron el motor de un coche. Se miraron extrañados. Maypenny pocas veces tenía visitas, y cuando las tenía no solían ir en coche. Los Bob-Whites iban a caballo o en bicicleta.

Escucharon en silencio cómo se paraba el motor, se abría la puerta del coche y se cerraba de golpe. Los ruidos parecían tan fuera de lugar en la quietud de aquella tarde de septiembre, que Trixie saltó muy a su pesar, al oír que llamaban a la puerta.

Maypenny miró un momento, como si quisiera ver a través de la misma a la persona que había llamado. Finalmente se levantó, cruzó la habitación con pasos rápidos y abrió.

—¿El señor Maypenny? —se oyó decir desde fuera—. Encantado de conocerlo. Me llamo John Score.

Los Bob-Whites intercambiaron miradas de sorpresa, a la vez que Maypenny decía:

—Muy bien; pase, John. Estábamos merendando. Puede tomar algo.

John Score siguió a Maypenny al interior de la habitación y Trixie giró en su silla para ver mejor al joven ecologista. No estaba segura de que le gustase su aspecto. Era muy alto, tanto que casi llegaba con la cabeza al marco de la puerta, y delgadísimo. Sus

vaqueros descoloridos y remendados parecían colgar del cuerpo. El pelo, castaño y liso, ocultaba sus orejas y no le tapaba la cara gracias a una cinta que le ceñía la frente. Las botas estaban arrugadas y llenas de barro. Parecía cansado, mal alimentado y sucio.

—¿Quiere un poco de guiso? —le preguntó Maypenny, como si también él hubiese quedado impresionado por lo delgado que estaba.

—Sí, muchas gracias —dijo Score.

—Yo se lo serviré —era la primera vez que Dan hablaba desde que entró para merendar. Se levantó rápidamente y salió, como si hubiese estado esperando esa excusa para irse fuera.

—Muy bien. Ahora —dijo Maypenny— creo que debo presentarle a los demás. Estos jóvenes que ve son los Belden: Trixie, Brian y Mart.

—Vivimos en Crabapple Farm, aquí cerca —se apresuró a indicar Trixie—. Estuvo usted allí la semana pasada hablando con nuestra madre.

—Y éstos son Honey Wheeler y su hermano Jim —siguió Maypenny.

—¿Wheeler? —repitió John Score, al parecer alarmado.

—Sí —aclaró Jim con tranquilidad—. Matthew Wheeler es nuestro padre.

Maypenny sonrió ante el azoramiento de John Score.

—Matt Wheeler es a veces un poco cabezota, pero tiene dos hijos estupendos. Me enorgullece tenerlos por amigos.

—Parece que hay aquí algo que no acabo de entender —intervino, confuso, David Maypenny.

Maypenny se volvió hacia su sobrino.

—Sí, lo siento. Supongo que estarás un poco perplejo. ¿Recuerdas la International Pine, de la que te hablé, la que quiere comprar parte de mis tierras? —Maypenny esperó el asentimiento de su sobrino—. Bueno, pues este joven pertenece a un grupo que se opone a que amplíen la fábrica.

—Gracias —dijo John Score, tanto a Maypenny como a Dan, que acababa de traerle un cuenco lleno de comida—. Me alegra que conozca nuestras actividades. Una de las razones por las que he venido a verlo es para decirle que le apoyamos y estamos dispuestos

a prestarle ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó Maypenny.

John Score alzó los hombros.

—A veces las grandes empresas pueden determinar fácilmente dónde hay un trozo de tierra que les hace falta, pero no le pueden echar mano. Si necesita un abogado, le ayudaremos a pagarlo. Si quiere que estudiemos la forma de proteger la tierra para las generaciones futuras, también podemos hacerlo.

—¿Quiere decir que hay un medio de conseguir que International Pine no pueda quedarse con mis tierras después de mi muerte? —preguntó Maypenny.

—Podría ser —confirmó Score—. Tendríamos que buscarlo, como ya le he dicho. Pero en determinadas condiciones puede dejar la tierra al Estado con la certeza de que seguirá siendo un refugio de caza, o centro ecológico, o cualquier cosa similar. De ese modo quedaría protegida.

—Eso parece muy interesante, señor Score —dijo Maypenny—. ¿Es usted abogado?

—No; yo no. Únicamente he recogido algo de información legal aquí y allí —repuso Score.

—Alguien dijo una vez que conocer las cosas a medias es algo muy peligroso —la voz de David Maypenny era suave, pero Score reaccionó como si le hubiesen dado una bofetada.

—Lo peligroso es dejar que destruyan nuestro entorno las grandes empresas —contestó.

David Maypenny extendió las manos ante él con gesto pacífico.

—No me interprete mal. No estoy a favor de International Pine. Quiero ayudar a mi tío. No quiero que esta tierra deje de ser suya, ya pase a una gran empresa o al Estado. Al final, el resultado será el mismo.

—¿Qué ha estado haciendo desde que llegó a Sleepyside, señor Score? —intervino Honey con mucho tiento.

John Score dejó el cuenco, que apenas había probado, según observó Trixie, antes de responder.

—Sobre todo, he estado hablando con la gente de la comunidad, para comprobar si hay bastante apoyo para detener la expansión mediante la fuerza de la opinión pública. También he estado tratando el asunto con uno o dos miembros de la junta municipal,

para determinar cuál es la situación legal.

—¡Ah! —dijo Honey, y miró a Trixie, que estaba con los ojos muy abiertos.

—No he entendido nada —confesó desalentada Trixie.

—Dejadme que traduzca —dijo Brian riendo—. Si puede demostrar que la mayoría de la gente de los alrededores está de veras contra la expansión de la fábrica, International Pine probablemente tendrá que desechar la idea. Necesitan el consentimiento de la comunidad para sacar adelante el proyecto. Si la ciudad aparece dividida y si una mayoría de sus habitantes quiere la ampliación, intentarán detenerla por medios legales, cambiando las leyes o utilizando las ya existentes que protegen el medio ambiente.

—Parece que sabes bastante del asunto —observó Score.

—Lo he estudiado un poco —reconoció Brian.

—Participará en un debate sobre el tema la próxima semana —añadió Trixie—. Toda la escuela ha sido invitada a presenciarlo.

—Si quieres más información, tendría mucho gusto en dártela —dijo Score.

—No creo que la necesite —replicó Brian—; defenderé la ampliación.

Mientras Score miraba a Brian sorprendido, David volvió a hablar:

—¿Es usted de Sleepyside?

—No —repuso Score—; soy de Ohio, ¿por qué?

—Resulta extraño —dijo David de modo inocente—. Me pareció que tenía un acento diferente de todos los que he oído por estos contornos. ¿Por qué ha venido desde Ohio para meterse en algo que realmente a usted ni le va ni le viene?

—Cualquier ataque al medio ambiente me importa, sea en Ohio, en Nueva York, o en Tombuctú.

—¿Y no cree que la gente de esta región es lo bastante espabilada para decidir por sí misma si quiere que la fábrica se amplíe o no?

La voz de David Maypenny tenía un tono impersonal, pero ahora Trixie empezó a sentirse incómoda por John Score. Por la causa que fuese, David Maypenny lo iba acorralando.

—Claro que la gente es lo bastante inteligente para hacerlo —repuso Score, con un tono de voz tranquilo pero firme—. Conocen sus propias necesidades. Lo que ya no es probable que sepan es cómo pueden luchar por sus derechos. Aquí es donde entra

C. A. U. S. E.

Les mostramos cómo pueden luchar, si es posible, legalmente; si no hay otro medio, fuera de la ley. Hacemos todo lo posible para proteger el medio ambiente. Todo.

Bruscamente, Score se levantó.

—No quisiera haber interrumpido su reunión, señor Maypenny. Me agradaría volver a hablar con usted en otra ocasión. Buenas noches.

La habitación quedó silenciosa y tensa tras la partida de John Score. Hasta entonces, Trixie no había captado la fuerza de su presencia. Oyó cerrarse la puerta del coche y el ruido del motor. No quisiera tenerlo nunca como enemigo —pensó.

Marcha repentina • 6

TRAS LA PARTIDA de John Score, el silencio que siguió a sus últimas palabras se prolongó largo tiempo. Ni los encomiables esfuerzos de Honey para reanudar la conversación dieron resultado. Todos se sentían incómodos, pero todos se sintieron aliviados cuando Jim se puso en pie y dijo:

—Creo que es hora de que nos vayamos. Tengo mucho que estudiar este fin de semana y me gustaría que no se me almacenara para el domingo por la noche.

Trixie y sus hermanos se pusieron en pie inmediatamente.

—Esa tan sagaz concepción es algo que aspiro a emular —dijo Mart.

—En realidad, no tengo muchos deberes del colegio —dijo Trixie—, pero tengo que acostar a Bobby. Muchas gracias por la invitación, señor Maypenny.

—Gracias a vosotros por haber venido —fue David quien contestó—. Me alegro de conoceros. Espero volver a veros pronto.

Mientras los demás Bob-Whites se despedían de él con apretones de manos, Trixie observó a Dan. Miraba al grupo con aspecto desolado, como si no quisiera quedarse al marchar sus amigos. Pensando en la forma sutil con que David había arrinconado a Score, Trixie se preguntó si el sobrino de Maypenny no habría hecho lo mismo con Dan anteriormente.

Bajando por la senda, Brian respiró hondo el aire fresco de septiembre.

—¡Qué bueno estar al aire libre! —dijo—. Allí dentro hacía un poco de calor.

—Sí; al final, sobre todo, se ha caldeado muy rápidamente —asintió Jim.

—¿Por qué David Maypenny habrá atacado de ese modo a John

Score? —preguntó Honey.

—Me parece que atacar es una palabra muy dura —repuso Jim —. Simplemente hacía algunas preguntas sobre la presencia de Score en Sleepyside. Creo que eran cuestiones que valía la pena preguntar.

Brian movió la cabeza.

—No estoy de acuerdo. No es que trate de iniciar otra discusión, Jim; por eso no asumiré posición alguna. Pero creo que David Maypenny ha sido excesivamente duro con John Score, y más aún teniendo en cuenta que ha llegado a Sleepyside hace un par de días.

—Dijo que defendía los intereses de su tío —le recordó Jim.

—Entonces, ¿por qué se metió tanto con Score, que después de todo pretendía también ayudar al señor Maypenny? —preguntó Brian.

—Tal vez porque John Score no parece lo suficientemente fuerte para defenderse, cuanto menos para defender a los demás — intervino Trixie.

—Exactamente —coincidió Honey—. Es tan flaco y desgarbado… Parece como si alguien acabase de echarlo de casa. Comprendo por qué David no confiaba en que pudiera ayudar al señor Maypenny.

Los Bob-Whites habían llegado a Manor House y se detuvieron en el paseo que enfilaba a la casa. Hubo un momento de silencio, en el que cada uno revivió la escena entre David y Score.

Después Mart murmuró:

—Cuestiono la arrogancia de intentar determinar sus motivaciones por el momento.

Jim sonrió y asintió.

—De acuerdo. El tiempo lo dirá, como se decía en los melodramas. Hasta mañana.

Los Belden se despidieron, encaminándose a Crabapple Farm.

—El tiempo lo dirá —repitió en un susurro Trixie. Después, a pesar de la templada noche de septiembre, sintió un escalofrío.

Al día siguiente, Trixie estuvo demasiado ocupada con las faenas propias de los domingos, entre las que se contaban cuidar del ingobernable Bobby, como para pensar en el señor Maypenny, su sobrino o el joven ecologista.

Después, por la tarde, Di Lynch la llamó para decirle que había

vuelto de vacaciones e iría el lunes por la mañana a la escuela.

—¿Y qué tal te lo has pasado en las vacaciones? —le preguntó Trixie.

—Maravillosamente —respondió Di—. Hemos recorrido Wisconsin y Minnesota. Nunca había visto esa parte del Medio Oeste, y es realmente hermosa, Trixie.

—Me encantaría visitarlo —le dijo Trixie.

Los Bob-Whites habían hecho un viajecito cruzando Nueva York, a Williamsburg y San Luis, así como a una granja de Iowa, un rancho precioso de Arizona y un bosque nacional de Idaho. Aquellas experiencias habían servido para despertar el afán de Trixie por los viajes.

—Probablemente lo veremos alguna vez —dijo Di—. Los señores Renfer, que son amigos de mis padres, viven en Minneápolis y tienen un chalet de verano en el norte de Minnesota. Les gustan mucho los jóvenes y me han preguntado por mis amigos de Sleepyside. Les he hablado montones de veces de los Bob-Whites y me han dicho que les encantaría conoceros. Dijeron que podríamos ir a visitarlos cuando quisiéramos.

—¡Bravo! —saltó Trixie—. ¿Cuándo vamos?

Di Lynch se rió ante el entusiasmo de Trixie.

—Por el momento, no —dijo—. Acabo de perderme tres semanas de clase, ¿recuerdas? Aunque adelanté algún examen antes de irme, necesitaré un montón de tiempo para ponerme al día. No puedo permitirme el lujo de ir de pindongueo, como dice mi tío Monty, en una temporada.

Trixie reflexionó:

—Mis padres nunca me dejarían que me fuese en pleno curso. Saben que nunca recuperaría. Pero algún día iré a ver Minnesota —afirmó con decisión.

—Seguro que iremos —afirmó Di—. Y hablando de recuperar, también te he llamado para saber qué ha pasado en Sleepyside, durante mis vacaciones. ¿Me he perdido algún interesante misterio?

—Ni uno —le aseguró Trixie—, a menos que quieras incluir los misterios del álgebra, que sigo intentando resolver este año. De todos modos, estamos metidos en un buen laberinto: la controversia de la International Pine, como la llama la gente.

Brevemente, Trixie puso al corriente a Di de la posible

ampliación, la discusión ulterior entre Jim y Dan, la aparición de David y su enfrentamiento con Score la tarde anterior.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Di cuando Trixie terminó—. Es posible que no hayáis tenido que resolver ningún misterio, pero tampoco os ha faltado emoción.

—Es cierto —asintió Trixie, un poco sorprendida—. Parece mucho, ahora que te lo cuento, pero aquí no hay nada de misterioso… excepto por qué Dan no simpatiza con David Maypenny y por qué David se enfrentó de aquella manera con John Score y…

Trixie se interrumpió ante el ataque de risa de Di Lynch.

—¡Oh, Trixie! —dijo—. Es tan estupendo saber que no has cambiado nada desde que me fui… Estás tan loca por los misterios como antes, como siempre.

Trixie también empezó a reír.

—Me parece que sí, Di —admitió.

—De todos modos —y Di llevó con ello la conversación a su final—, me alegra mucho que me hayas puesto al corriente de todo. Mamá me llevará al colegio mañana por la mañana y tendré que hablar con un par de profesores. Te veré en la comida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —terminó Trixie—. Bienvenida, Di.

Al colgar el teléfono pensó en lo que Di le había dicho. —Han pasado muchas cosas —repitió en voz alta. Pero no se había dado cuenta de ello porque ninguno de ellos estaba resolviendo misterio alguno, excepto el no pequeño de saber por qué la gente actúa del modo en que lo hace.

A la mañana siguiente, cuando ya estaba lista para irse a la escuela, Trixie recordó lo que Di le había dicho de la visita a los amigos de sus padres en Minnesota.

Será interesante hablar de ello esta mañana en el autobús de la escuela —se dijo ante el espejo, mientras se ordenaba sus rebeldes rizos.

Pero cuando estuvieron en el autobús, fue otra vez Dan quien aportó las noticias:

—David Maypenny se marchó anoche —dijo.

Se produjo un silencio de asombro, seguido de una avalancha de preguntas: ¿Cuándo se había marchado? ¿Por qué? ¿Lo habían llamado de Nueva York?

Dan negó con la cabeza para responder a esta última pregunta y levantó la mano pidiendo silencio para poder explicarse.

—El señor Maypenny le ordenó que se fuese —dijo. Y siguió hablando antes de que el segundo silencio diese paso a otra tanda de preguntas.

—Después de comer, David empezó a decirle al señor Maypenny que lamentaba mucho que estuviese viviendo solo en el bosque. Dijo que no le parecía muy acertado que llevara una existencia tan primitiva a sus años. Al principio, el señor Maypenny intentó defenderse. Recordó a su sobrino que no vivía solo. Yo estoy allí con él. También le dijo que probablemente la cabaña le parecía más primitiva de lo que era porque él, David, estaba acostumbrado a la vida de la ciudad.

—¿Y no aceptó David eso? —preguntó Brian.

Dan movió la cabeza.

—No; no lo aceptó. Siguió en sus trece. Adujo que no podía esperar que yo viviese allí siempre, porque tal vez quisiera ir a la escuela o buscar una colocación cuando acabase los estudios. Afirmó que cualquier persona sensata consideraría un atraso el vivir en la cabaña.

Dan se detuvo a tomar aliento.

—Después dijo que, según su opinión, lo mejor era que el señor Maypenny vendiese la tierra y se fuese a la ciudad inmediatamente. O, mejor aún, darle a él un poder notarial. De ese modo, si le sucedía algo a Maypenny, David podría actuar para cerciorarse de que estaba bien atendido.

Brian silbó suavemente, Jim se estremeció y Mart se tapó con las manos la cabeza, como si esperase que el techo del autobús se derrumbara en cualquier instante.

Trixie y Honey miraban a los chicos confusas a más no poder.

—¿Qué es un poder notarial? —preguntó Trixie.

—Es un escrito legal —respondió Jim—. Si el señor Maypenny otorga a David un poder notarial, éste (David) podría en nombre de Maypenny firmar cheques y contratos y otras cosas por el estilo. Lo que David quería decir es que, si de repente el señor Maypenny se pone enfermo o algo así, podría tener acceso al dinero del viejo, para asegurarse de que quedaba a buen recaudo.

Ahora fue Trixie la que silbó.

—No creo que el señor Maypenny aceptase la idea —dijo.

—No —dijo Dan—. Le contestó que podía cuidarse solo, sin ayuda de nadie. David seguía sin dar su brazo a torcer. Intentaba convencerlo. Y entonces el señor Maypenny acabó perdiendo los estribos y ordenó a David que recogiese sus cosas y se marchase inmediatamente.

—Y David se fue —concluyó Jim.

Dan rió entre dientes.

—Cuando se enfadó el señor Maypenny, creo que David acabó convenciéndose de que no se enfrentaba a un pobre viejo indefenso. En realidad, parecía un poco asustado. Recogió sus bártulos y se marchó en el coche de San Fernando.

El autobús frenó frente a la escuela justo cuando Dan terminaba su narración, por lo que ya no quedaba tiempo para hacerle más preguntas. Los Bob-Whites, pues, se levantaron y corrieron hacia sus clases respectivas.

Toda la mañana estuvo Trixie pensando en Maypenny, y en lo disgustado y desconcertado que debería estar. ¡Tan contento que se había puesto al conocer a su único sobrino, y ahora…!

Durante la comida sugirió que por la tarde fuesen a ver al señor Maypenny, por si podían hacer algo.

Los chicos tenían cosas que hacer y Di todavía tenía que ver a más profesores. Por eso, al final, fueron Trixie y Honey las únicas que ensillaron a Strawberry y a Susie, y se fueron a visitar a Maypenny.

A medio camino de la cabaña, Trixie distinguió algo en el sendero. Espoleando un poco a Susie, paró junto al objeto, que resultó ser un pato muerto.

—Me parece que alguien ha estado cazando, y eso que es tiempo de veda —dijo, empezando a desmontar.

—¡No lo toques, Trixie! —advirtió de repente Honey—. Puede tener alguna enfermedad —añadió.

Trixie volvió a acomodarse en la silla.

—Tienes razón —dijo—. Es mejor dejarlo como está. Por lo menos, Brian y Jim me han puesto en guardia muchas veces a propósito de ello. De todos modos me da rabia tener que dejarlo ahí.

—Podemos decírselo al señor Maypenny —sugirió Honey—.

Puede venir con guantes y examinarlo, y quemarlo después. Ése es en realidad su trabajo, como guarda de mi padre.

—Buena idea —convino Trixie—. Vamos allá.

Las dos chicas encontraron al viejo en un estado de ánimo excelente, y se alegró de verlas. Les ofreció sendos vasos de limonada y se sentaron en el porche a charlar.

—He sentido que se fuese David —dijo Maypenny—. Es mi único pariente, después de todo. Esperaba tener la oportunidad de conocerlo mejor, que viniese por aquí alguna vez. Pero en cuanto amenazó mi independencia, no sé por qué, todo se acabó.

—Comprendo —asintió Trixie—. Sé perfectamente que está molesto porque las cosas no hayan ido con David como había previsto. Pero eso no quiere decir que no tenga familia. Sí que la tiene: los Wheeler, los Belden, Dan y Di.

—Eso es lo que yo me digo —reconoció Maypenny—. Si fuese un anciano solitario, sin nadie a quien hablar, ni que me cuidase, supongo que habría tenido que dejar que ordenase mi vida mi sobrino, aunque sólo fuese por tenerlo a mi lado. Pero como no lo soy, no quiero. Eso es todo.

Algo había en el tono de voz del viejo que dio a entender a las chicas que ya había dicho cuanto quería decir del asunto.

—¡Ah!, señor Maypenny —aprovechó Trixie entonces—, hemos encontrado un pato muerto en el camino.

—No lo habréis tocado, ¿verdad? —preguntó Maypenny preocupado.

Trixie estuvo en un tris de ponerse colorada, al recordar lo a punto que había estado de hacerlo, pero Honey le echó un capote:

—No, claro que no. Decidimos decírselo a usted.

—Cogeré los guantes y una pala —dijo Maypenny levantándose —. Iremos a ver qué ha pasado. Espero que no haya furtivos por aquí.

Maypenny ensilló a Brownie, su vieja pero robusta yegua, y emprendieron la marcha. Brownie llevaba un ritmo lento y cachazudo, como de mula de clérigo, por lo que Susie y Strawberry marchaban impacientes tras ella. Trixie y Honey no hacían otra cosa que frenarlas y contener sus deseos de galopar, hasta que el grupo llegó al lugar en que las dos chicas habían visto al pato.

—¡Ha desaparecido! —fue Trixie la primera en advertirlo,

bajando de Susie.

—Pues sí —añadió Honey.

—¿Estáis seguras de que fue aquí donde lo visteis? —preguntó con impaciencia Maypenny—. Puede que os hayáis equivocado de lugar, como me pasó a mí el otro día con el árbol.

Trixie negó moviendo la cabeza.

—Éste es el sitio, señor Maypenny; estoy segura.

—Espero que no haya sido ningún otro animal el que se lo haya llevado y comido —comentó Honey—. Podría ser venenoso.

—Eso no me preocupa —dijo Maypenny—. Los animales saben perfectamente lo que es bueno para ellos y lo que no. Si algún animal se lo hubiese llevado para comérselo, no estaría malo.

Trixie examinaba el lugar donde estuvo tirado el pato. De repente se levantó triunfante.

—El animal que se ha llevado el pato calza botas de suela cuadriculada —dijo—. Aquí están las huellas, se pierden en el bosque.

—Entonces tiene que haber sido uno de los chicos —dedujo Honey, aliviada.

Trixie asintió.

—¿Está hoy Dan de guardia, señor Maypenny?

—Sí —dijo el viejo—, pero no creo que ronde por esta parte de la reserva.

—Brian, Mart y Jim dijeron que tenían mucho que hacer en casa —agregó Trixie.

Honey sonrió.

—Trix, sé lo que estás pensando. Vas a convertir esto en un misterio: el misterio del pato desaparecido. Hay montones de explicaciones perfectamente lógicas de la desaparición del pato. Los chicos pueden haber hecho un alto en sus deberes. O quizá hayan salido a cabalgar un rato por este camino, para ir a buscar algo a la tienda de Lytell. O acaso Dan haya venido a patrullar por esta zona. Vamos a no hacer ningún misterio de todo esto.

Trixie se puso colorada. Honey era su mejor amiga y estaba tan interesada por los misterios como ella misma. Si creía que Trixie estaba exagerando la nota, imaginando misterios donde no los había, estaría en lo cierto.

—Preguntaremos a nuestros hermanos esta noche —repuso—.

Tal vez haya sido alguno de ellos.

—Yo se lo preguntaré también a Dan cuando regrese —aseguró por su parte Maypenny—. Si se llevó el pato, le recordaré que os lo diga mañana, en el autobús de la escuela. Hasta podría avisaros esta misma noche, si creéis que esta misteriosa desaparición os puede quitar el sueño —terminó, con un brillo de malicia en sus ojillos.

Trixie se rió, comprendiendo el pitorreo que se traía con su afición por los misterios.

—Creo que no hará falta, señor Maypenny —dijo fingiendo seriedad.

—Entonces volveré al trabajo —terminó Maypenny—. Muchas gracias, niñas, por haber venido a visitarme hoy. Os lo agradezco de veras.

—Nosotras nos hemos divertido tanto como usted —agregó Honey—. Hasta la vista.

Cuando regresaron al establo de los Wheeler, Trixie observó que Júpiter, el caballo que solía montar Jim, estaba en su sitio.

—Jim no ha salido a cabalgar —le dijo a Honey.

—Le preguntaré por el pato en cuanto lo vea —aseguró Honey —. Te lo prometo, Trixie.

—Y yo te prometo olvidar el asunto —dijo ésta.

De repente se acordó de lo que Di le había dicho acerca de unas posibles vacaciones en el Medio Oeste. Acto seguido, le transmitió la información a Honey, y mientras las dos cepillaban a los caballos y limpiaban el aparejo, estuvieron hablando de cómo podrían irse de vacaciones todos los Bob-Whites.

Cuando Trixie volvió a casa, sus hermanos mayores no se dejaron ver. Pero, en compensación, Bobby estaba bien presente, y la tuvo ocupada hasta la hora de la cena.

Ya en la mesa, la conversación giró en torno a lo que ya parecía tema de charla inevitable: el asunto de la International Pine. Brian había estado practicando para el debate del día siguiente y preguntó a la familia si querían escucharlo después, más avanzada la noche.

—Considero un privilegio el que se me permita asistir a esa primicia del… —Mart se detuvo, buscando otra palabra que empezase con p.

—Nos hubiese gustado oírlo en el debate —interrumpió Trixie

—. ¿Has estado trabajando en ello desde que llegaste de la escuela a casa?

Brian asintió.

—Uno de los oradores de la Grecia antigua solía practicar dirigiéndose a las olas del mar desde la playa, pero yo no he pensado nunca lanzar mis argumentos a los árboles. ¿Es eso lo que preguntas?

Trixie sonrió ante la posibilidad de ver a Brian, en medio de la reserva, recitando.

—Honey y yo hemos encontrado un pato muerto en el camino, cuando íbamos a la cabaña del señor Maypenny. Luego hemos vuelto con él para examinarlo y enterrarlo, pero había desaparecido. Nos preguntamos si alguno de vosotros, Mart o tú,

habríais estado por allí.

—Pues, como ya te he dicho, he estado practicando en mi cuarto toda la tarde —aseguró Brian.

—La «mater familias» me ha inundado de labores domésticas —añadió Mart por su parte.

—Humm —murmuró Trixie.

Mart miró a su hermana.

—¡Rápido! —dijo, abandonando esta vez su ampuloso vocabulario—. ¡Vamos a quitar la mesa y escuchar el debate de Brian. Vamos a llenar la cabeza de nuestra sibila con otros pensamientos, antes de que se llene de misterios!

Suspirando, Trixie se levantó.

—Bueno, bueno. Jim o Dan tienen que haberse llevado el pato. Desecharé el misterio del pato desaparecido y me dedicaré al de los platos sucios, para compensar.

Escándalo en el debate • 7

AL DÍA SIGUIENTE, Trixie estaba esperando a Honey en el exterior del auditorio de la escuela. Cuando por fin apareció ésta, Trixie agitó la mano para hacerse ver, la agarró del brazo y la llevó hacia la puerta.

—¡Date prisa! —dijo—. Quiero coger buen sitio en el debate. Espero que Brian no esté tan nervioso como yo, porque, si es así, no creo que pueda decir ni una sola palabra.

—Pues no parece que estés precisamente sin habla —repuso Honey sonriendo—, pero ya sé lo que quieres decir. Para mí no sería más fácil encararme ante toda la escuela y pronunciar un discurso, que ponerme a volar.

Trixie descubrió dos sillas libres cerca del pasillo y las ocuparon. Una vez sentadas, Trixie dijo:

—Lo que hace que haya tanta concurrencia es que el tema de International Pine es muy controvertido. Digan lo que digan esta tarde, habrá gente en la audiencia que no estará de acuerdo.

Honey abrió mucho los ojos.

—¡Oh!, Trixie, se me había olvidado —exclamó—. Tú y yo sabemos que Brian ha escogido defender la ampliación porque tenía que haber un debate equilibrado. Pero los demás estudiantes no lo saben. Eso puede hacer que tu hermano se vea en apuros. ¿Ha pensado Brian en eso?

Trixie asintió.

—Ya conoces a Brian. Piensa en todo. Papá le preguntó anoche, después de haber escuchado su discurso, si comprendía cuántos enemigos se granjearía esta tarde. Brian dijo que sí de esa manera solemne tan suya y añadió que era un riesgo que tenía que correr.

Honey se estremeció.

—¿Y no podría decir al empezar el debate que en realidad él no

ha tomado partido por ninguno de los bandos? —preguntó.

Trixie movió la cabeza.

—Le sugerí eso mismo anoche. Pero cree que el debate tiene que ser lo más convincente posible. Eso significa que debe parecer que estás completamente convencido, que crees todo lo que dices. Me explicó que un indeciso, así fue como él lo llamó, haría que sus argumentos resultaran poco convincentes.

Antes de que Trixie pudiese añadir nada más, el señor McLane, profesor de estudios sociales de Brian, subió al estrado. Trixie había estado muy ocupada hablando con Honey, sin prestar atención al estrado. Al contemplarlo, observó que el telón permanecía bajado, de modo que sólo se podía utilizar una estrecha zona. En el centro se había instalado una mesa y un atril con un micrófono.

McLane lo conectó, dio unos golpecitos para cerciorarse de que funcionaba y empezó a hablar:

—Me alegra que mis compañeros hayan permitido a sus alumnos asistir al debate de esta tarde —dijo—. Creo que oír a las dos partes en el asunto de International Pine será de mucha utilidad para todos nosotros. Hay otra razón por la que me alegro de que haya tantos estudiantes aquí —continuó McLane con una sonrisa—: Como saben, soy el moderador del debate y del equipo que habrá de tratarlo en la Escuela. Espero sinceramente que muchos de vosotros, los que hoy asistís a esta confrontación, podáis ayudar al equipo. Creo que lo que se va a tratar aquí hoy será un entrenamiento excelente para cualquier otra intervención ante el público, que os llegará en el futuro, seáis profesores, abogados, políticos u hombres de negocios.

—¿Crees que los detectives necesitan participar en debates públicos? —susurró Trixie.

Honey se puso las manos delante de la boca para ahogar la risa.

—Sería muy útil para las veces que tenemos que justificarnos con nuestros padres o con el sargento Molinson, cuando estamos metidas en algún caso —contestó.

En el estrado, McLane se aclaraba la voz.

—Y poco más —dijo—. Antes de empezar, quiero explicaros la estructura de un debate, ya que muchos de vosotros no habéis asistido nunca a uno. En primer lugar, la definición de los términos: el tema que se debate se llama resolución. En este caso es si la

International Pine Company queda autorizada para ampliar las operaciones de sus fábricas en la ciudad de Sleepyside, Nueva York. Dos estudiantes, Brian Belden y Mark Nelson, son partidarios de la ampliación; otros dos, Todd Maurer y Jim VerDoorn, defenderán lo contrario. Cada una de las dos partes tendrá oportunidad de exponer su postura y refutar la contraria. Por lo común, un debate dura una hora larga. Pero hoy, para daros tiempo a que asistáis a las demás clases, se ha acortado cada intervención de modo que el tiempo total no exceda de cincuenta minutos.

McLane miró a los lados e hizo un gesto. Brian y los otros tres salieron, se sentaron y pusieron sobre las mesas sus notas y papeles.

—Pueden empezar, caballeros —dijo. Dio media vuelta y bajó del estrado.

Los estudiantes, la mayoría de los cuales no había presenciado nunca un debate, no estaban seguros de cómo debían reaccionar. Hubo un estallido de aplausos, que no duró mucho, seguido de risas nerviosas.

Finalmente, Brian se levantó y pasó al micrófono.

—Buenas tardes —dijo—. Mi compañero y yo estamos muy contentos de poder estar aquí hoy para exponer la resolución. El asunto de si la International Pine debe obtener el permiso para ampliar su negocio en Sleepyside o no, no es nada fácil. Es cierto que hay argumentos, y muy sólidos por cierto, por ambas partes. De todos modos, mi compañero y yo esperamos demostrar que las ventajas económicas que se derivarían para la comunidad, compensan, más que sobradamente, la pérdida ecológica que se producirá como consecuencia de la conversión industrial de ese pedazo de terreno, sustraído a su actual uso de reserva de caza.

—Creo que es básico, ya que soy yo quien empieza el debate, que tengamos en cuenta algunos hechos y cifras muy importantes —continuó Brian—. Se trata de estadísticas que presentan la situación económica de Sleepyside. Para algunos de vosotros se tratará únicamente de hechos y cifras; para otros, cuyos padres pueden haber perdido su empleo hace poco o estar pensando en irse de Sleepyside para hallar mejores puestos de trabajo, serán bastante más que hechos y cifras. Son un reto a vuestra vida diaria: representan la posibilidad de que tal vez tengáis que dejar la ciudad donde habéis crecido y donde tenéis a vuestros amigos. Pueden

constituir un desafío a vuestro futuro, si vuestros padres no tienen el dinero suficiente para mandaros a la escuela, al instituto, a la universidad. He aquí algunas de las estadísticas que he mencionado.

A medida que fue hablando Brian, exponiendo las crecientes cifras del desempleo, Trixie sentía crecer en su interior un sentimiento de orgullo hacia su hermano. Su voz grave y tranquila le hacía parecer más mayor de lo que era en realidad. Si estaba nervioso, no lo dejó ver en modo alguno. Bien derecho, con las manos apoyadas en el podio, sus ojos castaño oscuro miraban a los asistentes.

—Y ésa es la causa —concluyó Brian— de la necesidad del desarrollo industrial de Sleepyside. Mi compañero os explicará en qué medida la ampliación de International Pine podrá ayudar a ese desarrollo. Muchas gracias.

Brian se volvió, regresó a la mesa y se sentó. Por un instante, Trixie tuvo la amarga sensación de que nadie iba a aplaudir. Después se dio cuenta de que aquel silencio tan absoluto, que había invadido el auditorio, era una constatación mucho mayor del interés despertado que una salva de aplausos. Brian concienció a todos del interés del debate. Ahora esperaban oír más.

Todd Maurer fue el primer orador del otro equipo. Trixie ya lo había visto en el pasillo y había leído su nombre en los periódicos de la escuela. Todd era miembro del Equipo de Debate del Instituto de Sleepyside, y él y su compañero habían concursado en el torneo del Estado el año anterior. Durante un instante, sintió como si lo odiara en su interior. Luego se contuvo. Brian no había decidido tomar parte en el debate porque quisiera ganar. Estaba seguro de que Todd haría un buen trabajo, y lo mismo debía pensar ella. Se esforzó por relajarse y se acomodó en su asiento.

—Muchas gracias, Brian —empezó Todd—. Los hechos y cifras que has presentado han sido muy interesantes. Pero lo que más me ha interesado ha sido una frase que pronunciaste al principio de tu exposición. Dijiste que los problemas económicos de Sleepyside representaban un reto. Muy bien, pero en lo que toca a mi compañero y a mí, es precisamente la ampliación de International Pine lo que representa un reto, y un reto a nuestro modo de vivir, y a la propia vida en sí.

A pesar de sí misma y de su lealtad a Brian, Trixie estaba

impresionada. El discurso de Brian era bueno, pero preparado. La noche anterior lo practicó y aprendió de memoria. Pero Todd había tenido que aprovechar la introducción de Brian, construyendo su exposición a partir de sus palabras.

—Los que os habéis criado aquí, en Sleepyside, como yo, y también Brian Belden, hemos tenido mucha suerte —siguió Todd—. Hemos podido pescar y cazar, disfrutar de una excursión improvisada en el momento, sin tener que recorrer kilómetros y kilómetros para encontrar un lugar con árboles y hierba. Hemos podido disfrutar del ritmo tranquilo de la vida de una ciudad pequeña. Cualquiera de vosotros que haya visitado alguna vez Nueva York, con su contaminación, su alto porcentaje de crímenes y sus tensiones, apreciará la diferencia.

Según iba Todd exponiendo la belleza de la región salvaje que rodeaba a Sleepyside, Trixie percibía un murmullo de aprobación en el auditorio. Todd los estaba llevando a su terreno, eso lo comprendía muy bien, pero no era con estadísticas bien elaboradas ni hechos, tal como había hecho Brian, sino apelando a sus emociones. *Éste no es el juego limpio de las dos partes que Brian esperaba* —pensó desalentada. Todd sólo buscaba quedar bien en el debate.

Notó que se iba enfadando más y más, conforme escuchaba. Al terminar Todd, la gente empezó a aplaudirlo. Trixie apretó sus mandíbulas y agarró con fuerza los brazos de su asiento. Se esforzó en tranquilizarse, y cruzó las manos sobre el regazo.

—Eso no es jugar limpio, Trixie —cuchicheó Honey indignada.

Trixie mostró su asentimiento, con los ojos fijos en el estrado, donde el compañero de Brian, Mark Nelson, estaba aproximándose al micrófono. Incluso desde el lugar en que se encontraba, Trixie podía ver que los papeles que el chico llevaba en la mano se agitaban. Lo sintió por Mark, que debía hablar después de una exposición como la de Todd, pero al mismo tiempo tenía la esperanza de que lo haría bien.

—Cuando mi compañero empezó su discurso, dijo que iba a presentar algunos hechos y cifras de Sleepyside. Eso es exactamente lo que hizo —empezó Mark—. El primer orador de la parte contraria no ha presentado nada: ni cifras ni hechos. Ha intentado hacernos creer que la ampliación de la International Pine en diez

acres de terreno daría al traste con nuestro acceso a la naturaleza. Si os detenéis a pensar un poco, aunque sólo sea un momento, comprenderéis que no es así. No se trata de toda la naturaleza. Es sólo una superficie de diez acres, que podrá proporcionar doscientos puestos de trabajo.

Trixie notó de repente que había recobrado el aliento. Lo dejó salir en un largo y contenido suspiro. Pensó que Mark hacía exactamente lo que debía. Llevaba otra vez el debate a su camino verdadero. Escuchaba a Mark hablar de la ampliación propuesta. Lo mismo que Brian, había realizado una magnífica investigación, muy completa. Sabía cuántos acres de tierra quería International Pine; sabía cuántos puestos de trabajo podría crear; sabía cuánto iba a pagar la empresa a la ciudad de Sleepyside y al Estado en impuestos cada año.

—Para terminar —dijo—, quiero recordaros que todo esto son hechos. Y son los hechos, no las fantasías, los que debemos aprovechar para formarnos una idea del asunto.

Mark terminó y regresó a su sitio; Trixie empezó a aplaudir sonoramente, seguida de otros pocos estudiantes. Pero siguieron los murmullos y hasta hubo algunos abucheos desde el fondo de la sala.

Los abucheos se convirtieron en gritos de ánimo al empezar Jim VerDoorn su intervención. El muchacho parecía azorado, según pensó Trixie. Daba la sensación de que sabía que sus amigos esperaban otro discurso de carácter emotivo, como el de su compañero. Pero Jim no era un tipo dialéctico, sino un estudiante silencioso y serio cuya mayor afición eran las ciencias, no las intervenciones públicas. Trixie deseó que la audiencia no se le pusiese en contra si no era capaz de hablar con la habilidad de Todd.

Jim se aclaró la voz, nervioso.

—El segundo orador de la otra parte dice que mi compañero no ha presentado hechos acerca de International Pine, pero eso no quiere decir que no los haya.

Jim hablaba tan bajito que Trixie se sorprendió inclinada hacia delante para oír mejor lo que decía.

Jim volvió a aclararse la voz.

—Es un hecho —dijo— que en la zona en que International Pine pretende construir la ampliación de su fábrica hay cuarenta y siete

especies de plantas en peligro de extinción. Diez acres puede parecer poca tierra a los defensores de la ampliación, pero forman parte del último lugar del mundo donde crecen esas plantas. Por eso, los diez acres son demasiado.

—También es un hecho —siguió Jim— que el nivel de contaminación en Sleepyside se ha incrementado en un cinco por ciento desde que International Pine construyó su primera fábrica. Es cierto que ese nivel es aún muy inferior al de Nueva York, pero ha ascendido, y aún será mayor si se completa la ampliación.

A medida que Jim iba enumerando hechos referentes al aumento de la criminalidad en las zonas industriales, a la posibilidad de contaminación de las aguas y a los problemas de salud de los obreros de las fábricas, Trixie iba sintiéndose feliz y desgraciada al mismo tiempo. Feliz, porque los hechos que Jim iba exponiendo con su voz tranquila y monótona eran los que Brian esperaba ver aparecer en el debate; desgraciada, porque llegaban con un poco de retraso.

Brian había presentado sus datos justo al comienzo. Todd y su compañero habían tenido tiempo de sobra para analizarlos. Pero respecto a los datos presentados ahora, cuando el debate ya estaba casi acabado, sería difícil para Brian rebatirlos.

—Estos son los hechos que se oponen a la ampliación de International Pine —dijo Jim por último—. No es ninguna fantasía. La fantasía es pensar que la naturaleza y la industria pueden coexistir sin que la segunda destruya a la primera.

Jim recogió los papeles y regresó a su lugar lentamente.

La audiencia volvió a aplaudir, pero Trixie observó una diferencia: el aplauso fue más respetuoso que el dedicado a Todd. Trixie se alegró de que aquel serio estudiante de ciencias hubiese sabido expresarse.

—Ha estado muy bien —dijo Honey en voz baja.

—¿Verdad que sí? —coincidió Trixie. Entonces notó un nudo en el estómago—. ¡Ay, Honey! —dijo—, ahora le toca hablar a Brian.

Brian se había levantado de su asiento y se dirigía, efectivamente, hacia el micrófono, ordenando los papeles. Pasó la mano por el pelo, levantó los hombros y empezó:

—Antes de nada, quiero dar las gracias al segundo orador de la otra parte —dijo con aplomo—. Le estoy agradecido, como

vosotros, porque, al final, han aparecido los datos científicos.

Durante un instante Trixie pensó si Brian intentaría oponerse a ellos, pero entonces prosiguió:

—Aunque agradezco esos hechos y no los discuto, hay algo que me gustaría aclarar: la naturaleza y la industria pueden coexistir. Con las debidas precauciones, International Pine puede ampliarse, y crear los puestos de trabajo que se necesitan, haciendo a la vez el mínimo daño al medio ambiente. He aquí cómo podría conseguirse…

Brian se detuvo de repente, y se quedó mirando por encima de las cabezas de los oyentes. En aquel momento, se oyó un ruido procedente del auditorio. Siguiendo la mirada de Brian, Trixie se volvió hacia la puerta de entrada.

Se había formado allí un corrillo; parecía que alguien discutía. Trixie oyó una voz que decía: «¡Detenedlo!».

Y entonces, un hombre rompió el cerco y empezó a correr por el pasillo central. Se produjo un murmullo entre la gente, conforme lo iban viendo.

—¡Trixie! —exclamó Honey, agarrándose al brazo de su amiga —. ¿No es ése John Score?

Incluso en la distancia, Trixie reconoció la desgarbada figura que se aproximaba.

—Sí, Honey.

Score recorrió el pasillo a toda velocidad; luego saltó al estrado. Se fue derecho al micrófono.

—A esto es a lo que International Pine llama mínimo daño — dijo blandiendo algo—. ¿Es esto lo que queréis que ocurra?

Trixie observó lo que agitaba en la mano: era un pato muerto. Cuando los demás estudiantes lo distinguieron, los gritos y silbidos fueron inenarrables.

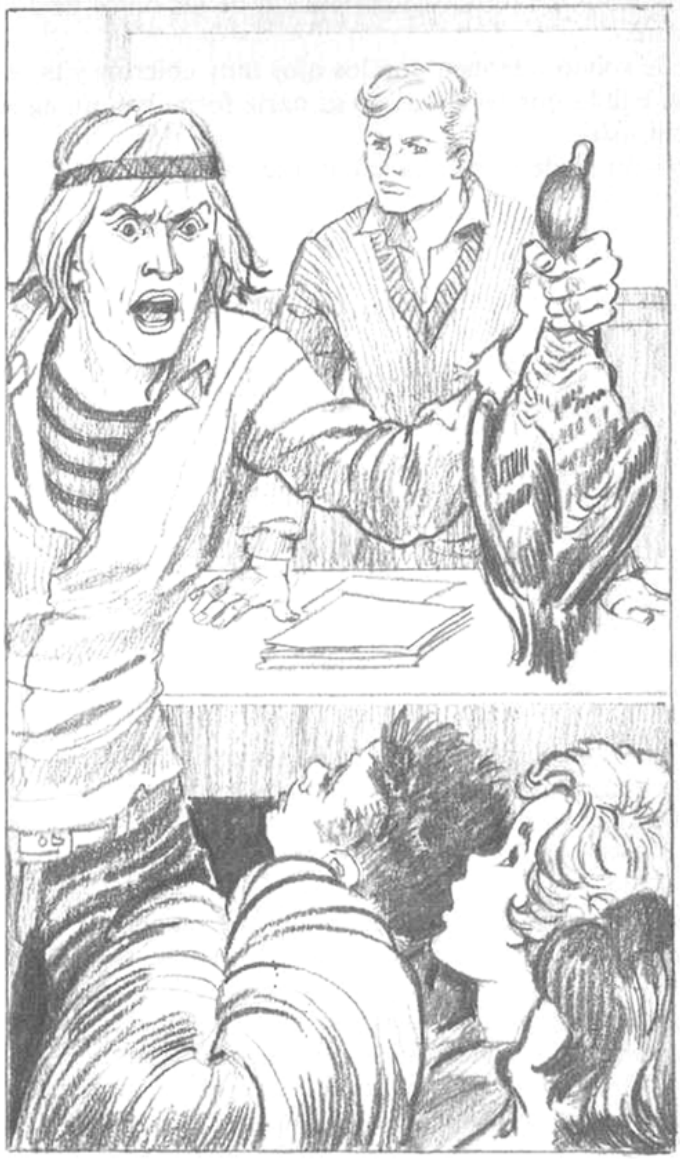
El señor McLane salió por el lateral, fue hacia John Score, lo cogió por un brazo e intentó separarlo del micrófono.

Pero John Score se mantuvo firme.

—¡Esto es lo que significa la industria! —gritó—. Muerte, aumento de la contaminación, extinción de especies. ¡Hay que detenerlos! ¡Hay que detenerlos de una vez!

Un bedel corrió al estrado y agarró a Score por el otro brazo. Entre él y McLane consiguieron arrastrarlo fuera.

El salón de conferencias parecía un manicomio en ebullición. Los estudiantes estaban todos levantados. Algunos incluso de pie sobre los asientos, para ver mejor lo que pasaba.



Trixie y Honey, desde la tercera fila, no se perdieron detalle. Para Trixie, lo más interesante había sido el descubrimiento del

dibujo cuadriculado de las botas de John Score.

Se volvió a Honey, con los ojos muy abiertos y la cara tan pálida que las pecas de su nariz formaban un agudo contraste.

—¡Ya sé de dónde ha salido ese pato!

Noticias asombrosas • 8

EL TUMULTO reinante era tan ensordecedor que Honey ni siquiera intentó hablar. Sólo abrió los ojos con una expresión que decía, tan a las claras como las palabras:

—Trixie, ¿de veras crees que ése es el mismo pato que vimos ayer en la reserva de caza?

Trixie, a su vez, levantó las cejas e inclinó algo la cabeza, invitando con ello a su amiga a esperar el momento de una mejor explicación.

El señor McLane volvió al estrado ajustándose el nudo de la corbata y alisándose el pelo. El aire autosuficiente que adquiría por lo general al aparecer ante el público había desaparecido. Su aspecto era pálido y demudado. Fue al micrófono, carraspeó y dijo:

—¡Por favor, siéntense y manténganse quietos y callados!

Tuvo que repetir otras dos veces la orden antes de que los asistentes le obedeciesen y pudiera continuar.

—No voy a comentar lo que acaba de suceder —dijo—. El individuo que hemos sacado de la sala por interrumpir el debate está en manos de la policía y espero que reciba su merecido en un juicio. Lógicamente, no podemos pedir a nuestros oradores que sigan en estas circunstancias. Les ruego a ustedes que permanezcan aquí hasta que suene el timbre. Entonces cada cual podrá irse a su clase. Muchas gracias.

McLane se volvió y desapareció de la escena con rapidez. El jaleo en el auditorio se reprodujo. A Trixie le pareció que ella y Honey eran las únicas personas de la sala que no opinaban sobre lo que acababa de ocurrir.

Honey tocó en el brazo a Trixie y señaló hacia el estrado. Siguiendo esta indicación, Trixie vio que Todd, Mark y Jim estaban hablando muy excitados. Brian se levantó y recogió despacio los

papeles y notas que había usado en la conferencia. Los ojos de Trixie se llenaron de lágrimas, al comprender lo desalentado que Brian debía sentirse en ese momento. Había dado la cara para que la polémica de International Pine tuviese un tratamiento adecuado en la escuela de Sleepyside. Pero después de lo ocurrido, nadie recordaría los hechos y las cifras que Todd y él habían reunido con tanto trabajo y esfuerzo. John Score y el pato muerto habían impresionado mucho más la memoria de los asistentes.

El corazón de Trixie se aceleró al recordar que existía otra razón para la intranquilidad de Brian. Habían sido los Bob-Whites los que dijeron a John Score que el debate se iba a celebrar aquel día. Trixie recordó la escena en la cabaña de Maypenny. *No* —pensó—; *no fueron los Bob-Whites los que le contaron a John Score lo del debate. Fui yo la única que lo mencioné.* Se le escapó un gemido.

Honey le tomó la mano.

—Brian estará muy contento —la consoló, casi gritando, para hacerse oír por encima del barullo de los demás estudiantes.

Trixie miró a su mejor amiga a través de sus ojos azules llenos de lágrimas. Apretó los labios para que no le temblasen. *Si lo está* —pensó—, *no será gracias a mí.*

Después de clase, aquella tarde, Brian aseguraba a su hermana que no creía que fuese culpa suya el que John Score hubiese estropeado el debate.

—Tú no hiciste más que proporcionarle una información, Trixie —comentó—. La decisión de boicotearlo es suya. Reprocharte que él haya actuado así es como acusar a los periódicos de fomentar los atracos a los bancos porque informan sobre ellos.

Trixie intentaba convencerse de su inocencia, pero pasó toda la tarde sola en su cuarto. Sabía que la familia estaba hablando de lo sucedido y no quería oír nada más sobre el tema.

Su sueño fue muy agitado, salpicado de pesadillas en las que se mezclaban patos muertos y el señor Maypenny, que se veía obligado a vender su tierra. Se despertó más cansada y bajó medio arrastrándose a desayunar, sin la energía que habitualmente sentía al empezar la jornada.

Encontró a la familia ya reunida alrededor de la mesa, desayunando. Excepto Bobby, que protestaba de los cereales, todos miraban atentamente a su padre, que les leía la edición matinal del

periódico de Sleepyside.

—Después de ser retirado del estrado por dos miembros de la escuela, John Score fue conducido a la comisaría por la policía de Sleepyside —leía el padre—. Compareció a juicio por la noche, siendo acusado de alterar la paz y castigado a pagar una multa de setenta y cinco dólares.

Trixie ocupó su lugar en silencio, para no interrumpir la lectura. Aunque procuraba eludir el tema del debate, su temperamento curioso le hacía interesarse por lo que le había sucedido a John Score. Y, como siempre, la curiosidad triunfó.

—El juez ha invitado a Score a que abandone la región de Sleepyside inmediatamente —seguía leyendo su padre—, en virtud de que el joven ecologista consiguió dividir a la opinión pública y granjearse muchos enemigos durante su breve estancia en la comunidad. El juez cree que Score correría peligro si permaneciese en la región después del incidente, y añadió que, si no se marcha, se vería obligado a detenerlo por su propia seguridad.

Peter Belden dejó el periódico sobre la mesa, miró a su familia y volvió a centrar su atención en los huevos con tocino.

—Parece que éste es el final de John Score —comentó Brian.

—Así lo espero —afirmó Helen Belden—. No es que me caiga mal ese joven, pero no apruebo sus métodos, por muy convencido que esté de la causa por la que lucha.

—Entonces, ¿por qué esperas que se vaya de Sleepyside? —preguntó Trixie.

—Creo que el juez tiene razón —explicó la señora Belden—. John Score se ha granjeado bastantes enemigos desde que llegó. Hay hombres con familia que mantener que llevan meses sin trabajo. International Pine es un rayo de esperanza para ellos y ven en Score una amenaza a esa esperanza. Quizá utilizasen la violencia contra él si siguiese aquí.

Trixie medio sonrió. Honey y ella se habían visto muchas veces en situaciones peligrosas al intentar resolver algún misterio. Le resultaba difícil imaginar que alguien se metiese sistemáticamente en tales situaciones, como debería ocurrirle a Jonh Score en todas o casi todas las comunidades que visitaba.

—¿Es eso todo lo que dice el periódico del debate? —preguntó Mart a su padre.

Peter Belden volvió a tomar el diario y pasó la página.

—Bastantes ciudadanos de Sleepyside escribieron cartas al director —dijo—. Toda la página editorial está dedicada a lo que sucedió en el debate.

Los Belden siguieron desayunando en silencio, mientras su padre echaba un vistazo a las cartas.

—Las opiniones respecto a lo que sucedió ayer parecen estar tan divididas como sobre la ampliación —dijo por último—. Una de las cartas dice que la acción de Score sólo demuestra lo irracionales que han sido, en general, las objeciones a la ampliación. Otras, por lo contrario, dicen que Score demostró de forma violenta pero eficaz el daño que podemos hacer a nuestro entorno si dejamos que sigan adelante los planes de expansión de la fábrica.

Brian sacudió la cabeza desalentado.

—Pensé que un buen debate ayudaría a la gente a razonar, basándose en datos científicos —dijo—. Me parece que hemos sido poco realistas. Esas cartas demuestran que nadie se interesa por los hechos, salvo para apoyar la propia opinión. Si las dos partes aprovechan lo que John Score hizo como soporte de sus creencias, mis argumentos no han servido absolutamente de nada.

—No te desesperes, hijo —le consoló su padre—. Hiciste un trabajo excelente, presentando una cara de la moneda, y por lo que me contaste anoche, Jim VerDoorn hizo exactamente lo mismo, presentando la otra. Eso es lo que de veras establecerá la diferencia. Recuerda: la gente que no piensa es siempre la que más grita. Pero hay otras muchas personas que aún no se han decidido. A ésos es precisamente a los que tenéis que llegar Jim y tú. No estés tan seguro de no haber conseguido nada.

Brian sonrió agradecido a su padre.

—Gracias, papá —dijo—. Había olvidado que hay aún mucha gente que no tiene formada una opinión sólida…, a pesar de que yo mismo soy uno de ellos. El pleno del sábado será la mejor prueba de si han servido para algo o no nuestras intervenciones.

—¿Qué pleno del sábado? —preguntó Trixie.

—Si estuvieses presta a mancharte los dedos con la tinta del periódico, estarías ahora enterada de que el Ayuntamiento tendrá una sesión plenaria el próximo sábado para tratar en público, y con el público, el asunto de International Pine —contestó Mart.

Trixie se sonrojó, furiosa por la pedantería de Mart y molesta por no haber leído nada de ello en el periódico.

—¿Y cuál es el tema de la reunión? —preguntó sumisa.

—El Ayuntamiento ha descubierto, con ayuda de John Score, supongo, que la parcela que pretende International Pine no está clasificada entre las de uso industrial —le contestó su padre—. El pleno puede reconsiderar el asunto y dictar otra calificación para la zona, lo que pondría la discusión al rojo vivo. Se reunirá el sábado para escuchar la opinión pública. Después decidirán sobre la utilización de la zona.

—Si se vota en favor de la nueva estructuración, será un modo de decir a International Pine que el pueblo quiere la ampliación, y entonces la empresa intensificará sus esfuerzos para adquirir el terreno —explicó Brian.

—¡Ah! —dijo Trixie. Sentía cierto temor, al comprender que el señor Maypenny podría verse sometido a una mayor presión para vender su tierra, después de la reunión del sábado. Suspiró. *Por lo menos se aclarará todo de una vez* —pensó—. *Por ahora es todo lo que se me ocurre.*

El viernes, la conmoción desatada por el debate iba disminuyendo. Cuando Trixie y sus hermanos iban a la escuela aquella mañana, la tensión de los dos días anteriores había desaparecido y la vida seguía su curso normal. Hasta el conductor del autobús parecía tener menos prisa.

Fue fácil para los Belden localizar a los demás Bob-Whites entre los viajeros. Constituían un grupo pequeño y tranquilo en el centro de un sinfín de conversaciones.

—Dan tiene algo que decirnos —dijo Honey en cuanto se sentaron los Belden—. Ha esperado hasta que estuviésemos todos.

—Adelante, Dan —le animó Brian.

Dan respiró hondo. Era tímido por naturaleza, pero Trixie observó que su resistencia a hablar en esta ocasión se debía a algo más.

—Necesito un consejo —empezó Dan en voz baja. Se detuvo unos instantes y después siguió, haciendo un esfuerzo—: En los últimos tres días he encontrado otros cinco patos muertos en la reserva.

—Eso es anormal, ¿no? —preguntó Brian.

Dan asintió.

—Suele haber algunas muertes en primavera, cuando regresan del sur. Pero en esta época del año, encontrar más de uno o dos al mes es muy extraño. Y lo peor de todo es que no he ido buscándolos. Los cinco que he visto estaban en los senderos o cerca de ellos. No sé cuántos más puede haber en el interior del bosque.

—Mi consejo es decírselo al señor Maypenny —apuntó Trixie.

Dan hizo un gesto desabrido.

—Ya se lo he dicho. Precisamente por eso necesito consejo.

—No… no lo entiendo —dijo Trixie—. El señor Maypenny sabe mejor que nadie cómo es la reserva y lo que en ella pasa. Debería saber qué hay que hacer.

—Exacto —dijo Dan—. Pero cuando le he hablado de los patos me ha parecido que reaccionaba de un modo extraño. No me preguntó nada ni me pidió más detalles. Quedó un rato pensativo y dijo que unos cuantos patos muertos no era preocupante. Después dio media vuelta y se fue.

—Tal vez haya dicho lo que realmente piensa —aventuró Brian —. Ha vivido en estos bosques mucho tiempo, y no ve las cosas como nosotros.

Dan no estaba de acuerdo.

—No tengo ninguna prueba de lo que voy a decir —empezó despacio—. Me molesta decirlo, porque podría meter en un lío al señor Maypenny. Pero es que no se ha sorprendido en absoluto de lo que le he dicho. Quiero decir, que ha reaccionado como si no le importase. O también puede ser que no se haya extrañado porque también él ha visto patos muertos. Me dio la sensación de que estaba y está ocultándonos algo, y que en el fondo se encuentra muy preocupado por todo eso.

—Si el señor Maypenny estuviese preocupado, iría inmediatamente a ver a papá y le hablaría de ello —se apresuró a puntualizar Honey—. Siempre se ha tomado su trabajo muy en serio.

—También toma muy en serio el conservar su tierra —dijo Dan —. Con el señor Wheeler apremiándolo para que venda parte de ella, lo último que haría sería ir a contarle a tu padre la aparición de una epidemia.

—Entiendo lo que quieres decir —intervino Brian—. Si el señor

Wheeler se entera de que la reserva no es lugar sano para los animales, razón de más para venderla.

Dan asintió y no dijo nada.

Hubo un corto silencio, hasta que Jim tomó la palabra.

—Entiendo tu indecisión, Dan. El señor Maypenny es tu jefe y tu amigo. Si te pide que ignores lo ocurrido, no te sentirás con fuerza moral para ir a informar a papá. Pero, a pesar de todo, es la tierra de mi padre y tiene derecho a saber qué está sucediendo en ella.

Dan volvió a asentir, con un gesto que indicaba lo que sufría ante el dilema.

—Sé que hemos asumido posiciones opuestas en este asunto desde hace tiempo. Pero, aun así, no tengo interés alguno en causaros preocupaciones ni a ti ni al señor Maypenny. Te diré lo que voy a hacer —dijo Jim—. Iré a dar una vuelta a caballo esta tarde por la reserva. Si encuentro algún pato muerto informaré de ello a mi padre. No le diré nada de lo que nos acabas de contar —Jim se calló y miró fijamente a Dan—. Haré todo lo posible para decírselo de modo que no se excite y de forma que no influya en su decisión de vender la tierra a International Pine. ¿Confías en mí?

Los ojos de Dan buscaron a los de Jim.

—Creo que debo hacerlo —dijo.

Trixie respiró satisfecha. Aunque el problema de Dan estaba lejos de haberse resuelto, había quedado demostrado que los Bob-Whites podían tratar el asunto de los patos sin que influyeran sus opiniones acerca de International Pine. Pronto votaría el Ayuntamiento y la decisión quedaría lejos de su alcance. Esperaba que las aguas volviesen después a su cauce.

Aquella noche, Trixie estaba sentándose a la mesa para cenar cuando la llamó Honey.

—Jim ha encontrado otros dos patos muertos, Trixie —le dijo su amiga casi sin aliento—. Dice que ni siquiera tuvo que ir mirando atentamente. Estaban al lado del camino. No se atreve a calcular los que habrá en el interior del bosque.

Trixie se dejó caer en una silla, junto al teléfono.

—Me siento alegre y triste a la vez —dijo—. Alegre porque Jim ha encontrado los patos y puede decírselo a tu padre sin que con ello implique a Dan en el asunto. Y triste, porque deseaba que no apareciesen más patos muertos en la reserva.

—Te entiendo —repuso Honey—. Jim se sentía satisfecho porque podía arreglar las cosas sin que Dan resultase sospechoso. Miraba, al pasear, de modo normal. Después, cuando encontró los patos, volvió a casa, recogió una pala y un saco y fue a buscarlos. Si no lo hubiera hecho, Regan o cualquier otro podría haberle visto y deducir que ya sabía lo que iba buscando.

—Jim siempre piensa en todo —dijo Trixie orgullosa. Sentía un afecto especial por Jim, desde que Honey y ella lo habían encontrado escondido en casa de su tío, fugitivo, solitario y temeroso. Jim aprendió a manejarse en la vida cuando vivió con su padrastro, Jonesy. Y no lo había olvidado, aunque fue adoptado por los Wheeler y ahora vivía en la lujosa Manor House.

—¿Qué dijo tu padre cuando Jim le enseñó los patos? —preguntó Trixie, que de repente recordó que hasta el momento había olvidado la parte más importante del plan de Jim.

—Todavía no se los ha enseñado. Papá está en Nueva York por asuntos de negocios y no vendrá hasta las siete o las ocho —contestó Honey.

—¡Ah! —Trixie apenas pudo ocultar su desilusión—. Bueno, tenme al corriente.

—Lo haré —prometió Honey.

Trixie se despidió y colgó el teléfono, sintiéndose frustrada. Se hacía muy cuesta arriba saber que sólo dos semanas antes, los Bob-Whites estuvieron en la cabaña de Maypenny y le oyeron hablar de la oferta de International Pine. Parecía que la controversia desatada por ese desdichado asunto se había convertido en parte inseparable de la vida de Sleepyside, sin descanso, sin aclararse; al contrario, complicándose más cada vez. Al llamar Honey, Trixie confirmó que por lo menos lo de los patos había quedado resuelto. Pero el señor Wheeler no quedaría informado de la presunta epidemia aparecida en la reserva hasta dentro de un par de horas.

Trixie estaba nerviosa y así siguió el resto de la tarde, esperando que sonase el teléfono. Una vez estuvo tentada de llamar a Honey, pero colgó antes de marcar. Era muy importante que el señor Wheeler creyese que Jim había encontrado los patos por casualidad. Si llamaba ella a Honey para preguntarle por su reacción, el señor Wheeler podría sospechar que los Bob-Whites ya sabían lo de los patos.

Cuando llegó la hora de irse a la cama, Honey aún no había llamado. Trixie se acostó y esperó lo que le parecieron horas interminables, hasta que al final se quedó dormida.

A la mañana siguiente la despertó el timbre del teléfono. Estaba aún en la cama, casi conteniendo el aliento, esperando que alguien la llamase. Pero fue la voz de su madre la que oyó contestando la llamada. Se dio la vuelta, refunfuñando, preguntándose por qué no llamaba su amiga.

Saltó de la cama y se vistió a toda prisa. Tendría que pensar alguna disculpa para llamar a Honey. Ya no aguantaba ni un minuto más sin saber qué había pasado.

Estaba atándose los cordones de los zapatos cuando sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitación.

—¡Adelante! —dijo.

Mart empujó la puerta y se quedó en el quicio, apoyado en él.

—Al final, la diligencia ha vencido a la somnolencia, ¿no es así? —insinuó sarcásticamente.

Trixie levantó la cabeza y miró a su hermano, que parecía crecer cada día un poco.

—Supongo que eso quiere decir que estoy despierta. Bueno, pues casi. He estado en vela la mitad de la noche, preguntándome qué habrá pasado al contar Jim a su padre el hallazgo de los patos.

Mart asintió, poniéndose de repente muy serio.

—No han dicho ni una palabra. Tal vez no tengan nada que decirnos aún. El señor Wheeler a veces regresa más tarde de lo que piensa.

Trixie hizo chascar los dedos.

—¡Claro! —dijo—. No se me ocurrió pensar en eso. Deberías habérmelo dicho antes de irme a la cama. De ese modo habría vencido a la somnolencia un poco antes.

Mart sonrió.

—Hablando se entiende la gente. Hablar es el mejor modo de obtener información. No puedo adivinar por telepatía lo que te

preocupa, de veras.

Trixie miró hacia su hermano.

—Me parece —dijo— que podrías conocer con facilidad lo que pienso, ya que todos dicen que somos casi gemelos.

Mart se puso rígido. Le molestaba que le recordasen el gran parecido que había entre él y su hermana.

—No te enrolles —advirtió—; venía a preguntarte si quieres ir a la reunión del Ayuntamiento con Brian y conmigo esta tarde.

—¡Claro que sí! —gritó Trixie—. Había olvidado ese asunto. Naturalmente que quiero ir. Me daré prisa en recogerlo todo, y que mamá me deje ir. ¡Oh, Mart, ésa es una excusa estupenda para llamar a Honey!

Trixie salió corriendo y casi desplaza a Mart al pasar por la puerta; bajó a toda prisa las escaleras, hacia el teléfono.

Cuando llegaba a él, sonó. Levantó el auricular y preguntó:

—¿Honey? ¿Qué ha pasado? ¿Qué dijo tu padre?

—¡Ay, Trixie! —musitó Honey—. ¡Tengo la más desagradable de las noticias!

Trixie sintió ganas de colgar el teléfono y marcharse corriendo.

He estado pensando tanto en esas noticias que ni siquiera se me ha ocurrido suponer que podrían ser malas —pensó.

—¿Qué ha pasado, Honey? —preguntó.

—Jim le contó a papá lo de los patos anoche —explicó Honey—. Papá llamó a un amigo suyo del departamento de ecología y ese amigo ordenó que fueran a recogerlos. Los han llevado al laboratorio para investigar el motivo de su muerte.

—Eso no parece tan malo —repuso Trixie—. Es una suerte que tu padre conozca a alguien del departamento de ecología. De ese modo podrá analizarlos, y…

—¡Trixie! —la voz de Honey, habitualmente suave, se tornó grave—. La respuesta ya ha llegado, hace exactamente unos minutos —la voz de Honey se rompió en sollozos y empezó a gemir —: Trixie, ¡los patos tienen botulismo!

La votación • 9

TRIXIE se quedó petrificada, con el auricular pegado al oído, mirando sin verlo un cuadro colgado en la pared. La palabra botulismo le sonaba familiar, pero no sabía exactamente lo que significaba. A juzgar por la reacción de Honey, estaba segura de que no quería saberlo.

—¿Estás ahí, Trixie? —preguntó Honey con voz apagada.

Trixie asintió con la cabeza; después, comprendiendo que su amiga no podía verla, respondió:

—Sí, aunque yo…, ¿qué es el botulismo?

—Es una enfermedad —contestó Honey—, causada por bacterias…, gérmenes. Y estos gérmenes son anaerobios.

Honey dijo la última palabra despacio, deletreándola.

—Jim dice que eso significa que viven sin necesidad de aire, por lo que las zonas pantanosas donde se alimentan los patos son muy adecuadas para su desarrollo.

—¿Qué quiere decir todo eso? —pidió Trixie.

Honey suspiró.

—No lo sé seguro. Los del departamento de ecología han empezado a investigar, para determinar en qué zona están los gérmenes del botulismo. Lo que ocurra después dependerá de dónde los encuentren, si los encuentran.

—Y eso…, el botulismo —se interesó Trixie—, ¿puede ser perjudicial para las personas?

—Éste no —repuso Honey—. Al parecer los hay de diferentes clases. El que han encontrado en los patos no hace daño a los hombres. Al mismo tiempo produce en los patos un olor horrible, por lo que los otros animales no los tocan. Pero el del departamento de ecología afirma que donde hay un tipo de botulismo puede haber también otros. Por eso conviene advertir a todos que se mantengan

alejados de la zona, para evitar el contacto con cualquiera que haya estado en las proximidades o haya tocado algún animal de la reserva, hasta que sea controlado el foco.

—¿Evitar el contacto? —preguntó Trixie—. ¿Quiere decir eso que no podemos pescar ni cazar?

—Exactamente —contestó Honey desalentada.

—¿Y qué va a pasar con el señor Maypenny? —repuso Trixie—. Él vive de la caza que encuentra en su propiedad.

—Papá ya ha hablado con él acerca de esto —siguió Honey—. Jim fue con él y me ha contado lo que pasó. Me dijo que el señor Maypenny puso cara de culpabilidad cuando mi padre le estaba hablando, pero cree que papá no se dio cuenta.

—Vaya, ésas sí son buenas noticias —dijo Trixie—. Jim ha debido hacer un buen trabajo para que tu padre no sospechase nada.

—Puedo asegurártelo —confirmó Honey—. El señor Maypenny no pareció sospechar ni por un instante que Dan tuviese que ver en este asunto, según me ha contado Jim. Lo cual no ha impedido que se haya enfadado cuando papá le comentó el consejo del departamento de ecología, lo de no cazar ni pescar en la zona durante una temporada.

—Me parece estar oyéndolo —dijo Trixie, divertida—. Sería algo así —y ahuecó la voz imitando a Maypenny—: ¡He cazado y pescado en esta zona antes de que usted naciese, Matt Wheeler!

A pesar de las circunstancias, Honey se rió.

—Así fue —enseguida se puso otra vez seria—. Pero esto no es todo. Después empezó a decir que nunca se dio un solo caso de botulismo en la reserva hasta que llegó la International Pine. Eso hizo que papá perdiese los estribos, según me contó Jim, y le contestó: ¡El botulismo no es un subproducto de la fabricación de muebles, viejo chivo!

—Entonces —siguió contando Honey—, el señor Maypenny empezó a despotricar contra esos locos que montan su fábrica de humo precisamente junto al pantano donde viven los patos y se alimentan desde los tiempos en que en esta tierra no habitaban más que indios, y de ese modo los pobres patos habrán contraído algún germen al ir a alimentarse.

—¿Crees que pudo ser así como los patos cogieron el botulismo

tan de repente, Honey?

—Jim dice que puede haber ocurrido así —informó Honey—. Me parece que está empezando a dudar de que sea conveniente vender la tierra a International Pine.

—¡A propósito! —exclamó Trixie—. Ahora recuerdo que todo este asunto se va a tratar esta misma tarde en la reunión del Ayuntamiento. Claro que, aunque voten por el cambio de utilización de la zona, Jim intentará persuadir a tu padre de que no venda, y la negociación se trasladaría probablemente a otra parcela.

—La empresa podría decidir no construir nada en esta región —aventuró Honey—. Y eso también sería muy polémico…, supongo, si el Ayuntamiento decide que Sleepyside quiere la fábrica.

—Mart, Brian y yo iremos a la reunión —dijo Trixie—. ¿Te gustaría venir?

Honey vaciló.

—Papá y Jim han salido juntos —dijo—. Me preguntaron si quería ir con ellos, pero…, ¡ay!, Trixie…, creo que iría mucho más a gusto contigo. Temo que pierdan la calma durante la sesión. ¿Te parece eso una cobardía?

Trixie pensó en el grueso y rubicundo señor Wheeler y, después, en la furia fría que le dominaba en las pocas veces que lo había visto enfadado de veras.

—Si eso es cobardía —le dijo a Honey—, puedes disfrazarme de pollo, porque yo tampoco querría estar cerca. Bueno, te recogeremos hacia las doce y media.

—Estaré lista —prometió Honey.

Cuando llegaron Honey y los tres Belden al Ayuntamiento, el aparcamiento estaba lleno de coches. Brian maniobró con su cacharro hasta conseguir dejarlo con dificultades una manzana más allá, y los cuatro se dirigieron al edificio, y subieron por las escaleras de mármol.

La sala de conferencias y juntas estaba repleta de gente, y los cuatro Bob-Whites se vieron obligados a quedarse de pie al final de la sala. Buscando entre los asistentes, Trixie descubrió dos cabezas pelirrojas en la primera fila. Miró a Honey y le dijo, señalándolos:

—Allí están Jim y tu padre.

Honey estiró el cuello para verlos.

—Allí no se perderán una sola palabra —dijo; pero añadió

enseguida—: En realidad nadie se perderá una sola palabra.

Los cinco miembros del consejo estaban sentados a lo largo de una mesa de reuniones, frente al público. El presidente tenía un mazo de madera con el que imponía silencio.

—Quisiera pedir a los asistentes que se callaran —dijo a voz en grito, haciéndose oír por encima del murmullo de la multitud—. Antes de empezar la discusión sobre el cambio de denominación, George Gemlo, que es el jefe de la oficina local del departamento de ecología del Estado, ha pedido hacer público un asunto importante. ¡Adelante, George!

George Gemlo, que estaba apoyado en la pared, se adelantó.

—La noticia que tengo que dar hoy no es en verdad muy agradable. Me temo que no. Hemos confirmado dos casos de botulismo en patos encontrados en la reserva de caza de Matthew Wheeler.

La reacción de la gente fue inmediata. Gritos de asombro y de sorpresa se hicieron oír en medio del barullo.

George Gemlo levantó las manos pidiendo silencio.

—El tipo de botulismo encontrado en esos patos no es, repito, «no es» nocivo para los hombres. No obstante, es muy importante que encontremos el origen de las bacterias para saber a qué atenernos. Hay varios empleados del departamento de ecología trabajando en el asunto. Lo que quería pedirles es que procuren no ir a las zonas de la reserva y al bosque hasta nuevo aviso. Su presencia sólo dificultará las investigaciones que se van a realizar. Nos hemos puesto en contacto con el Sun y esta misma petición, junto con más detalles de los casos de botulismo, aparecerá en el periódico de mañana. Mientras tanto, creo que el darles esta información, pidiéndoles además que la difundan entre sus amigos y vecinos, nos proporcionará un buen punto de partida para la discusión. Muchas gracias.

Gemlo volvió a su sitio y el presidente del consejo volvió a utilizar el mazo para calmar a la multitud.

—Muy bien, muy bien —dijo—. Podrán hablar de esto al llegar a casa. Pero ahora tenemos que resolver el asunto que nos ha traído aquí, es decir, la propuesta de reordenación. Vamos a dedicar una hora a oír los comentarios y sugerencias de ustedes. Si tienen algo que decir, levántense para ser identificados. Después digan su

nombre y dirección, y hablen. El secretario lo escribirá todo. Cada uno tendrá tres minutos para hablar, con lo que espero que podamos escuchar a muchos en esa hora. ¿Entendido? —recorrió con la mirada a los asistentes, esperando preguntas. Viendo que no había ninguna, volvió a golpear con el mazo.

—Perfectamente —dijo—. Empecemos.

El padre de Honey fue el primero en ponerse de pie. El presidente asintió y él se volvió de cara al público.

—Mi nombre es Matthew Wheeler y vivo en Manor House, que es de mi propiedad. También es de mi propiedad la tierra, parte de la tierra, que International Pine necesita para su ampliación; la que puede ser reordenada para que se realice esa ampliación.

—He de deciros que la decisión de vender esa parcela de tierra no la tomé a la ligera. Tuve varias conversaciones con Peter Belden, que trabaja en el Banco de Sleepyside, y él me convenció de la gran necesidad que esta comunidad tiene de industria. Esa información fue la que, en definitiva, constituyó la base de mi decisión.

—También quiero haceros saber que mi interés por la naturaleza y los animales es tan grande como siempre. La venta de tierra a International Pine no es el primer paso para convertir mi reserva de caza en un complejo industrial. Es una decisión que mejorará, o así lo espero, la calidad de vida de esta comunidad. Muchas gracias a todos.

Cuando se sentó el señor Wheeler hubo aplausos, y algunos gritos, por parte de los presentes. Trixie miró a Honey con el rabillo del ojo y observó que los ojos castaños de su amiga estaban inundados de lágrimas. Sabiendo que Honey se sentía culpable por no haberse sentado con su padre y su hermano para compartir las reacciones de la gente, tomó su brazo y se lo apretó como señal de ánimo. Honey se volvió hacia ella y esbozó una leve sonrisa pero llena de agradecimiento.

Al volver Trixie a atender, otro hombre estaba en el uso de la palabra.

—He estado contra la ampliación desde el mismo momento en que oí hablar de ella. Me reafirmo en mi decisión después de lo que George Gemlo nos ha dicho hace unos minutos. Es ésta la primera vez que oigo hablar de un caso de botulismo en la región, y estoy seguro de que es consecuencia de estar violentando la naturaleza. Si

International Pine no hubiese construido aquí su fábrica, esos patos no habrían muerto. Y eso sin mencionar el inmenso daño que se infligirá al medio ambiente si admitimos la ampliación.

Iba a sentarse, pero añadió:

—Quiero decir otra cosa. Si alguno de los concejales vota en favor de la reordenación, puede estar seguro de que no le votaré en las próximas elecciones. Nada más.

También ahora se produjo una mezcla de aplausos y gritos de desaprobación. Otros tres se pusieron en pie, esperando que les autorizasen a hablar. El presidente señaló a uno de ellos.

Éste dio su nombre y dirección, y se volvió para dar la cara a sus convecinos.

—Me da la sensación de que para conseguir la simpatía de todos hay que presentarse con un pato bajo el brazo —dijo sarcásticamente—; pero creo que ya es hora de que alguien hable de nuestros derechos de seres humanos. Me he criado en una granja de las afueras de Sleepyside. Mi familia y mis amigos viven en la zona. Trabajé con mi padre hasta que me casé y tuve una familia a mi cargo. Entonces descubrí que una granja pequeña no produce lo suficiente para mantener a dos familias. En los dos últimos años he trabajado en Terrytown. Empecé desplazándome todos los días, pero me di cuenta de que eso resultaba muy caro. Ahora vivo en una habitación alquilada durante los días de trabajo y regreso los fines de semana. No quiero que mis hijos pierdan la vida sana propia de la pequeña ciudad, que yo he disfrutado viviendo en Sleepyside. Pero tampoco quiero que crezcan sin tener a su padre junto a ellos. Si se amplía International Pine, podría conseguir un trabajo, aquí, en mi ciudad, y educar a mis hijos del mismo modo que yo fui educado —el hombre hizo una pausa y levantó las manos componiendo un gesto de súplica—. ¿No somos mis hijos y yo tan importantes como los patos?

Cuando se sentó hubo aplausos, pero no gritos. Trixie se dio cuenta de que incluso los más reacios a la ampliación no se atrevieron a abuchearlo. También tenían familia.

El debate prosiguió. Lo mismo que días atrás las dos posturas habían aprovechado la acción de John Score en su favor, ahora hacían lo mismo con el botulismo de la reserva. La mitad de los oradores dijo que el botulismo demostraba que la reserva no era

lugar seguro para los animales, por lo que lo mejor sería aprovecharla como zona industrial. La otra mitad adujo que el envenenamiento de los patos se había producido porque el pantano, en el que hasta entonces se habían alimentado, había quedado contaminado por la fábrica de International Pine. Cualquier ampliación significaría un riesgo de más epidemias…, epidemias que también podrían ser nocivas para los habitantes.

Al terminar la hora prevista, el presidente golpeó con el martillo y ordenó desalojar la sala. El pleno necesitaba un descanso tras escuchar a la opinión pública, antes de proceder a votar.

Trixie, Honey, Mart y Brian abandonaron la abarrotada sala y bajaron las escaleras de mármol del edificio. Era una tarde de septiembre fresca pero soleada, y la brisa acariciaba sus frentes sudorosas.

—¿Qué creéis que van a votar? —preguntó Trixie a sus hermanos.

—Es imposible predecirlo —dijo Brian—. Las intervenciones, me parece, han estado muy repartidas, en pro y en contra.

—Me alegra no estar en el pellejo de los concejales —opinó Honey—. El que habló después de papá seguro que los habrá intimidado con la amenaza de retirarles el voto. Estoy segura de que no es el único que lo hará si no deciden contra la ampliación.

—¡Hombre! Estáis aquí —era Jim quien les hablaba, acercándose—. He estado buscándoos desde que el presidente mandó desalojar, pero no os encontraba. Creo que habréis sacado la impresión de que todos los oradores decían lo mismo: en resumen, una de dos posturas, siempre repetidas.

—Fuimos los últimos en llegar a la reunión, y por eso hemos

sido los primeros en salir —dijo Trixie con una sonrisa.

—Precisamente estábamos intentando acertar qué votarán —le dijo Brian—. ¿Qué crees tú?

Jim se encogió de hombros.

—Llegados a este punto, ni sé qué votarán, ni estoy seguro de qué quiero que voten. El botulismo ha aportado un nuevo elemento de juicio, al menos para mí. Es muy posible que haya surgido como consecuencia de que los patos han tenido que buscar nuevos terrenos donde alimentarse.

—¿Y qué piensa papá de todo eso? —preguntó Honey.

—No hemos tenido tiempo de hablar de ello. El análisis del laboratorio llegó en el momento en que salimos para la reunión. Sé que papá quiere lo mejor para la comunidad.

—La gente empieza a entrar otra vez en la sala —observó Trixie —. Alguien ha debido correr la voz de que va a empezar la votación.

—Vamos, entonces —dijo Brian, dirigiéndose a la sala.

Trixie empezó a andar tras él, nerviosa. Después de tanta polémica, estaban a punto de tomar una decisión. Por fin…

Aunque Trixie lo hubiese intentado, no habría podido adivinar el resultado. Una vez emitidos los votos, el resultado fue un empate: dos a favor, dos en contra y una abstención.

—¿Puede hacer eso? —preguntó Trixie enfadada, al anunciar que se abstenía uno de los concejales.

—Pues claro que puede —repuso Brian, apretando las mandíbulas—. Sobre todo, si está más interesado en ganar las próximas elecciones que en las necesidades de Sleepyside.

En cuanto el presidente anunció que el tema de la reordenación se volvería a tratar en la habitual sesión del jueves siguiente, Brian dijo:

—¡Vámonos! —y los Bob-Whites salieron a la calle.

—¿Pero es que no van a resolverlo nunca? —preguntó Trixie.

—Eso parece —dijo Honey desalentada.

De repente, Trixie sintió vergüenza de su impaciencia. La situación de Honey era mucho peor que la suya, ya que su padre estaba directamente implicado en el asunto.

—Tenemos que contárselo a Dan y al señor Maypenny —sugirió Trixie—. Démonos prisa, ensillemos los caballos y vamos a hablar

con ellos.

—Eso es misión del contingente que disfrute de tiempo libre —dijo Mart—. Yo tengo cosas que hacer.

Por eso, fueron otra vez Trixie y Honey las únicas que fueron a la cabaña de Maypenny. Tomaron el camino largo que atravesaba la reserva, para respirar el aire fresco, agobiadas por la atmósfera de la sala de juntas.

Las dos chicas iban concentradas en sus propios pensamientos, cabalgando en silencio, hasta cruzar una hondonada. Entonces, Trixie tiró de las riendas a su caballo.

—¿Qué pasa, Trixie? —preguntó Honey—. ¿Le ocurre algo a Susie?

Trixie negó con la cabeza, intentando aclarar sus ideas.

—No me he dado cuenta hasta que hemos pasado —dijo—, pero he visto algo que brillaba en aquel barranco.

—A lo mejor era algún nido de cuervo —la tranquilizó Honey—. Ya sabes lo que les gusta robar objetos brillantes.

Trixie sonrió, recordando a Mary Smith y su medallón perdido. La señorita Trask había hecho revolver todo el Estado de Nueva York a Trixie y a Honey para buscarlo, y lo había encontrado al final en el nido de su cuervo. Cuando las chicas devolvieron el medallón a su dueña, lo celebraron con zumo de uva y bollos de chocolate en la cocina de la granja, mientras Jim recogía judías para los Smith en un campo situado medio acre más allá.

La cara de Trixie volvió a ponerse seria.

—No. Era algo que estaba más cerca del suelo que un nido de pájaro. Al mismo tiempo, tiene que ser una cosa bastante grande, para poder brillar a tanta distancia —tiró de las riendas de nuevo y cambió de rumbo—. Voy a ver qué es.

Honey también se volvió, siguiendo a su amiga.

Ya en el barranco, Trixie desmontó y ató las bridas de Susie a un arbusto.

—Espera un momento —le dijo, palmeando sus ancas—; vuelvo enseguida.

Las dos chicas avanzaban lentamente, observando con atención.

—Ahora lo veo yo también —dijo Honey poco después—. No es el nido de ningún pájaro, estoy segura.

Separando los matojos, las dos amigas se aproximaron al objeto

brillante y después se miraron la una a la otra.

El objeto brillante que Trixie había visto era la manilla de una puerta… del coche verde de John Score.

El coche del bosque • 10

A HONEY se le salían los ojos de las órbitas; Trixie, en cambio, los entornaba, intentando adivinar cómo y por qué estaba escondido allí el coche del ecologista.

—¿Qué hacemos, Trixie? —preguntó Honey.

Su amiga la miró con aire solemne.

—Lo primero que tenemos que hacer es asomarnos al coche, para asegurarnos de que está ahí el cuerpo de John Score.

Honey palideció y tragó saliva. Ya no era, ni mucho menos, la tímida niña que llegó a Sleepyside; pero todavía no había llegado a ser tan intrépida como su amiga. La idea de encontrar un cadáver allí no le atraía en absoluto.

Trixie comprendió el temor de Honey, puso una mano sobre su hombro y le dijo:

—Si quieres, espera aquí.

Honey se creció.

—Iré —dijo.

A pesar de su ofrecimiento, Trixie se sintió más tranquila al no tener que inspeccionar el coche ella sola.

Las dos chicas se aproximaron, rodearon el coche, procurando no tocarlo para no dejar huellas, y miraron en su interior. Trixie exhaló un suspiro de satisfacción que dejó un halo de vapor en la ventanilla. En el coche sólo había un montón de envolturas de galletas, trapos viejos y un mapa de carreteras desdoblado.

—Hay una capa tan gruesa de hojas caídas que las huellas no se pueden ver —dijo a Honey—. Estoy segura de que, si alguien hubiese intentado arrastrar el cuerpo de John Score fuera del coche, habría removido las hojas. Por tanto, parece que aquí no ha habido lucha.

—Quizá estuviera fuera de combate cuando lo sacaron del coche

—repuso Honey.

Trixie abrió la boca en un gesto de sorpresa.

—No había pensado en eso —admitió—. Si le hubiesen golpeado en la cabeza, metido en el coche y traído hasta aquí… —se detuvo a mitad de la frase. —Honey, esto es absurdo. Estamos aquí discutiendo cómo lo golpearon y cómo lo trajeron, y ni siquiera sabemos quiénes son ellos, ni si existen.

Honey se rió, recuperada ya del susto.

—Tienes razón. Todo esto, el encuentro del coche abandonado y el mirar si había alguien dentro, me ha afectado tanto que inmediatamente he pensado lo peor. Me voy haciendo como tú: ya veo misterios por todas partes.

Trixie movió la cabeza.

—Puedes pensar que aquí no hay ningún misterio, Honey, pero no estoy de acuerdo. John Score se hizo muy impopular en Sleepyside. Luego el juez le ordenó que se marchase de la ciudad y ahora encontramos su coche escondido en este barranco. Yo diría que esto es muy misterioso.

Honey volvió a tragar saliva. Había conseguido superar el nerviosismo, pero ya estaba otra vez como un flan.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó.

Trixie quedó en silencio un instante, con el ceño fruncido, pensando.

—Me parece que lo mejor que podemos hacer es ir a ver al señor Maypenny —dijo—. Este barranco está en su territorio y tal vez pase por aquí a menudo. Puede que recuerde cuándo fue la última vez que vino a este lugar.

Honey asintió y se alejaron del barranco, relajándose al perder de vista el coche verde.

No habían recorrido más que un breve trecho trotando hacia la cabaña de Maypenny cuando lo vieron sobre Brownie, dirigiéndose a ellas.

Trixie se irguió sobre los estribos y agitó la mano por encima de la cabeza. Volvió a sentarse en la silla y puso a Susie al trote. Después se detuvo. Maypenny había estado últimamente muy preocupado. Sería mejor que procurasen no alterarlo, que estuviese tranquilo cuando le hablasen del coche verde. Miró a Honey y vio en su cara una sonrisa de bienvenida. Su amiga, siempre tan

diplomática, había tenido sin duda la misma idea.

Cuando las dos amigas llegaron junto a Maypenny, Trixie habló la primera.

—Estuvimos en la sesión del Ayuntamiento —dijo al guarda—. Hemos venido a contarle lo que ha pasado. En la votación se produjo un empate y, por eso, aún no se ha decidido nada. Lo siento.

Maypenny miró a Honey.

—¿Un empate? —dijo—. ¡Ah! Lo de la reordenación del terreno, queréis decir. Bueno, pueden votar lo que quieran. No hay nada que me pueda obligar a vender mi tierra a International Pine. De todos modos, ha sido una atención por vuestra parte, os lo agradezco.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y espoleó a Brownie.

—Me alegro de haberos visto, pequeñas —dijo reanudando su camino.

—¡Señor Maypenny! —la voz de Trixie sonó quebrada. Hizo una pausa para aclararse la garganta mientras el guarda se paraba y volvía hacia ellas. No quería parecer nerviosa, pero la brusca partida de Maypenny le había desasosegado. Éste actuaba por lo general como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Maypenny miró a Trixie expectante, mientras ésta intentaba calmarse y buscaba el modo de hablar del coche verde sin poner en el disparadero al viejo.

Una vez más, el tacto de Honey vino en su ayuda.

—Teníamos que hacerle una pregunta antes de que se fuese a su trabajo —le dijo—. Hemos visto un coche abandonado en un barranco, por allí. Sólo queríamos asegurarnos de que usted ya sabía que estaba allí.

Maypenny pegó un brinco, parpadeando y haciendo muecas, mientras miraba a Honey. Con su aspecto esmirriado y su nariz aguileña, parecía un pájaro asustado.

—¿Un coche, dices? —parecía perplejo—. No sé nada de coches.

—Entonces, ¿no lo había visto? —preguntó Trixie asombrada.

Maypenny se volvió hacia ella. A Trixie le pareció que estaba más colorado que de costumbre.

—Claro que lo he visto —dijo—. Recorro el bosque todos los días. He visto un coche abandonado, por supuesto.

Trixie se hundió en la silla. Ahora era ella la desconcertada.

—Entonces, nada. Queríamos asegurarnos de que lo sabía —repuso Trixie—. Seguramente querrá que se lo lleven.

—¿Llevárselo? No… ¿Por qué? Quiero decir, sí, naturalmente, claro que sí. De todos modos no querría hacerlo de momento. Pero me ocuparé de ello. No os preocupéis.

Maypenny hizo un gesto de despedida, picó espuelas a Brownie y desapareció por el camino con toda la rapidez de que el viejo caballo era capaz.

Las dos muchachas se quedaron de piedra.

—¿Qué significa esto? —preguntó por último Trixie, tanto para sí como a su amiga.

—Sospecho —dijo Honey tranquilamente— que el señor Maypenny no ha visto el coche y le ha desconcertado que hayamos descubierto en su tierra algo antes que él.

Trixie movió la cabeza.

—No estoy muy segura —replicó—. En realidad, me da la sensación de que se trata precisamente de lo contrario: que sabe lo del coche, pero no lo quiere admitir por alguna razón.

—¿Cuál será esa razón? —empezó a hablar Honey, pero de repente se llevó la mano a la boca.

—¡Trixie! —gimió—, no pensarás que se trata de «ellos», en lugar de «él», ¿verdad?

Trixie observó extrañada a su amiga. Después, comprendiendo lo que le preguntaba, contestó:

—No, Honey; no creo que el señor Maypenny se haya cargado a John Score. Los dos estaban en el mismo lado, intentando frenar la expansión de International Pine. No —repitió—, no es eso. Es… — se detuvo y se encogió de hombros— no sé lo que es.

—Quizá el señor Maypenny estaba pensando en otra cosa. Debe sentirse bastante abrumado con todos estos líos —aventuró Honey, comprensiva.

La cara de Trixie recobró el color cuando miró a Honey.

—Eso es, Honey. Ya sabes cuánto ha hablado la gente del señor Maypenny en las últimas semanas. Incluso él nos lo advirtió cuando nos pidió que buscásemos el árbol quemado. Y eso fue lo que le dijimos a su sobrino cuando el señor Maypenny dejó que se apagara el fuego la tarde de la merienda. Me lo acabas de recordar.

—¿Adónde quieres llegar, Trixie? —preguntó Honey.

Trixie exhaló un suspiro.

—El señor Maypenny siempre ha tenido un montón de cosas en la cabeza: cazar y pescar, poner trampas y arreglar el jardín, y asegurarse de que tiene bastante comida para pasar el invierno. Está acostumbrado a resolver todos esos problemas sin esfuerzo alguno. Pero ahora, de repente, parece confuso y olvidadizo —Trixie se detuvo, mordiéndose el labio inferior, con miedo a sacar conclusiones—. Me pregunto, Honey, si no tendría razón David Maypenny. Tal vez él juzgó a su tío con más claridad que nosotros, porque lo conocemos desde hace tanto tiempo. Acaso el señor Maypenny se esté volviendo demasiado viejo para seguir viviendo solo en estos bosques.

Los ojos de Honey se llenaron de lágrimas.

—No puede ser, Trixie —dijo en voz baja—. No puede ser.

Trixie sacudió la cabeza, como para alejar aquellos pensamientos.

—Ojalá no —suspiró.

Strawberry seguía quieta.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —comentó Honey a su amiga—. ¿Qué hacemos?

Trixie pensó unos instantes.

—¿Cuánto dinero tienes? —preguntó, metiéndose la mano en su bolsillo y sacando un arrugado billete de dólar.

Honey buscó en los suyos y sacó setenta y ocho centavos, que mostró a Trixie en la palma de la mano.

—Puede que sea bastante —comentó Trixie—. Si no, tal vez acepte pagar él.

—¿Bastante para qué? —preguntó Honey—. ¿Quién tiene que aceptar pagar qué?

—David Maypenny —dijo Trixie. Y viendo la expresión de extrañeza de su amiga, razonó—: Aunque el señor Maypenny no esté…, bueno, no desvaríe demasiado, sí es cierto que se encuentra en apuros. Si se vota no permitir la ampliación de International Pine en Sleepyside, no faltaría quien le echara la culpa de boicotear los puestos de trabajo prometidos. Por otra parte, si vence la ampliación, también habrá quien le presione para que no venda la tierra. David sigue siendo su único pariente, aunque no se traguen. Por eso creo que David tiene perfecto derecho a saber lo que pasa

—terminó Trixie.

—Entonces, el dinero es para llamar a Nueva York —comentó Honey—. ¿Por qué, pues, no vamos a mi casa y llamamos desde allí? Estoy segura de que la señorita Trask nos dejará de mil amores.

Trixie negó con la cabeza.

—No creo que debamos decirle a nadie que vamos a llamar.

—¿Por qué no? —preguntó Honey—. Si estás convencida de que es lo correcto, ¿por qué vamos a hacerlo en secreto?

—No sé por qué exactamente —admitió Trixie—. En parte, porque no tengo gana de decirle a nadie, excepto a David Maypenny, lo que sospechamos. No quiero contarle a nadie lo del coche. No sé… —se interrumpió desalentada—. Prefiero, mejor, guardar el secreto un par de días.

Honey miró al suelo un rato, pensando en lo que Trixie acababa de proponerle. Por lo general, los presentimientos de su amiga solían ser ciertos, aunque algunas veces les habían causado problemas.

—Muy bien —asintió Honey—. Vamos, pues, a llamar a David Maypenny desde la cabina que hay junto a la tienda de Lytell.

Las dos amigas sacudieron las riendas de sus caballos y éstos emprendieron el regreso a toda prisa.

Al llegar junto a la tienda, Trixie alargó el dólar arrugado a Honey.

—Entra tú a que te lo cambie por monedas para el teléfono —le dijo—. Si entro yo podría preguntarme un montón de cosas y obtener de mí más información de la que tengo intención de soltar.

Honey sonrió al tomar el dólar.

—Ni que te fuese a interrogar en tercer grado, deslumbrándote con lámparas hasta que confieses.

Trixie también se rió.

—Eso me parece a veces. ¿Recuerdas cuando le dejé mi anillo de diamantes como fianza, para que Brian pudiese llevarse su coche, hasta que conseguimos ahorrar el dinero necesario para recuperarlo? Pues el señor Lytell me miró a través de sus gafas de montura de alambre y me hizo todo tipo de preguntas acerca de dónde había conseguido el anillo y de si mis padres sabían algo de él. Estuve a punto de darme la vuelta y salir corriendo de la tienda.

—Pero no lo hiciste —recordó Honey—. Empeñaste el anillo y le

hiciste prometer que no diría nada, aunque el señor Lytell es más charlatán que nadie. Y todo porque sabías cuánto deseaba Brian aquel coche.

—Brian se merecía el coche —dijo Trixie—. Había trabajado y ahorrado el dinero necesario para comprarlo. Luego, cuando el club de los Bob-Whites necesitó un nuevo techo, donó el dinero sin pensarlo dos veces. No podía ser yo tan egoísta, viendo su desprendimiento. El señor Lytell retuvo mi anillo una semana. Para mí no fue sacrificio alguno. Nunca lo uso…

—Bueno, creo que estuvo muy bien lo que hiciste por Brian. Por eso… —Honey volvió a sonreír mientras desmontaba y alargaba a Trixie las riendas de Strawberry— creo que lo menos que puedo hacer es entrar y pedir cambio.

Entró en la tienda, abriendo la puerta lentamente y con dignidad.

—Honey no tendrá problemas con el señor Lytell —dijo Trixie a Susie—. Éste la respeta mucho porque es una educada señorita, no una chica traviesa como yo. También le agrada la señorita Trask. No haría a Honey nada que pudiese enfadar a la señorita Trask.

Ciertamente, Honey ya salía de la tienda, con unas cuantas monedas en la mano, que enseñó a Trixie.

Ésta le devolvió las riendas de Strawberry y saltó de la silla. Fueron con los caballos a la cabina telefónica y allí Trixie le dio las riendas de su montura a Honey, y después entró.

Llamó a información y pidió el número de David Maypenny, en Nueva York. Contuvo el aliento esperando que no hubiese más que un David Maypenny en la ciudad. No tenía ni la más remota idea de cuál era su dirección ni su segundo apellido. Y no poseía dinero suficiente para desperdiciar llamadas con otros David Maypenny que no fuesen el sobrino del viejo guardabosque.

Para tranquilidad de Trixie, la operadora sólo encontró a un abonado con ese nombre, y le dio el número, que ella repitió en voz alta para que lo oyese Honey, deseando que fuese a pedir al señor Lytell papel y lápiz.

Tras marcar el número en cuestión, una voz le advirtió que echase monedas para los primeros tres minutos. Trixie colocó casi todo lo que tenía confiando en que David Maypenny aceptase la conferencia a cobro revertido, si se alargaban más de tres minutos.

Conociéndose como se conocía, pensaba que en tres minutos tendría poco tiempo para explicarse.

Cuando el teléfono sonó diez veces sin recibir contestación, Trixie colgó. Recogió las monedas según caían y salió.

—¿No contesta? —preguntó Honey.

Trixie movió la cabeza.

—Llamaremos un poco más tarde —dijo. Se sintió repentinamente cansada e indiferente, a medida que iba desapareciendo la tensión de la llamada de David Maypenny, pero necesitaba hacer algo.

—¿Vamos a casa? —preguntó Honey.

—No —contestó Trixie—. Ya sé qué hacer —miró a Honey desalentada—. Vamos otra vez al barranco.

—¡Trixie! Ya hemos visto el coche una vez. ¿Qué ganaremos volviendo allá?

—No lo sé —confesó Trixie—; ya hemos echado un vistazo, sí; pero necesito convencerme de que estoy haciendo algo por el señor Maypenny. Quizás encontremos allí una pista que se nos haya pasado por alto antes. Después de todo, estábamos muy nerviosas.

—No estoy segura de que ahora estemos menos nerviosas —se quejó Honey—. Y quisiera saber qué significa para ti hacer algo. Pero, en fin, no me siento capaz de ir a casa y aguantar los comentarios de la sesión del Ayuntamiento —Honey puso el pie izquierdo en el estribo y montó en Strawberry—. Vámonos.

Trixie subió sobre Susie y ambas pusieron las cabalgaduras al trote. *Ese coche está oculto por alguna razón* —iba pensando mientras cabalgaba—. *Espero que podamos encontrarla.*

El fugitivo • 11

UNA VEZ MÁS se dirigieron al lugar en donde habían encontrado el coche abandonado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Honey cuando amarraron los caballos cerca del barranco.

Esa misma pregunta se la iba haciendo Trixie por el camino. Por eso tenía ya la respuesta.

—En primer lugar —dijo—, miraremos si el coche presenta algún daño. Si John Score hubiese tenido algún accidente al venir de la ciudad, aunque hubiese sido un simple pinchazo, es probable que no se fiase de nadie de Sleepyside para que se lo arreglase. Preferiría esconder el coche y volver a por él más tarde, o enviar a alguien que lo hiciese en su lugar.

—¿Por qué lo habrá escondido aquí? —volvió a preguntar Honey.

—Ha estado en la reserva por lo menos un par de veces —le recordó Trixie—. Estuvo en la cabaña del señor Maypenny la tarde que nosotros estuvimos merendando y volvió después, cuando encontró el pato. Sabía lo tranquila y solitaria que es esta parte del bosque. Supondría que era el mejor sitio para dejarlo sin ser visto.

—De acuerdo —reconoció Honey—. Los daños del coche son lo primero que debemos comprobar. ¿Qué más?

Trixie desplazó su peso de un pie al otro, impaciente. Deseaba estar ya buscando pistas, no diciendo a Honey lo que había que buscar. Pero sabía que su amiga estaría menos nerviosa si tenía varias cosas que hacer al llegar al coche.

—En segundo lugar —explicó—, veremos si está cerrado, o abierto, o con la llave de contacto puesta.

—No se me ocurrió mirar cuando estuvimos la primera vez —dijo Honey.

—Ni a mí tampoco —confesó Trixie—. Si encontrásemos la llave, podríamos abrir el maletero. Quizá encontremos… —Trixie estuvo a punto de decir un cuerpo, pero se contuvo a tiempo —… algo dentro.

La mirada asustada de Honey le dijo a Trixie que su amiga no lo estaba pasando bien.

—Deberíamos darnos prisa en llegar al coche, y buscar —dijo entonces Honey—. Si no llegamos pronto, tendré tanto miedo que no podré hacer absolutamente nada.

Trixie estuvo de acuerdo y las dos muchachas bajaron la pendiente del barranco.

Observaron el exterior del coche en silencio durante unos momentos, buscando en él señales de algún accidente. Por último, Trixie se incorporó y dijo:

—Este cacharro está tan mal conservado que es muy difícil asegurarlo, pero me parece que no tiene ningún daño lo suficientemente grave como para que John Score no pudiese marcharse de la ciudad.

—Yo no veo nada especial —dijo Honey—. Esta rueda trasera está un poco baja de aire, pero no pinchada. El parachoques de atrás también está abollado, pero ya ha empezado a oxidarse, lo cual significa que hace tiempo que se raspó.

—Entonces podemos pasar a la segunda fase —dijo Trixie, agarrando la manilla de la puerta. Pulsó la cerradura, se oyó un chasquido y la puerta se abrió—. No estaba cerrada —dijo Trixie a Honey—. Qué tontería no haberlo comprobado antes.

Trixie se sentó en el sitio del conductor, mientras Honey permanecía junto a la puerta abierta, pero sin intención de entrar.

Trixie examinó el mapa extendido en el lugar del copiloto.

—Es un mapa del Estado de Nueva York. La autopista que conduce hasta aquí desde el oeste está marcada con rotulador rojo. John Score debe haber seguido ese camino al venir de Ohio.

—O tal vez iba a seguir esa ruta hasta Ohio —repuso Honey nerviosa—, pero alguien lo evitó.

—La misma ruta servía para los dos viajes —afirmó Trixie. Ya se le había ocurrido a ella esa posibilidad, pero no había querido exponerla por no preocupar más a su amiga.

—No está puesta la llave de contacto —observó Trixie. Bajó las

viseras del parabrisas—. Tampoco está aquí. El mecánico de la estación de servicio siempre se la deja ahí a papá cada vez que le pone a punto el coche —se inclinó hasta que la espalda quedó debajo del salpicadero. Tanteó unos momentos y gritó—: ¡Ya!

Se incorporó y le mostró a Honey una cajita metálica negra y plana.

—¿Qué es eso? —preguntó Honey.

Trixie arqueó las cejas y lanzó a Honey una mirada misteriosa:

—Es una caja mágica —le dijo—. Mira. Paso la mano por encima, quito la tapa y…, ¡zas!: una llave.

La mostró triunfante.

—Es una caja imantada —explicó—, que se usa para guardar un repuesto, por si acaso el usuario pierde la suya.

—¿Y cómo lo sabías? —preguntó Honey, divertida a más no poder.

—Brian se hizo con una para su cacharro nada más comprarlo. Iba a ponerla debajo del salpicadero, justo donde he encontrado ésta, pero papá le advirtió diciéndole que no había que dar a los ladrones ninguna oportunidad.

Trixie salió del coche y se dirigió al maletero. Honey vaciló, pero acabó siguiéndola. Trixie metió la llave en la cerradura, tomó aliento, le dio la vuelta y levantó la tapa.

Respiró con una mezcla de tranquilidad y desilusión. En el maletero había un montón de libros y papeles, pero nada más…, ni nadie.

Honey tomó uno de los folletos. «El derecho a un medio ambiente sano y limpio» —leyó.

—Aquí hay un libro titulado «Enfermedades de los animales» —dijo Trixie—. Está impreso con el nombre y dirección de
C. A. U. S. E.
en la portada.

Trixie volvió a poner el libro en el maletero.

—¿No te parece extraño que John Score haya dejado todo esto en el maletero? ¿No lo necesitaría para su trabajo?

—Puede que haya tenido que elegir. Si se ha ido de la ciudad en autobús o andando, no podría llevar consigo todo.

—Es cierto —reconoció Trixie—. Me parece que las fases primera y segunda no nos han aportado ninguna pista.

—¿Y cuál es la fase tercera? —quiso saber Honey.

Trixie miró a su amiga inquisitivamente. Su miedo había desaparecido casi por completo. Ahora estaba creciendo su curiosidad, que era casi tan grande como la de Trixie.

—Fase tercera —musitó Trixie—: No tenemos que ir muy lejos. Estoy segura de que encontraremos algo si buscamos en las cercanías del coche —echó un vistazo a su alrededor—. Creo que la fase tercera es inspeccionar este barranco y ver qué hay en él.

—Bien pensado —asintió Honey.

Trixie cerró el maletero, echó la llave, la guardó otra vez en la cajita y la devolvió a su lugar. A continuación, las dos se dirigieron al barranco.

Las capas de hojas caídas semejaban una alfombra tendida bajo sus pies y el ambiente era fresco y agradable. Las dos muchachas se sentían cada vez más a gusto, a medida que andaban, y sus susurros fueron dando paso a una conversación normal.

De repente, Trixie se detuvo y agarró el brazo de Honey, señalando un pequeño claro, a su derecha.

—¡Una tienda! —exclamó Honey en voz baja.

Trixie se llevó un dedo a los labios, se agachó y fue avanzando en silencio hacia el claro. Honey la seguía de cerca.

Estaban ya cerca del claro cuando Trixie oyó un gemido ahogado; venía de Honey. Cuando giró la cabeza, un brazo la aprisionó y una mano se cerró sobre su boca.

El individuo que le tapaba la boca la empujó violentamente, obligándola a recorrer el camino que restaba hasta el claro. Un empujón final la hizo sentarse en el suelo; Honey aterrizó junto a ella.

Trixie se levantó rápidamente, desconcertada. Muy cerca de ellas, mirándolas, con las manos en las caderas, estaba John Score.

—¿Qué estáis merodeando por aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

Trixie se mantuvo de pie y empezó a sacudirse el polvo, intentando ganar tiempo para recobrar su compostura y su aplomo.

—¿Qué hacíais? —volvió a preguntar Score.

Trixie se enderezó y lo miró de arriba abajo, procurando que no se le notase el miedo.

—Eso era exactamente lo que íbamos a preguntarle —dijo con

firmeza.

John Score echó atrás la cabeza y rompió a reír. Trixie y Honey lo miraban, con una mezcla de sorpresa y tranquilidad.

—Vuestra pregunta es muy buena —dijo Score cuando paró de reír—. Tal vez podamos intercambiar información. ¿Queréis sentaros? —señaló un saco de dormir extendido delante de la tienda.

Trixie y Honey se sentaron, cruzando las piernas sobre el saco. John Score lo hizo en el suelo, frente a ellas.

—Voy a contestar primero a vuestra pregunta —dijo—. Lo que estoy haciendo es esconderme. Llevo aquí desde que el señor Maypenny pagó la multa que me pusieron y me sacó de la cárcel.

Honey resopló y Trixie lo miró asombrada.

—¿Que el señor Maypenny le ha sacado de la cárcel?

John Score movió la cabeza afirmativamente.

—No le pedí que lo hiciese. Dan fue a la cárcel unas horas después de mi arresto. Dijo que al volver de clase le contó al viejo lo sucedido en el debate. El señor Maypenny contestó que había que hacer «algo valeroso» y le dio a Dan el dinero para que pagase y me dejasen salir, y le mandó que me trajese aquí.

Fui a la cabaña nada más para darle las gracias y le conté lo que el juez había dicho: que tenía que abandonar la región y que volverían a arrestarme si me encontraban aquí otra vez. Aquello sacó de quicio al viejo. Me dijo que yo era la única esperanza que tenía para salvar su tierra de las garras de International Pine. Le pedí que me dijese qué quería que hiciera. Me rogó que me quedase, para encontrar alguna otra prueba del daño que International Pine estaba haciendo, de modo que pudiese esgrimirla contra ellos si acordaban la reordenación de la zona.

—¿Y ha estado usted aquí desde entonces? —preguntó Trixie.

—Desde entonces estoy en la tierra del señor Maypenny —confesó Score—. De todos modos, me he desplazado a veces, porque la gente del departamento de ecología estaba investigando en el bosque. El señor Maypenny se enteraba de las zonas que quedaban libres, y yo me instalaba en ellas.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Trixie con interés.

Score asintió.

—El trabajo resultó duro, porque tenía que ir ojo avizor por

culpa de los investigadores, mientras buscaba pruebas. Pero he encontrado algunas cosas. Hay residuos que van a parar al río, y las plantas que crecen junto a la carretera que va a la fábrica se van volviendo marrones a causa de los humos. Pero todas estas cosas quedan dentro de las normas admitidas por el gobierno —dijo amargamente—. Un daño tan escaso no es suficiente, mientras sigan ganando dinero y paguen al Estado. Necesito encontrar una violación realmente flagrante si quiero cerrar la fábrica, o al menos frenar su expansión.

—Creo que deberíamos contarle lo que estábamos haciendo, ahora que ha acabado usted —sugirió Trixie.

—Perfectamente. Empezad, pues —dijo Score.

—Íbamos a contarle al señor Maypenny lo que había votado el Ayuntamiento, cuando descubrimos el coche —le dijo Honey—. No podíamos entender por qué lo había dejado aquí, con todos los libros y folletos que lleva en el maletero.

—¿Sabéis lo que hay en el maletero? —preguntó Score con acritud.

Trixie se sonrojó. Encontrar el coche abandonado podría parecer completamente natural. Pero registrarlo, ahora que estaban sentadas hablando con el dueño, comprendía que se habían pasado.

—Encontré la caja de la llave bajo el salpicadero —le dijo, bajando los ojos para no encontrarse con los suyos.

John Score se echó a reír.

—El señor Maypenny me advirtió cuando vine a esconderme que probablemente los inspectores me causarían menos molestias que vosotras dos, jóvenes detectives. Creí que exageraba, pero ahora veo que sabía lo que decía.

—Es que —se disculpó Trixie— estábamos preocupadas por si le había ocurrido algo. Ya sabe: que alguien partidario de la ampliación le hubiese…, bueno…

—¿Matado? —completó Score—. Esa suposición no es exagerada. Me han amenazado muchas veces desde que empecé a luchar por proteger el medio ambiente. He tenido que huir de varias ciudades e incluso me han herido en la cabeza un par de veces. Pero siempre conseguí sobreponerme.

Conforme hablaba, los ojos de Score se fueron entrecerrando, al mismo tiempo que su cara adquiría un gesto duro y decidido. Trixie

recordó que Honey y ella habían irrumpido en su escondite, y que nadie fuera de ellas sabía dónde estaban.

—¿Qué va a hacer con nosotras? —preguntó temerosa, pero procurando que no se le notase.

—¿Que qué voy a hacer con vosotras? —repitió Score perplejo. Después, comprendiendo el miedo que ocultaba la pregunta, sonrió —. Os llevaré al barranco, junto a los caballos, y dejaré que os vayáis a casa, como es lógico. Cuando afirmo que procuro protegerme, no quiero decir que retenga como rehenes a las jovencitas que encuentro. Estoy en contra de la violencia contra todos los seres vivos.

—Muchas gracias —respiró Honey.

—Sois libres —repuso Score con un gesto—, pero quisiera que me hicieseis un favor a cambio.

—¿Cuál? —preguntó Trixie.

—Que mantengáis en secreto mi paradero —respondió Score—. Recordad que os lo pido como un favor. No se trata de una coacción. Podéis iros derechas al camino y gritar hasta que vengan a por mí, si queréis. Pero, sinceramente, deseo que no lo hagáis.

Trixie y Honey intercambiaron miradas nerviosas. Silenciar la existencia del coche abandonado era una cosa, pero no decir a nadie que su dueño permanece escondido en los bosques, intentando encontrar pruebas para frenar la ampliación de International Pine, era otra muy distinta.

Y Trixie comprendía que, para Honey, el no decir una sola palabra bajo promesa sería muy difícil. Su padre y John Score defendían diferentes posturas en aquel asunto. Trixie no tenía ninguna duda de lo que haría Matt Wheeler si supiese que John Score estaba escondido en el bosque: llamar a la policía.

Observando la resistencia de las chicas, John Score añadió:

—Si no queréis guardar silencio por mí, hacedlo al menos por el señor Maypenny. No quiero causarle problemas ante la ley por acoger a un fugitivo, pero para él significa mucho saber que tiene alguien que lucha a su lado. Quedaría hecho polvo si me viese obligado a abandonar la ciudad sin encontrar una prueba que pueda detener la expansión.

—Bueno… —empezó lentamente Trixie, mirando a Honey.

—Me parece que os he planteado las cosas como son —prosiguió

Score—. Vamos a pactar un límite de tiempo. Esperaré hasta el miércoles. Si para entonces no he encontrado nada, levantaré la tienda y regresaré a Ohio. Entonces podréis contarlo todo. Pero, por favor, dejadme un poco de tiempo.

Trixie vacilaba. Sabía cuál era su respuesta, pero no podía contestar por Honey. Permanecía en silencio, sin saber qué decir.

—De acuerdo; estaremos calladas hasta el miércoles —aceptó finalmente Honey.

Trixie miró a su amiga, sorprendida. Honey le devolvió una mirada tranquila, como diciéndole que había tomado una decisión y quería asumir la responsabilidad.

—No se hable más —añadió Trixie.

John Score se levantó y tendió una mano a cada una, ayudándolas a levantarse. Se despidió:

—Muchas gracias. Ahora, iros, antes de que alguien nos oiga hablar y se me acabe el plazo antes de lo previsto.

Datos reveladores • 12

A LA MAÑANA SIGUIENTE, estaban los Belden desayunando más tarde de lo acostumbrado, cuando sonó el teléfono. La señora Belden contestó y después volvió a la mesa.

—Es para ti, Trixie —dijo—. Es Honey.

Trixie pidió disculpas y fue hacia el teléfono despacio. Se iba preguntando si su amiga no habría cambiado de opinión sobre su promesa de no contar lo de John Score.

Se equivocaba; encontró a Honey rebosante de entusiasmo.

—Jim acaba de hacerme una maravillosa sugerencia —dijo—. Cree que deberíamos reunirnos esta tarde para merendar en el embarcadero. El hombre del tiempo ha dicho que la semana que viene llegará una ola de frío, y Jim ha pensado que deberíamos despedir el buen tiempo.

—Me parece una idea estupenda —dijo Trixie—. Lo consultaré con Brian y Mart. Y con mis padres, por supuesto. Últimamente no he parado mucho en casa. Espero que no me digan que me quede para cumplir mis encargos, mientras vosotros os vais a divertir al embarcadero.

Honey sonrió.

—Ni que tu madre fuese tratante de esclavos, Trixie. Y no lo es ni por el forro.

—Ya lo sé —replicó Trixie sintiéndose culpable—. Mis padres no me obligan nunca a quedarme en casa cuando Brian y Mart van a alguna parte. Si lo hiciesen, me tendría que aguantar, por las veces que me marcho y dejo a mamá con Bobby y todo el trabajo de la casa.

—Tu madre quiere siempre lo mejor para ti, Trixie. Y no duda que sabes trabajar y divertirte —la tranquilizó Honey—. De todos modos habíamos pensado quedar alrededor de las tres, a menos que

me llames antes. La señorita Trask ha dicho a Celia que nos prepare una comida abundante, por lo que no tendréis que traer nada.

—¡Ñam, ñam! —exclamó Trixie—. Estaba terminando el desayuno, pero ya tengo hambre otra vez.

Como Trixie había predicho, la señora Belden accedió a que los Bob-Whites aprovechasen los últimos días de buen tiempo. Pero decretó que Trixie se hiciese cargo de Bobby hasta la hora de irse.

En cuanto terminó de lavar los platos, Trixie llevó a Bobby a la sala de estar y se sentaron en un sofá para proceder al ritual dominguero de leer la sección de humor de los periódicos.

Pero ese domingo el pequeño se fijó en otra sección que le atraía más que las historietas.

—Léeme esto, Trixie —pidió, señalando un artículo.

Trixie miró los titulares: «Perspectiva: La controversia acerca de International Pine» —leyó en voz alta.

—¿Qué es pers… eso? —preguntó Bobby al oír esa palabra, para él desconocida.

—Perspectiva —repitió Trixie despacio— es una de esas palabras que le gusta usar a Mart, Bobby. Creo que quiere decir ver el modo de que las piezas de una cosa puedan ensamblarse juntas.

—¿Cómo un rompecabezas? —se interesó Bobby.

Trixie asintió, a la vez que sonreía divertida.

—International Pine es como un rompecabezas, Bobby.

—Me habías dicho que era como un helado —apuntó Bobby, desencantado—. Dijiste que International Pine sólo tenía un helado y que podía ser de chocolate o de vainilla, pero no de las dos cosas.

Trixie gimió, recordando la conversación anterior y su comparación. Estaba tan orgullosa de haber encontrado la manera de que Bobby entendiese el asunto… Y ahora se daba cuenta de que el niño había tomado sus palabras al pie de la letra. De modo instintivo, lo levantó, abrazándolo.

Bobby se liberó pronto.

—Léemelo —repitió, señalando el artículo.

—No es tan divertido como las historietas, Bobby —aseguró Trixie—. ¿No prefieres que te lea las tiras cómicas?

Bobby se mordió el labio inferior con impaciencia.

—Primero esta parte; después, la otra.

Trixie se resignó. Lo último que habría deseado era leer más información sobre International Pine. Pero la lectura era una de las cosas mejores para entretener a Bobby, ya que, por lo menos, mientras se leía no se arrastraba sobre las rodillas ni se ensuciaba la ropa.

—«Perspectiva: La controversia acerca de International Pine» —empezó Trixie otra vez.

El reportaje constaba principalmente de fotos con pies breves. Había una de la fábrica de International Pine y otra aérea de la zona que querían para realizar la ampliación. Había también fotos de John Score al salir de la cárcel, de Matt Wheeler hablando en la sesión del Ayuntamiento y del presidente anunciando el empate en la votación.

Trixie notó que su interés iba creciendo, a la vez que el de Bobby se desvanecía. *Mart tiene razón* —pensaba—. *Hay que prestar más atención a los periódicos.*

Exactamente en ese momento preguntó Bobby:

—¿Dónde está el helado? ¿Cómo es que no hay ninguna foto del

helado?

Trixie, riendo, pasó varias páginas y comenzó a leerle a Bobby las historietas.

Cuando todos los Bob-Whites llegaron al embarcadero aquella tarde, Trixie les contó la ingenuidad de Bobby.

Sus amigos se rieron hasta saltárseles las lágrimas.

—¡Pobre Trixie! —comentó Di Lynch—. Te imagino intentando aclararle las ideas a Bobby, para comprobar después que lo único que has conseguido ha sido liarle más. A mí me ocurre igual con los gemelos.

Porque Di tenía un par de hermanos gemelos, de la edad de Bobby, y otro par de hermanas gemelas, más pequeñas.

—Sin embargo —repuso Mart—, se trataba de una excelente analogía. He quedado admirado de tu perspicacia, querida Beatrix.

Trixie enrojeció. Sabía que el elogio de Mart era sincero, porque lo había equilibrado utilizando al final su nombre de pila completo, que tanto le desagradaba.

—Crees que mi ejemplo era bueno porque aparecen alimentos y ése es tu tema favorito —replicó.

Tras las risas que sucedieron a la contestación de Trixie, Honey sugirió que organizasen un partido de balonvolea.

—Si vieseis la cantidad de comida que nos ha preparado Celia en esa cesta —dijo—, sabríais lo importante que es que tengamos un gran apetito.

—Mis deseos alimenticios corrientes bastarían, a no dudarlo —comentó Mart—, pero, como el ejercicio físico no los disminuirá, estaré encantado de tomar parte.

Jim se levantó y en un periquete se puso a tender la red entre dos árboles. Trixie lo miraba con curiosidad. Debido a su especial amistad, Jim y ella eran muy sensibles al estado de ánimo del otro. No podía leer sus pensamientos, como tampoco los de Honey, pero adivinaba cuándo había algo que no marchaba. Y esa tarde, sin duda, algo le tenía preocupado. Apenas había hablado desde que los Belden llegaron al embarcadero, e incluso su sonrisa parecía un tanto artificial. Trixie esperaba que Jim les contase lo que le pesaba en su mente, pero sabía que ninguna presión ejercida sobre él le haría desahogarse hasta que lo considerase oportuno.

Trixie se levantó, se alisó la ropa y se dirigió hacia la red.

—¿Chicas contra chicos? —retó, recogiendo el balón y agitándolo desafiante.

—¡Trixie! Siempre me sorprendes —exclamó burlonamente Brian—. Siempre había creído que te gustaba ganar; pero, por lo que veo, estás pidiendo a gritos una oportunidad para perder.

Trixie amenazó con pegarle un balonazo en la cabeza, y él se ocultó, bromeando.

—Brian tiene razón —terció Jim—. Él, Mart, Dan y yo tenemos ventaja de estatura, además de ser uno más.

Trixie lo miró inquisitiva. Decididamente, no estaba para bromas.

Ante la mirada de Trixie, Jim pareció comprender de repente que el desafío había sido un chiste. Desorientado, intentó recuperar terreno.

—Os diré qué podemos hacer. Consentiremos graciosamente en prestaros a uno de nosotros mientras dure el juego. ¿Qué os parece, muchachos? ¿Quién quiere ser chica por un rato?

Mart gruñó y volvió la espalda, para evitar que le adjudicasen el muerto. Dan refunfuñó. Pero Brian se marchó directamente al otro lado de la red.

—Siempre quise saber cómo vive la otra mitad del género humano —dijo a título de justificación.

—¿Preparadas? —preguntó Trixie, mirando a sus compañeras de equipo—. ¡Empieza el juego! —gritó, lanzando el balón al aire.

Media hora más tarde, los siete, con la cara congestionada por el esfuerzo y exhaustos, se tumbaban en el suelo, alrededor de la cesta de la comida.

—No me gusta ser chica —jadeó Brian—, es muy cansado.

—Pues ser chico tampoco es un paseo, cuando se juega contra demonios femeninos como vosotras —replicó Dan.

—Por lo menos, hemos ganado —dijo Jim.

—Sólo por dos puntos —recordó Honey—. Si fuese cinco centímetros más alta, habríais perdido sin remisión.

—Bueno, dejadlo y callaos —gruñó Mart—. No hace falta que nos liemos ahora con crónicas del partido. Lo importante es el manduque.

Trixie se arrodilló y hurgó en la cesta de la comida.

—Si queréis comer, será mejor que me ayudéis a sacar todo —

pidió, lanzando a Mart un montón de cuchillos, tenedores y cucharas de plástico.

Sólo les llevó unos minutos extender sobre el mantel la comida preparada por Celia con tanto esmero. Había metido sandwiches de carne y de pollo, verduras y salsa, ensaladilla y un hermoso bollo de postre.

Mart agarró un sandwich con cada mano en cuanto Di quitó la tapa que los protegía. Los miró alternativamente, como si no acabase de decidir por cuál empezar, y por fin pegó un bocado enorme al de pollo. Lo masticó y lo engulló, y a continuación dirigió su mirada al de carne, al que atacó sin piedad. Después, satisfecho, suspiró y puso los ojos en blanco para expresar su satisfacción.

—Los platos de Celia son siempre supersabrosos, ¿no? —dijo Honey, que por su parte se las entendía con una ración de ensaladilla y un sandwich.

Trixie asintió, con la boca demasiado llena para decir una sola palabra. Observaba a Jim, que había esperado a que los demás empezasen a comer, antes de servirse. Una vez lleno su plato, comió de la ensalada con el tenedor.

Trixie tragó; iba a seguir la faena pero se detuvo, dejó el tenedor en el plato y de repente, sin previo aviso, dijo:

—Jim, ¿qué es lo que te preocupa?

Jim la miró atónito. Por su rostro cruzó una sombra de enfado, al percibir que habían invadido su intimidad. Después sonrió.

—No puedo engañarte, ¿verdad, Trixie? Hay algo que me preocupa de veras, pero no estoy seguro de que deba decíroslo.

—¿Por qué no? —preguntó Trixie.

—¡Oh, Jim! ¡Claro que puedes! —intervino Honey—. Tenemos que confiar unos en otros; de lo contrario, de nada serviría pertenecer a un club como los Bob-Whites.

Jim vacilaba.

—Supongo que tenéis razón. Lo he estado ocultando, en parte porque no quería daros motivo de preocupación. Ahora, probablemente os preocuparéis más si no os lo digo. De todos modos, tenéis que guardar el secreto.

—Lo prometemos —dijo inmediatamente Trixie.

Jim dejó el plato y juntó las manos.

—Muy poco después de que Honey os llamase para deciros lo de esta excursión, recibí una llamada del jefe del departamento de ecología, pidiéndome si podía ir a casa a visitarme, para hablar de algo urgente. Cuando llegó llevaba un mapa en la mano, en el cual estaban señalados los lugares en que los inspectores han encontrado patos muertos. Me dijo que indicase dónde había hallado yo los dos primeros que envié al laboratorio. Marcó esos dos lugares en el mapa y me lo dio para que le echase una ojeada, diciéndome que le comunicase cualquier cosa que me llamase la atención.

—¿Y? —preguntó Trixie, aprovechando una pausa de Jim.

—No hacía falta ser un experto para darse cuenta. Yo encontré los dos patos el viernes por la noche. El sábado hallaron tres por la mañana, y hoy han encontrado tres más. Los dos que yo vi estaban separados entre sí por unos treinta metros. Y ésa era aproximadamente la distancia que separaba a los que los inspectores encontraron ayer y hoy. En el mapa aparecían tres series de patos, muy cerca unos de otros en cada serie, y siempre junto a un camino.

—¿Quieres decir que el inspector cree que su gente no ha hecho un buen trabajo? —preguntó Di Lynch.

Jim negó con un movimiento de cabeza.

—No; nada de eso. Son gente muy experta. Si eso es todo lo que han encontrado, quiere decir que eso es todo lo que había.

—Parecen buenas noticias —dijo Dan—. Los patos que yo encontré también estaban junto al camino. Entonces me figuré que en el interior del bosque habría muchos más. Si no los hay, quiere decir que la epidemia es menor de lo que habíamos temido.

—¡Quiere decir que no hay ninguna epidemia! —gritó Jim, agotada ya la paciencia por las interrupciones de sus amigos—. ¡El jefe del departamento está casi seguro de que los patos han sido colocados ahí!

Hubo un largo silencio, hasta que Di Lynch comentó:

—¡Lo siento, Jim, pero no entiendo nada!

Jim le sonrió amistosamente.

—Soy yo quien siento haber gritado de ese modo. Me parece que la noticia me ha alterado más de lo que suponía. Tal vez haya sido mejor desahogarme. Así, es probable que ahora me pueda explicar con calma.

Jim tomó aliento, antes de seguir.

—Los patos han sido colocados a propósito. Alguien, a saber cómo, se hizo con una pequeña cantidad de toxina de botulismo, inoculó los patos y los dejó en el bosque muertos, procurando que quedasen cerca del camino, para que se pudiesen encontrar con facilidad.

—Pero no debe ser fácil hallar esa toxina —observó Brian.

—No lo es, no —confirmó Jim—. Eso, en cierto modo, es el mayor misterio del caso hasta el momento. Sólo hay unos cuantos laboratorios en todo el país que la tengan. En cuanto se haga una consulta, se sabrá en cuál de ellos han robado últimamente, lo que nos llevaría muy cerca del culpable.

—Pero lo que aún no entiendo —adujo Di Lynch, moviendo su larga cabellera negra— es por qué hay alguien interesado en que se encuentren los patos.

—Hay dos posibilidades —explicó Jim—, lo mismo que en todo lo que se relaciona con la ampliación de International Pine. Una de ellas es que algún partidario de la ampliación quiera destruir el prestigio de la reserva como refugio de caza; la otra es que alguien, opuesto a la ampliación, quiera dejar mal a International Pine, alegando que la fábrica es la causa de la epidemia.

Trixie se sintió de repente como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. Conocía a alguien muy interesado en culpar a International Pine. Y ese alguien tenía un libro de enfermedades de los animales que probablemente diría algo acerca del botulismo. Y ese alguien estaba oculto en la reserva… ¡y Honey y ella habían prometido no decir a nadie que estaba allí! Trixie echó una mirada furtiva a Honey y vio que su amiga estaba pensando lo mismo que ella.

—¿En qué piensas, Trixie? —preguntó de repente Jim.

Trixie levantó la vista y vio los ojos grises de Jim mirándola intensamente, como si sospechase algo. Se ruborizó y buscó desesperadamente una disculpa razonable.

—Seguro que Trixie está tan afectada porque no acierta a comprender cómo puede haber alguien que mate a esos pobres patos para imponer su punto de vista. ¿No es cierto, Trixie? —intervino Honey.

Trixie asintió y guardó silencio.

—Es muy triste, ya lo sé —intervino Brian—. Espero que agarren al culpable… y pronto.

De repente, Trixie se levantó.

—No tengo ganas de bollo —dijo, y era verdad—. Me voy a casa. Honey, ¿quieres venir conmigo?

—Claro que sí —contestó Honey, poniéndose de pie también—. Di, ¿no te importa quedarte y ayudar a los chicos a recoger? Nunca consiguen hacerlo sin desparramar o romper algo.

Di estuvo de acuerdo, pero sus ojos color violeta reflejaron el disgusto que le producía quedarse.

Trixie se marchó todo lo despacio que su impaciencia le permitía. En cuanto estuvieron fuera del alcance de la vista de los demás, se detuvo y se volvió a Honey, agarrándola de los brazos.

—John Score ha envenenado a los patos —susurró.

Honey tenía los ojos llorosos.

—¡Ay!, Trixie; ya lo sé. Lo supuse en cuanto Jim dijo que podría ser cualquiera que se opusiera a la ampliación. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que sorprenderlo con las manos en la masa. ¿No

comprendes, Honey? Le prometimos no decir a nadie que lo habíamos visto en el bosque; pero no que le descubrimos colocando patos muertos, si los pone. Si le pillamos con las manos en la masa, podremos contárselo a los inspectores del departamento de ecología sin romper nuestra promesa.

Honey asintió.

—Ya. Pero lo que no acabo de entender es cómo podremos sorprenderlo.

Trixie se detuvo un momento.

—Saldremos esta noche e iremos al campamento. Esperaremos allí. Tiene que dejar los patos por la noche, es el único momento en que el bosque no está vigilado por los inspectores. Si tenemos paciencia, descubriremos algún indicio.

Instantes después, las dos muchachas se separaron, habiendo trazado ya el plan para la noche.

¡Terror! • 13

AQUELLA NOCHE, Trixie esperó unos minutos en el lugar del encuentro, hasta que llegó Honey. Ya estaba empezando a preguntarse si no habría podido salir de casa, cuando oyó el silbido de los Bob-Whites —bob, bob-white— que Jim les había enseñado. Trixie silbó también y pronto tuvo a Honey a su lado.

—Un poco más y me largo —musitó Trixie.

—Mis padres estaban hablando en la biblioteca. Tuve miedo de que me vieran, y esperé un rato hasta decidirme —le explicó Honey.

—¿Te han oído salir? —preguntó Trixie.

Honey negó con la cabeza.

—No. Bajé las escaleras para decirles que iba a tomar un vaso de leche, y vi que las puertas de la biblioteca estaban cerradas. No se oía nada dentro.

Trixie asintió, recordando las pesadas puertas macizas de la biblioteca de Manor House.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Honey.

—Iremos por el camino hasta el barranco donde está escondido el coche de John Score —dijo Trixie.

—Vamos despacio, y mantén los ojos bien abiertos. No quiero tropezarme con él, como el otro día —advirtió Honey.

Las dos amigas caminaron sin hablar, intentando no hacer ruido. Una o dos veces tropezaron con raíces que sobresalían del suelo, y Trixie echó de menos una linterna.

Estaban ya cerca del barranco cuando oyeron el motor de un coche que se acercaba. Se miraron sorprendidas: el bosque solía estar desierto a aquellas horas de la noche.

—Apuesto a que es él —susurró Trixie—. Habrá estado colocando los patos, y ya vuelve. ¡Escóndete!

Salieron del camino y se ocultaron tras unos arbustos. Abrieron bien los ojos, esperando ver de un momento a otro el coche verde de John Score.

Lo que vieron en su lugar fue un reluciente coche último modelo con matrícula de Nueva York. Cuando el coche pasó cerca de ellas, Trixie reconoció al conductor.

—¡Es David Maypenny! —exclamó, y salió al camino, agitando las manos.

El coche se detuvo. Trixie corrió hacia él, seguida de cerca por Honey, y asomó la cabeza por la ventanilla abierta del lado opuesto al conductor.

—¡Hola! —dijo, y después retiró involuntariamente la cabeza, al percibir un olor extraño—. ¡Uf! ¿Qué es eso?

—Nada —repuso David Maypenny—. Quiero decir, ya no hay nada. Es que… el otro día me olvidé un bocadillo en el asiento de atrás.

—¡Ah! —dijo Trixie.

—Nos alegramos mucho de verte —dijo Honey a David—. El otro día te llamamos, pero no había nadie en casa.

—¿Que me habéis llamado? ¿Adónde? —David Maypenny parecía molesto.

—A Nueva York —contestó Honey—. Nos dieron el número de teléfono en información.

—Claro, claro —dijo David, intentando parecer jovial, pero sin conseguirlo.

Me pregunto por qué estará tan nervioso —pensó Trixie. Después dijo en alta voz:

—El señor Maypenny está en apuros a causa de International Pine y su parcela. Pensamos que deberías venir. Por eso nos alegramos de verte… Parece que tú has tenido la misma idea.

—Efectivamente —contestó David—. Pensé que debía venir a hacer las paces con mi tío. No hay ninguna razón para que sigamos enfadados, ¿no?

Conforme David hablaba, Trixie se preguntaba otra vez la causa de aquel extraño olor en el interior del coche. Un bocadillo descompuesto no daba para tanto. Se esforzaba por averiguar qué había en el asiento de atrás, pero apenas se veía. Atisbo un saco de arpillera, atado con una cuerda.

—¿Qué estás mirando? —preguntó bruscamente David Maypenny.

Trixie levantó la cabeza tan deprisa que se dio contra la parte superior de la ventanilla. De repente entendió todo, como si el golpe hubiese servido para poner en orden todas las piezas del rompecabezas: el olor, el saco de arpillera, la presencia de David a aquellas horas en el bosque…

—¡Patos! —exclamó—. ¡Lleva patos en el saco! ¡Los ha envenenado y ahora los tirará por el bosque!

Los ojos de David la miraron con rabia y Trixie tuvo la certeza de haber dado en el clavo. Le vio abrir la puerta.

—¡Corre, Honey! —gritó, dando un empujón a su amiga, al tiempo que David Maypenny salía del coche. Trixie se echó al camino a toda velocidad. Entonces oyó un crujido y comprendió que Honey no la seguía; acababa de internarse en el bosque. Trixie se detuvo y miró atrás. David Maypenny seguía de pie junto a su coche. Vio a Trixie, que ya estaba a bastante distancia, y después dirigió su mirada hacia la dirección tomada por Honey. Se decidió por esta última opción.

Trixie quedó indecisa un momento, pensando qué hacer. No quería dejar sola a Honey con David persiguiéndola, pero comprendía que las dos solas contra él llevarían las de perder.

Entonces tuvo una idea, y se lanzó a todo correr hacia el sendero que conducía al barranco.

Cuando lo encontró respiró esperanzada.

—Que esté allí —murmuró, corriendo hacia la tienda de John Score.

Éste estaba sumido en un profundo sueño, en el saco de dormir, fuera de la tienda. Trixie se arrodilló junto a él y lo sacudió.

—¡Despierte, por favor! —gritó—. ¡Socorro!

John Score se incorporó de un salto y parpadeó.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —preguntó.

Sin aliento por la carrera, Trixie sólo pudo jadear entrecortadamente.

—¡Los patos… el hombre… tiene a Honey!

Score pareció entender inmediatamente.

—¿Dónde? —preguntó.

Trixie señaló en dirección al camino.

John corrió hacia el coche, seguido de Trixie. Se puso al volante, y la chica se acomodó en el asiento de al lado. Arrancó, puso la marcha atrás y pisó el acelerador a fondo. Con un rugido, el coche subió la pendiente del barranco, y llegó arriba despojado de su camuflaje.

En primera, Score alcanzó la carretera. Unos segundos después llegaron junto al coche de David Maypenny. Trixie, todavía resollando, estaba aturdida. Le parecía que había recorrido kilómetros hasta llegar al barranco, aunque en realidad quedaba muy cerca.

Frenó Score, y salió del coche.

—¿Por dónde? —preguntó.

Trixie señaló hacia el lugar por el que había desaparecido Maypenny. Score, seguido de cerca por Trixie, emprendió la marcha. Luego se detuvo, al escuchar ruidos que llegaban desde el bosque.

Trixie observó con horror la reaparición de David Maypenny. Llevaba fuertemente sujeta a Honey, que no dejaba de patalear y luchar.

David levantó la vista y vio a John Score, que lo observaba. Por un instante se mantuvo inmóvil.

Durante unos segundos, que parecieron horas, nadie reaccionó. Score y Maypenny se miraban; Trixie permanecía pálida. Hasta Honey había cesado de revolverse y esperaba.

Por fin, Score dio un paso adelante. David Maypenny lo miró; después soltó a Honey y desapareció bosque adentro. John Score corrió tras él.

Trixie fue hacia su amiga.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Honey asintió en silencio, respirando entrecortadamente.

Sin pensar lo que hacía, Trixie se volvió y echó a correr hacia su casa. Su abotargada mente era incapaz de trazar ningún plan. Sólo sabía que tenía que encontrar ayuda en alguna parte, como fuera.

Otra vez volvió a parecerle que llevaba ya recorridos kilómetros y kilómetros. Y se maravillaba de que aún pudiera correr. Entonces vio las luces de un coche. Se paró en medio del camino y agitó los brazos para detenerlo. Sintió un poco de miedo, al pensar que podía ir al volante algún cómplice de David Maypenny; estaba demasiado

cansada para defenderse. Sólo sabía que ya no aguantaba más.

Al pararse el coche, Trixie se dio cuenta entre brumas de que era blanco y negro. *¡Policía!* —pensó sintiéndose feliz. Una puerta se abrió y unos fuertes brazos la atrajeron hacia el interior. El coche reanudó inmediatamente la marcha, hacia donde estaba Honey.

Trixie miró para ver quién había junto a ella.

—¡Jim! —exclamó—. ¿Cómo has…?

—Ya te lo contaré más tarde —dijo Jim—. ¿Está bien Honey?

Trixie asintió, entristecida. Sí; Honey estaba bien, pero no gracias a Trixie. Ahora, fuera de peligro, Trixie se dijo a sí misma que lo que había estado haciendo toda la noche era huir.

El coche de la policía, con el sargento Molinson, llegó junto al de David Maypenny justamente en el momento en que Score aparecía con el culpable.

—¡Deje a ese hombre! —le ordenó el sargento.

Trixie corrió al policía.

—¡No, no! —gritó—. No es él; es el otro. Arresten a éste.

El sargento Molinson miró a Trixie desconcertado. Después volvió a mirar a John Score y a David Maypenny.

—No sé lo que ha pasado aquí —dijo—; pero vamos a aclararlo en la comisaría: ustedes dos están arrestados.

Pocos instantes después llegaba otro coche patrulla tras el del sargento, del que salieron dos policías, y Molinson les entregó a los dos hombres.

—No —protestó Trixie.

El sargento Molinson se volvió a ella.

—Estarás mañana a las ocho en la comisaría. Allí oiremos tu declaración. Por experiencias anteriores sospecho que se tratará de algo muy entretenido. Pero, si dices una sola palabra más esta noche, ¡te arresto a ti también!

Trixie comprendió que el sargento estaba lo suficientemente enfadado como para cumplir su amenaza. Miró impotente a John Score. Para sorpresa suya, éste reía. Había demostrado que sabía cuidarse perfectamente. Por lo menos, no se vería inculpado cuando se pusiese en claro el asunto.

Después miró a David Maypenny. Éste sí se había metido en un buen lío, y posiblemente él mismo lo sabía. Los hombres del sargento Molinson le estaban poniendo las esposas, sin resistencia alguna por su parte. *Parece como si fuese a llorar* —pensó Trixie.

Honey corrió hacia el coche de policía, donde fue recibida por Jim y, como observó sorprendida Trixie, por Mart y Brian. *Deben*

haber tramado algo en el embarcadero —supuso Trixie. Con la emoción del momento, ni se había fijado en ellos.

—Tendrás alguna explicación que darnos, supongo —le dijo Brian ásperamente.

—Ya sé —musitó— que papá estará furioso. Y también mamá. Tampoco parece que el sargento Molinson se sienta muy satisfecho.

—¡Oh, Trixie! Eso no es lo peor —se lamentó Honey.

Trixie la miró. El rubio cabello de su amiga era una maraña, cubierta por trocitos de ramas y hojas secas, debido a su huida. Su cara estaba más sucia de lo que Trixie había visto nunca, y las lágrimas corrían por las mejillas, dejando surcos entre los churretes.

—¿Qué es, entonces, Honey? —preguntó Trixie.

—Habrá que decirle al señor Maypenny que su sobrino es un delincuente —gimió Honey.

En la comisaría • 14

TRIXIE palideció. Con tantos sobresaltos sufridos en tan poco tiempo, había olvidado al señor Maypenny.

—¡Ay! —exclamó—. Creía que ya todo estaba arreglado, porque habíamos descubierto quién envenenó a los patos. No pensé en el señor Maypenny. ¿Cómo le sentará la noticia?

—Sólo hay una noticia que podéis comunicar esta noche —intervino el sargento Molinson—. Que estáis sanas y salvas es la única noticia que quieren oír vuestros padres. Ya habrá tiempo para lo demás mañana por la mañana.

El sargento introdujo a los Bob-Whites en su coche, mientras sus hombres llevaban a Score y a Maypenny a la comisaría.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó Trixie en cuanto emprendieron el camino hacia casa.

—Tú nos encontraste a nosotros, recuerda —matizó Jim.

—Jim, ya sabes a lo que me refiero —contestó Trixie, demasiado exhausta para discutir—. ¿Qué hacíais por aquí con el sargento Molinson?

—Estaba estudiando en mi cuarto, cuando empecé a recordar la extraña manera de reaccionar al contaros lo de los patos envenenados —explicó Jim—. Me daba la sensación de que sabíais más de lo que nos habíais dicho. Entonces me decidí a ir a tu cuarto, Honey, para preguntarte. Miré en toda la casa y no te encontré, como es natural. En vista de ello, llamé a los Belden…

—Y así fue como descubrimos que Trixie también había desaparecido —terminó Brian.

—Basados en vuestra tendencia, ya debidamente acreditada en anteriores ocasiones, a las desventuras, pensamos que ya era hora de telefonear al cuerpo de policía —agregó Mart.

—Puesto que fue vuestra reacción ante las noticias de los patos

lo que me había hecho sospechar, la reserva parecía el lugar lógico para buscaros —dijo Jim.

—Dudo que os hubiésemos encontrado a tiempo de no haber venido tú corriendo por el camino —comentó Brian.

—¿Qué supones…? —Trixie se contuvo. Sentía deseos de preguntar qué les habría hecho David Maypenny si el sargento Molinson y John Score no hubiesen estado allí, pero decidió que era mejor no alarmar más a Honey.

—¿Qué ibas a decir, Trix? —preguntó Jim.

Trixie eludió la respuesta de un modo vago.

—Nada importante —dijo.

Ya en casa, Trixie dejó a Brian y a Mart que diesen a sus padres la versión de los sucesos de aquella noche. Cuando terminaron, su padre se dirigió a ella, muy serio. Trixie estaba excesivamente cansada para aguantar una bronca. Viendo que los párpados se le cerraban, Peter Belden dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es irte a la cama. Ya arreglaremos cuentas mañana por la mañana.

Trixie asintió en silencio y medio se arrastró escaleras arriba, hacia su cuarto. Momentos más tarde, a punto de dormirse, sintió que la tristeza la invadía, al recordar que, aunque su odisea había terminado bien, todavía quedaba lo peor para el señor Maypenny.

A la mañana siguiente, Brian, Mart y Trixie fueron en coche a Manor House, para recoger a Honey y a Jim. Honey salió sola de casa.

—Jim no viene con nosotros —dijo Honey, contrariada, sentándose en el asiento de atrás, junto a Trixie—. Ha estado muy enigmático, no ha dicho dónde va. Sólo ha comentado que tenía cosas más importantes que hacer que escuchar nuestra declaración al sargento Molinson.

—No creo que sea para tanto —dijo Trixie—. Yo tampoco habría venido, si hubiese podido.

Al entrar los cuatro Bob-Whites en la oficina del sargento Molinson, la encontraron llena de gente. Echando una ojeada, Trixie reconoció entre los presentes al propio sargento, a John Score, al señor Maypenny, Dan Mangan y un hombre al que no conocía.

El señor Maypenny sonrió a Honey y a Trixie. *¡Ay!* —pensó Trixie—, *todavía no sabe lo de su sobrino. Espero no estar aquí*

cuando se entere.

—Buenos días —dijo muy atentamente el sargento Molinson—. Espero que hayáis descansado bien. Ahora, si os sentáis, escucharé vuestra versión de lo que ocurrió anoche.

Trixie miró al policía con recelo, extrañada de que se alegrase tanto de verlos… y de que esperase su información, en lugar de empezar por su sermón habitual de no querer verlos implicados en asuntos policíacos.

—En primer lugar —comenzó el sargento, señalando al desconocido de la sala—, permitidme que os presente a David Maypenny.

—¿Qué, cómo? —tartamudeó Trixie, mirando del sargento al desconocido y de él a Maypenny, que todavía sonreía lleno de felicidad.

—Es cierto —añadió Molinson—; ése es el verdadero sobrino del señor Maypenny.

—Entonces, ¿quién es…? —empezó Trixie gesticulando de una manera vaga, sin saber cómo llamar al que ella creía que era David Maypenny.

—Es un impostor —aclaró el sargento—. Su verdadero nombre es Lawrence Howard, y está perseguido en cinco Estados por fraude.

—¡Ah! —respiró Trixie. De repente comprendió por qué estaba tan amable el sargento aquella mañana. La captura de un hombre reclamado en cinco Estados había hecho feliz al sargento.

—¿Y qué ha hecho en los demás Estados? —preguntó con temor Trixie.

—No ha sido acusado nunca de haber cometido un crimen violento —aseguró el sargento—; pero con los que ha perpetrado basta y sobra. Todos siguen el mismo esquema del que ha intentado en Sleepyside. Busca ancianos solos, sin familia. Recoge información sobre ellos y se presenta como pariente lejano. Después los convence de que lo mejor que pueden hacer es cederle la propiedad y el dinero que tengan, para que los administre en caso de necesidad. Luego desaparece, dejándolos sin blanca.

—¡Es cruel!

El sargento Molinson asintió.

—Sí lo es, sí. Pero, afortunadamente, la mayor parte del dinero lo tenía invertido, tal vez porque buscaba guardarse las espaldas, y

gracias a eso hemos podido recuperar bastante y lo devolveremos a sus víctimas.

—Nada de lo que ha dicho explica por qué Howard dejaba aquellos patos envenenados —indicó Brian.

Molinson asintió.

—Tienes razón. Eso no formaba parte de su esquema habitual. Pero casi todos sus trabajos eran juego de niños en comparación con el dinero que podía haber sacado vendiendo la tierra del señor Maypenny a International Pine. Al parecer, cuando su lenguaje educado y persuasivo no dio resultado, se enfadó y decidió hacer algo más sonado.

Se produjo silencio en la oficina durante un momento, mientras todos ponían en orden sus pensamientos.

—Otras dos preguntas aún —dijo Trixie—. ¿Cómo supo David, perdón, Lawrence Howard, la existencia del señor Maypenny? ¿Y dónde consiguió la toxina del botulismo?

—Puedo contestarte a las dos preguntas —por primera vez hablaba David Maypenny, y todos se volvieron a él.

—Soy técnico de laboratorio en Nueva York. Lawrence Howard trabajó allí hasta hace unos dos meses. Así fue como se enteró y planeó todo. Fuimos amigos al principio, cuando empezó a trabajar con nosotros. Solíamos comer juntos de vez en cuando. Y en tales ocasiones me hacía un montón de preguntas acerca de mi familia, y por eso le hablé de mi tío. Pronto nos separamos. Había en él algo que no acababa de gustarme, y por eso me alegré cuando se marchó del laboratorio. He estado de vacaciones las dos últimas semanas. Cuando regresé ayer por la tarde, recibí una llamada de uno de los amigos del laboratorio; me informó de que alguien había robado toxina de botulismo. Después, unas horas más tarde, me llamó el sargento para preguntarme si conocía a Lawrence Howard. Me contó lo que había ocurrido…, y aquí estoy.

—Estupendo —dijo el sargento—. Lawrence Howard confesó el robo en el laboratorio en cuanto lo interrogué. Sabe que no está en situación de negarse a colaborar.

—En cuanto terminé de hablar con el sargento Molinson por teléfono, cogí el coche y me vine —añadió David Maypenny—. Había estado pensando ponerme en contacto con mi tío hace ya mucho tiempo, pero nunca me decidí. Al oír que tenía ganas de

conocerme, resolví, por fin, visitarlo.

Maypenny miró a su sobrino y le dio una palmada en la espalda. Trixie notó que se le hacía un nudo en la garganta. Maypenny había encontrado a su sobrino, después de todo. Tenía el presentimiento de que esta vez no lo perdería.

—¡Oh! —exclamó Trixie—. ¡John Score!

Se volvió al joven ecologista.

—¿Todavía está usted arrestado?

Score movió la cabeza negativamente.

—He tenido que defenderme mucho, pero el sargento ha acabado creyéndose que he hecho solamente lo que he declarado: buscar pruebas contra International Pine. Está de acuerdo en dejarme marchar…, si me voy, definitivamente, de Sleepyside.

—¿Y se va a ir de veras? —preguntó Trixie.

—No tengo más remedio —contestó Score—. No he encontrado nada que el gobierno pueda considerar un daño ecológico serio. De todos modos he informado al señor Maypenny de que no tiene por qué vender su tierra si no quiere. El pueblo de Sleepyside tendrá que tomar una decisión…

—No; no la tomará —interrumpió suavemente Jim Frayne.

Trixie se irguió, asombrada. No le había oído entrar en la oficina. Volviéndose a él, preguntó:

—¿Qué dices? ¿Por qué estás tan seguro? Pareces tan contento como un gato después de haberse zampado al canario.

—Así me siento, exactamente —le contestó Jim—. Papá me llevó a la reunión del Ayuntamiento con el presidente de International Pine.

—Y hay buenas noticias, ¿no? —adivinó Trixie—. ¡Por favor, Jim! ¡Cuéntanoslo!

—Bueno. Ya sabéis lo afectado que quedó papá por lo ocurrido la pasada noche —empezó—. Me despertó esta mañana temprano y me confesó que había estado en vela toda la noche, pensando en lo sucedido. Me dijo que los patos envenenados, junto con la fuga de dos Bob-Whites a medianoche, le habían convencido de que las cosas estaban llegando demasiado lejos. Quería hallar una solución esta misma mañana. Por eso llamó al presidente de International Pine y al presidente de la junta municipal, pidiéndoles que se reuniesen con él. Quería llegar a un compromiso. En la reunión

preguntó al presidente de International Pine si no había otro pedazo de tierra que sirviera para la ampliación de la fábrica. También cerca del pueblo, pero alejado de la reserva. El presidente le contestó que no; que sin los beneficios de la madera que sacarían de allí, en la parcela de tierra que pretendían, no podrían hacer frente al pago de la tierra, el nuevo edificio y el equipo que necesitaban para edificar en otro lado.

—Pues no parece en absoluto una buena noticia —aseguró Trixie, decepcionada.

—Déjame acabar —dijo Jim, intentando parecer impasible, pero con los ojos brillantes—. Cuando papá oyó al presidente hablar de un nuevo edificio, chascó los dedos y exclamó: ¡Ya está! Se dirigió al presidente de la junta municipal y le recordó aquel almacén tan grande situado a la salida del pueblo. La empresa que lo construyó suspendió pagos, y lo adquirió la ciudad. Desde entonces habían intentado venderlo varias veces, sin resultado alguno.

—Conozco el edificio —dijo Trixie—. Es una ruina. Todas las ventanas están rotas y los chicos del pueblo han pintarrajeado en las paredes sus iniciales.

—Ése es el edificio, sí. Pero no es una ruina en absoluto. Las ventanas pueden ponerse nuevas y la pintura lijarse para pintar de nuevo. Al cabo de diez minutos, el presidente de International Pine había hecho una oferta, que el representante del Ayuntamiento aceptó. Claro, que esta oferta es sólo la tercera parte de lo que habría costado hacer un edificio nuevo, lo que les compensa más que de sobra el no poder aprovechar la madera.

—¡Estupendo! —gritó gozosa Trixie—. International Pine se ampliará, Sleepyside tendrá puestos de trabajo y la reserva no se tocará para nada.

—Eso es, dicho en pocas palabras —terminó Jim.

—Todo ha terminado, por fortuna —añadió Honey.

—No todo —intervino Brian—. Trixie y tú tenéis una petición que hacer.

Trixie pareció extrañada y Honey miró a Brian inquisitivamente, pero él mantuvo la mirada inalterable.

—Bueno, ¿cuál es esa petición? —preguntó el sargento Molinson —. Os debo un favor por haberme ayudado a capturar a Lawrence Howard, aunque habría sido mejor que me lo hubieseis contado

antes de intentar resolver el caso por vuestra cuenta.

Trixie y Honey se miraron, esperando cada una que fuese la otra la primera en hablar.

Por último, fue Trixie la que dijo:

—Bien, sargento Molinson, lo que necesitamos es… quiero decir, que usted nos pidió que estuviésemos aquí esta mañana y es lunes, o sea, día de clase y… bueno, ¿no le molestaría escribir un justificante para nuestro tutor?

El sargento Molinson rió con ganas y comentó:

—Si eso os hace volver a la escuela y alejaros de vuestras andanzas, escribiré la mejor justificación que habéis tenido en vuestra vida.

Y acto seguido tomó pluma y papel. Después tendió la nota a Trixie.

—Aquí la tenéis —dijo—. Si sois sensatas, os dedicaréis a estudiar en serio de ahora en adelante, dejando de lado los misterios. Ya hemos tenido suficientes patos muertos por el momento. No queremos añadiros a vosotras a la lista.

Trixie tragó saliva.

—Ya sé que fue peligroso, pero las cosas se han resuelto a gusto de todos, ¿no?

Mart refunfuñó, agarró a su hermana por los hombros; la llevó a la puerta.

—Vámonos —dijo—. Sumérgete en los intrincados vericuetos del álgebra una temporada: así no te quedará tiempo para misterios.

Trixie se detuvo en la puerta y dijo:

—Todavía me queda una petición, pero es mejor que espere hasta después de clase.

—¿Cuál? —preguntó Honey.

—Quiero un helado de dos gustos: chocolate y vainilla.

Sus amigos se miraron desconcertados, mientras ella sonreía para sus adentros, cruzando la puerta.